



El Corazón Solitario de Lady Edith

CORAZONES SOLITARIOS LIBRO 1



AUDREY HARRISON

El Corazón Solitario de Lady Edith

por
Audrey Harrison

Copyright

© Copyright 2020 Audrey Harrison

Audrey Harrison afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Esta novela es completamente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o localidades es pura coincidencia.

Este eBook está licenciado para tu disfrute personal únicamente. Este eBook no puede ser revendido, reproducido en ningún formato ni regalado a otras personas sin el consentimiento del autor.

Gracias por respetar el arduo trabajo de esta autora.

Encuentra más sobre la autora y detalles de contacto al final de este libro, así como la oportunidad de obtener una copia gratuita de "El Conde Desmotivado".

Portada creada por Historical Editorial <http://hitoricaeditorial.com>
Corregido por Melanie Underwood.

Contenido

[El Corazón Solitario de Lady Edith](#)

[Copyright](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Sobre este libro.](#)

[El Rescate de la Señorita King](#)

[Capítulo 1](#)

[Sobre la Autora](#)

Capítulo 1

Londres 1816

Ralph Swanson, Conde de Pensby, Vizconde de Lymm, atravesó la puerta abierta del gran edificio Palladiano hacia la oscura y fría noche. La puerta fue cerrada tras él por uno de los siempre atentos lacayos, quienes estaban siempre en servicio para complacer a los clientes, manteniendo también la paz en el antro de juego apenas civilizado del que Ralph acababa de salir.

Hundió las manos profundamente en los bolsillos y encorvó los hombros mientras avanzaba hacia la noche. Su sastre caro podría lamentar el trato brusco de un frac hecho de la mejor tela y ajustado a la perfección para abrazar un cuerpo bien definido, pero su portador no sentía ninguna compunción por abusar de su ropa de esa manera.

Ni siquiera le preocupaba ser considerado un tonto, miembro de pleno derecho de la alta sociedad, caminando solo por las calles de Londres en plena noche, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Todo en él gritaba riqueza, una señal clara para aquellos que buscaban una presa fácil para robar, pero tales preocupaciones no eran consideradas por Ralph mientras avanzaba con paso firme por la oscuridad. Era indiferente a tales trivialidades.

Cualquiera que observara su avance, notando su paso abatido y la forma en que su cuerpo casi se plegaba sobre sí mismo, probablemente lo consideraría un pobre objetivo para un robo; su ropa podría lucir bien, pero tenía todas las características de alguien que había perdido mucho dentro de los muros del establecimiento del que acababa de salir.

Antes de girar la esquina, la puerta del antro de juego del que acababa de salir se abrió de nuevo y un segundo caballero bajó apresuradamente los escalones, girando en dirección a la figura encorvada de Ralph.

Ralph no vaciló al escuchar los pasos detrás de él, simplemente continuó hacia su alojamiento, poniendo un pie delante del otro, con sus ojos no enfocados realmente en lo que veía.

El segundo hombre, al alcanzar a Ralph, le sonrió mientras se unía a él. "Pensé que ibas a hacer llorar a Eddie allí dentro", dijo amigablemente.

"No debería apostar lo que no puede permitirse", fue la respuesta.

"La mitad de los casinos cerrarían de la noche a la mañana si todos siguieran ese pensamiento".

"Mañana enviaré sus bonos de vuelta, con suerte aprenderá de su lección".

El segundo caballero miró a su amigo sorprendido. "No esperarías que él hiciera lo mismo si sus roles se invirtieran".

"No".

"Entonces, ¿por qué diablos harías tal cosa por él? Todos conocen tu reputación en las mesas de juego. ¡Incluso yo había oído hablar de ello en Francia!"

Una ligera mueca de desdén cruzó los rasgos pasivamente aburridos. "Ahora te estás excediendo, Longdon. O intentándolo".

Miles Stanley, Conde de Longdon, sonrió a su amigo. "¿Cómo demonios crees que sabía dónde encontrarte cuando regresé a Inglaterra? Había estado fuera del torbellino social durante tanto tiempo, que apenas nadie me recordaba. Necesitaba buscar a viejos amigos antes de poder

ser aceptado de nuevo en el círculo".

"Difícilmente. Tú y tus compañeros son los héroes que regresan. Emplearon bien su tiempo, luchando por el rey y el país, mientras yo perfeccionaba mis habilidades en las mesas de juego. Debes despreciar a hombres como yo", dijo Ralph, lanzando una rápida mirada a su amigo.

"De ninguna manera", respondió Miles con facilidad, caminando junto a la figura encorvada, su propio andar, alto y erguido, reflejaba su postura militar. "Me alegra que la mayoría de las personas no haya tenido que ver algunas de las cosas que yo presencié. Tú eras el primogénito y tenías responsabilidades en casa, yo no. Hay pocos herederos primogénitos en el campo de batalla. Son demasiado valiosos para perderlos."

Ralph miró a su amigo. "Tu familia ha tenido una maldita mala racha."

Miles suprimió un suspiro. "Sí, ni por un momento esperé heredar el título. Mamá y mi hermana soportaron la peor parte de lo sucedido. Yo estaba en el extranjero, primero en América y luego en Francia, y admito que me resistía a regresar cuando escuché que papá había muerto. Él habría entendido por qué deseaba quedarme con mi unidad. Pero luego, que tres miembros de la familia murieran en total, uno tras otro, fue una maldita mala suerte. No esperaba que mis dos hermanos siguieran a padre a la tumba tan rápidamente. Edith fue la que más sufrió. Mamá no está hecha de una firmeza ni siquiera para los mejores momentos. Siento que fue difícil de tratar, pero Edith nunca lo mencionó en todas sus cartas. Ella es la verdadera luchadora de nuestra familia, no yo."

"Y ahora le estás devolviendo el favor acompañándola por toda la ciudad."

"Sí. Aunque disfrutaría más si mi amigo de toda la vida me acompañara a veces", dijo Miles con una mirada significativa.

Ralph se rio. "Yo no. Los antros de juego no son necesariamente satisfactorios, pero al menos no son tan tediosos como los bailes y reuniones que llenan la temporada."

"Espero que uno de esos eventos proporcione un esposo decente para Edith. Aunque ya pasó su mejor momento. La pobre chica pasó tres años de luto y luego se retrasó aún más por la negativa de mamá a visitar Londres sin que yo la acompañara. Tendrá suerte si encuentra un pretendiente adecuado. Ya sabes cómo todos claman por las nuevas debutantes, las chicas mayores son demasiado a menudo desechadas."

Ralph lanzó una mirada de diversión a su amigo. "Es una heredera y no puede tener más de veintidós años, ¿verdad? Dudo que apreciaría tu sombría perspectiva sobre su futuro."

Miles sonrió, impenitente. "Como nuestros caminos rara vez se cruzan, estoy seguro de expresar mis preocupaciones contigo. De todos modos, en realidad tiene veintitrés y cree en un matrimonio por amor, así que ves lo pobre que es su situación."

Ralph sacudió la cabeza ante la aparente desestimación del hermano sobre el futuro de su hermana, pero se abstuvo de decir algo. Sabía que Miles era un hombre decente que haría lo correcto por lo que quedaba de su familia. Ralph podría aprender una o dos lecciones de su amigo si tuviera la inclinación. Estaba tratando de hacer lo correcto a su manera, pero no estaba convencido de estar logrando su objetivo.

Se detuvieron en la casa de Miles en Curzon Street. "¿Te gustaría compartir una copa o dos de oporto?" preguntó el hombre ligeramente más joven.

"No. Gracias. Tengo el impulso de salir de Londres por un tiempo y quiero tener un buen comienzo mañana", respondió Ralph.

"¿Oh? ¿Te vas de caza?" preguntó Miles.

"No. Tengo asuntos en mi finca", explicó Ralph. Era una mentira parcial, pero era una

mentira razonable para evitar más preguntas de su amigo.

“Vaya. Es una pena. Esperaba persuadirte para que vinieras a una cena que mamá está organizando la próxima semana. Será una cosa aburrida, así que necesito toda la compañía que pueda reunir”, dijo Miles.

“Por tentadora que parezca tu invitación, me temo que tendré que declinar. No regresaré a Londres de inmediato”, explicó Ralph.

“Aún no te he visto en ningún baile, fiesta o concierto. Pareces estar escondiéndote de la sociedad”, señaló Miles.

“Es mejor así”, Ralph se encogió de hombros.

“Yo, al menos, disfrutaría de tu compañía si te aventuraras más.”

“Gracias, pero no deseo ser el tema de conversación de las chismosas que también frecuentan los deleites que mencionas”, dijo Ralph. No era exactamente cierto, pero era una excusa conveniente.

“No es tan malo.”

“¿No lo es? ¿No murmurarían detrás de sus abanicos ante la aparición del famoso jugador? Preferiría evitar la mayoría de las camarillas y grupos que existen, lo cual estoy seguro es un sentimiento mutuo.”

Miles suprimió un suspiro. “Pensé que serías más persuasible después de una noche de bebida pesada.”

“Nunca estoy tan borracho como para cometer un error así”, dijo Ralph con un poco de diversión.

“Valía la pena intentarlo.”

“Podría unirme a ti en una o dos ocasiones cuando regrese, pero solo una o dos”, concedió Ralph, apiadándose de su amigo.

“¡Excelente! Sabía que no me decepcionarías.”

Los amigos se estrecharon las manos, deseándose lo mejor, antes de que Ralph se volviera para continuar su viaje solitario, encorvando los hombros una vez más, con la cabeza baja mientras caminaba. Sus botas resonaban en las aceras vacías, que en pocas horas estarían llenas con el bullicio de una ajetreada temporada en Londres.

Sintiendo una leve diversión por el intento de Miles de incluirlo en los entretenimientos de su familia, su rostro se oscureció; lo que tenía que enfrentar en casa le impedía estar al frente de la sociedad, incluso si hubiera querido eso para sí mismo. No estaba seguro de cuánto tiempo podría mantenerse en secreto la realidad de su vida hogareña, pero iba a intentar mantenerlo así. La alta sociedad no veía con buenos ojos algo que fuera en contra de su sentido de la perfección y su historia hacía exactamente eso. Las personas que asistían a los antros de juego que frecuentaba no les importaba quién eras ni cómo llegaste allí. Mientras pudieras pagar y gastar mucho, te daban la bienvenida. Miles había estado allí solo porque buscaba a Ralph de vez en cuando, ciertamente no llevaba el estilo de vida disoluto que muchos de los clientes llevaban.

Subiendo al escalón de piedra que lo llevaba a su propia casa, abrió la puerta con su llave. Habiendo instruido a su personal que no lo esperara, entró en el pasillo vacío. Un candelabro permanecía encendido sobre una mesa de mármol en la entrada.

Dejando a un lado su sombrero y guantes, se vio reflejado en el gran espejo colocado sobre la mesa auxiliar. Haciendo una mueca ante su pálida complexión y su mirada endurecida, no podía ver nada destacable en sus rasgos afilados, ojos oscuros y cabello negro. Parecía el mismísimo diablo que a menudo imitaba. Sus rasgos significaban que no tenía que esforzarse mucho para mantener la imagen.

Pausando por un momento, reconoció la expresión demasiado familiar en sus ojos. Oh, no dejaba que nadie más lo viera, pero estaba allí cada vez que se miraba a sí mismo en un espejo. Era pura desolación y soledad.

Expresando en voz baja las palabras que siempre llenaban su conciencia, susurró, “No la abandonaré en ese infierno. No lo haré. Puedo ser un lobo solitario. Tengo que serlo. Sé lo que hay que hacer, pero ¿por qué a veces parece tan malditamente difícil?”

Sin esperar una respuesta de su reflejo, se giró y, tomando el candelabro, comenzó su solitario ascenso a su habitación.

Otra larga y solitaria noche se avecinaba.

Capítulo 2

Lady Edith Stanley estaba sentada en el escritorio, sumergiendo su pluma en el frasco de vidrio sobre el atril. Hizo una pausa al raspar el exceso de líquido de la punta y mordió la esquina de su labio inferior, un hábito que tenía cuando estaba preocupada o insegura. Necesitaba las palabras adecuadas, pero le costaba encontrarlas. Lo que parecía una tarea fácil al concebir el plan, ahora ponerlo en práctica era un poco más desalentador.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la entrada en la habitación de su hermano. Reemplazó su pluma de tinta en su atril, sin usar, y deslizó el papel aún en blanco en el cajón antes de cerrar la tapa del escritorio.

Movió su asiento acercándolo a su cesto de costura y sonrió a su hermano. "No esperaba verte hasta después del almuerzo", dijo amablemente.

"Una lástima que madre no espere lo mismo", respondió Miles con pesar. "Parece pensar que, si ella se levanta temprano, todos deberíamos hacerlo".

"Tal vez no fue sabio decirle que estabas acostumbrado a levantarte con el alba cuando nos salvabas del maldito Napoleón", bromeó Edith.

"Cuando se lucha contra los franceses es necesario mantener el juicio. No es exactamente lo mismo que estar en Londres para la temporada. Ambos sabemos cuánto continúa todo hasta altas horas de la noche aquí. Necesito las mañanas para recuperarme, especialmente después de los entretenimientos más tediosos", respondió Miles, dejándose caer en uno de los sofás más cómodos de la habitación y estirando las piernas, admirando perezosamente el brillo en sus botas que su ayudante lograba cada día.

Edith sonrió a su hermano. "Te haré traer café".

"Ya está hecho, mi querida", respondió Miles.

El hermano y la hermana eran muy parecidos; ninguno podría describirse como hermoso, más propensos a atraer el cumplido de apuestos o tener rasgos agradables. Ambos tenían expresiones abiertas y claros ojos grises. Su cabello más oscuro no era lo suficientemente negro como para ser interesante, pero lo suficientemente oscuro como para no atraer la descripción condenatoria de castaño ratón. Cada uno tenía una naturaleza tranquila, lo cual era conveniente debido a las pruebas que habían enfrentado.

Miles había regresado de luchar con Wellington con todas las señales externas de su antiguo yo alegre, pero aquellos que lo conocían bien notaban el ligero ceño que casi constantemente marcaba sus rasgos, y las finas líneas que ahora llevaba alrededor de los ojos y la boca. Rara vez hablaba de su tiempo en el extranjero y Edith era lo suficientemente sabia como para no preguntar. No quería recordarle un tiempo en el que debió haber sufrido; simplemente estaba contenta de tenerlo en casa. Muchas otras familias de su conocimiento no habían tenido tanta suerte.

"Oí que debo acompañarte al teatro esta noche", dijo su hermano con un gemido apenas contenido.

"Sí, mamá desea ser vista en la nueva producción".

"¿No deseas ir?"

"Supongo que lo disfrutaré", encogió Edith, recogiendo su encaje y mirando hacia abajo el trabajo intrincado.

"¡Una producción entera, tan esperada, condenada por un elogio escueto!" Miles rio.

Edith sonrió, mirando a su hermano. "Admito que no me he adaptado a la vida en Londres como mamá quisiera. Creo que en general, preferiría estar en el campo. Eso me hace sonar muy rústica, ¿no es así?"

"Hay cien veces más entretenimientos en comparación con lo que has experimentado estos últimos años. Pensé que estarías encantada de pasear por la ciudad".

"Así lo creía yo. Pero creo que todo está ligeramente empañado por el interrogatorio de mamá cada vez que hablo con cualquier caballero que encuentro. Incluso si intercambio un breve 'hola', veo que sus cejas se levantan en interrogación y esperanza", admitió Edith sombríamente.

"Ella solo quiere verte bien situada. Ambos lo deseamos", tranquilizó Miles.

"Lo sé, pero ¿no crees...?" Edith comenzó antes de parecer cambiar de opinión.

"¿Qué?"

"Soy Lady Edith Stanley, casi en la edad de no casarse, heredera. Los dandies que no han tenido oportunidad con las debutantes más recientes sienten que estaré agradecida por su condescendencia y atenciones si y cuando no estén comprometidos de otra manera. Están seguros de que aceptaré cualquiera de sus propuestas, si la hacen. Algunos son bastante abiertos en que solo harán las propuestas al final de la temporada cuando hayan intentado con todas las otras solteras. Es bastante insultante."

Miles rio a pesar de la expresión enojada de su hermana. "¡Son tontos! ¿Realmente lo hacen tan obvio que ese es su juego?"

"Oh sí, absolutamente", respondió Edith entre dientes. "La sonrisa podría permanecer en mis labios, pero admito que he pisoteado algunos pies durante un baile, de la manera más inocente, por supuesto. Generalmente después de haberme unido a un grupo en el que mi encantador compañero, quien sea en ese momento, me ha informado que una mujer en mi época de vida debería estar agradecida por las atenciones que me está ofreciendo. Y, para añadir al beneficio de su condescendencia en notarme, que puedo esperar ser más popular con otros de nuestra conocida por su consideración."

Miles soltó una carcajada estruendosa. "¡Qué grupo de petulantes tan débiles nos rodea! No me fijé en que fuera tan malo."

Edith sonrió, divertida, a pesar de sus sentimientos de ira cuando los incidentes realmente estaban ocurriendo. "No me importaría tanto si no fuera repetido por tantos. Debo tener una de las peores reputaciones de baile en Londres por la forma en que piso dedos de los pies. Uno o dos de ellos se han puesto bastante pálidos en el encuentro. Es muy satisfactorio."

"Supongo que lo es", respondió Miles. "Oh, pobre niña. Dame una pista cada vez que te ofrezcan tal insulto y yo resolveré el asunto con el patán."

"No haré tal cosa", respondió Edith. "No soy la heroína de alguna novela gótica que necesita ser rescatada por su hermano mayor. Puedo soportar su estupidez durante media hora de baile. Ninguno de ellos recibirá una aceptación si son lo suficientemente tontos como para hacerme una oferta. Especialmente cuando han sido rechazados por todas las otras novias potenciales."

"Si alguien pide cortejarte, sé que debo preguntar sobre tus encuentros de baile antes de darles mi aprobación."

Edith sonrió, sus ojos brillaban con diversión. "Sí. Es tu manera de descubrir a quién rechazar en mi nombre. Por el momento, no veo que haya alguien a quien estime lo suficiente como para considerarlo seriamente como esposo."

Miles dejó de sonreír. "Es una lástima, si es así."

"¿Por qué? Aún no has encontrado esposa y tienes veintiocho años", señaló Edith.

"En peligro de sonar como uno de los tontos con los que ya te encuentras, es diferente para ti, mi querida", respondió Miles disculpándose.

Los ojos de Edith centellearon, toda la diversión se había ido. "Una mujer con una fortuna independiente no tiene que aceptar una propuesta si no desea hacerlo. Y ciertamente no debería tener un límite de tiempo para casarse."

"No, pero no puedo verte convirtiéndote en una excéntrica en la ciudad, ni siendo una ermitaña en el campo, ni puedo verte sin desear tener un puñado de hijos propios", dijo Miles.

Toda la ira se disipó, Edith sonrió. "Sí, me conoces lo suficiente como para estar seguro de que me gustaría tener una gran prole."

"Bueno, entonces está resuelto, ¡tendremos que encontrar a un hombre que esté a la altura!"

"Hmm", respondió Edith, lanzando una mirada culpable al asiento que había dejado vacante a la entrada de su hermano.

Capítulo 3

Una semana después, Edith estaba sentada en el mismo escritorio, pero esta vez escribía con determinación. Descartaba hojas de papel como si fueran hojas caídas, sin importarle el gasto de tales acciones. Sus dedos estaban marcados con tinta, al igual que las mangas de su vestido de algodón. Mordía el labio inferior y una ceja fruncida se había instalado firmemente en su rostro, ya que la tarea que estaba emprendiendo parecía abrumarla.

Había pasado una mañana difícil siendo objeto de una diatriba de recriminaciones por parte de su madre. Lady Longdon había descubierto que uno de los pretendientes de Edith había mencionado que iba a hablar con su hermano y que Edith le había dicho sin rodeos que no valía la pena que se molestara.

"Pero, Edith, él era sumamente elegible", se lamentó su madre, oliendo sus sales perfumadas de manera dramática y demasiado familiar. Las capas de encaje de su bata parecían temblar con cada palabra que pronunciaba, creando un efecto de gelatina temblorosa que no hacía nada para fomentar la seriedad por parte de Edith.

"Quizás si estuviera ciega y sorda", concedió Edith, anhelando escapar del dormitorio de su madre y sabiendo que no habría posibilidad de que la mujer mayor se retirara hasta que hubiera dicho su discurso al menos dos veces.

"¿Cómo puedes hablar así? Estaba completamente enamorado de ti. Habló con los acentos más fervientes cuando buscó mi apoyo para su causa. Se dio cuenta de que debería haber buscado a Miles en primer lugar, pero le aseguré que como he sido la cabeza de la familia en estos últimos años, mi palabra tiene algún peso en la familia", dijo Lady Longdon.

"Estoy segura de que estaba bien versado en lo que debía decir. Ha tenido suficiente práctica esta semana, proponiéndose a Miss King y Miss Grayson antes de que llegara mi turno. El tonto no debió pensar que me enteraría de sus elecciones anteriores, aunque Susan King es mi mejor amiga", señaló Edith, no sin razón.

"Expresó sinceramente cómo había cometido un error en esos casos. Los hombres suelen cambiar de opinión, Edith. No son tan firmes como nosotras, no está en su naturaleza", dijo Lady Longdon, tratando de ser paciente y ofrecer a su hija el beneficio de su consejo.

"Acepto que una persona puede enamorarse más de una vez en la vida. Sería una situación triste si no fuera así. ¿Pero en la misma semana? ¿Tres de nosotras? Madre, es demasiado obvio, realmente lo es, si esperas que crea que él siente algún afecto por mí", argumentó Edith.

"Tu discurso es espantoso para una joven dama", regañó Lady Longdon. "¿Por qué no puedes ser una hija obediente y aceptar mi consejo? Tengo mucha más experiencia en estos asuntos. Puedo darte orientación y digo que el Sr. Chumley es una buena opción para ti".

"El hecho de que realmente creas eso es bastante deprimente", admitió Edith. "Madre, nunca me haría feliz y sé sin lugar a dudas que lamentaría casarse conmigo en una semana, como mucho. Necesito a alguien que quiera más que mi fortuna. Soy más que mi herencia".

"No seas tonta, a tu edad tienes poco que recomendar además del dinero que aportas a un matrimonio", regañó Lady Longdon. "Hay debutantes de sobra para hacer girar la cabeza de cualquier joven, y lo mismo se aplica a los hombres mayores, por cierto. Todos buscan una

mujer joven que pueda proporcionar muchos hijos, un hogar feliz y, para algunos hombres, cuidarlo en su vejez. A tu edad, debes ver lo desesperada que es tu situación".

Edith estaba atónita. "No, en realidad no".

"Y por eso siempre te consideraré una chiquilla tonta. Por favor, déjame en paz, Edith. Tengo dolor de cabeza y tú eres la causa de ello. No puedo soportar ver tu rostro desobediente por más tiempo".

La hija castigada se levantó y besó a su madre. "Lamento causarte dolor, pero no puedo casarme con cualquiera, incluso para complacerte, mamá", trató de explicar Edith.

"Entonces seguirás siendo una mujer mayor solitaria", fue la respuesta condenatoria.

Edith se sintió herida por la visión de su madre y salió de la cámara buscando refugio en el salón de la mañana. Colocando su brazo sobre el frío mármol de la chimenea, apoyó la cabeza sobre su brazo. Se sentía a la deriva. Su padre lo habría entendido, era más parecido al carácter de Miles y al suyo propio. Había estado más inclinado a desafiar lo que se consideraba normal y esforzarse por lo mejor que podía lograr. Cómo sus padres habían hecho un emparejamiento a lo largo de los años decía más sobre la paciencia de su padre que sobre el carácter de su madre. Aunque, cómo habían llegado a casarse en primer lugar, Edith siempre se lo preguntaría; parecían tan diferentes.

Caminando hacia la ventana, miró la concurrida calle. Carruajes y caballos pasaban, todos con la intención de llegar a sus destinos, todos absortos en sus propias vidas. La gente caminaba, algunos apresuradamente, otros paseando por el camino. No era la primera vez que se preguntaba por sus vidas, ¿se sentían tan perdidos como ella a veces? ¿Estaban contentos con su lugar en el mundo? Ojalá lo estuviera.

No era solo Londres con lo que estaba insatisfecha. Amaba el campo y siempre se había sentido en casa allí. Podría haber sobrellevado una temporada en Londres, si no hubiera habido otras emociones que la atravesaban y la hacían sentir completamente inquieta. Esas eran más difíciles de cambiar en la ciudad. Aquí estaba lejos de todo lo que le resultaba familiar. Una y otra vez se le recordaban sus deficiencias; no podía encontrar un esposo a quien pudiera amar y respetar; era una decepción para su madre por permanecer soltera; no podía devolver la sonrisa a los ojos de Miles sin importar cuánto lo intentara; extrañaba tanto a sus dos hermanos y a su padre que le dolía físicamente. Todo eso se sumaba a sus sentimientos de descontento y tristeza.

Enderezó los hombros. Le había dado a la temporada suficiente oportunidad para ofrecerle opciones para su futuro. Era hora de tomar las riendas de su propio destino y encontrar a su compañero de vida, alguien que fuera un compañero afín, no un dandy resentido. Debe haber alguien por ahí que fuera un buen partido. Después de todo, no tenía que considerar encontrar a un hombre de fortuna, lo que hacía aún más frustrante el hecho de que no hubiera conocido a nadie a quien admirara.

Un corto tiempo después fue interrumpida por su hermano, pero esta vez su actividad era más difícil de ocultar.

Miles entró en la habitación y se detuvo sorprendido al ver las hojas de papel esparcidas sobre el escritorio. "¿Has gastado toda tu asignación del trimestre en papel?", preguntó.

Edith se ruborizó, tratando apresuradamente de juntar los papeles. "Repondré lo que he desperdiciado".

"¿Qué es tan difícil que ha causado tanto desperdicio?", preguntó Miles, cruzando hacia el escritorio con curiosidad.

"¡Detente!", dijo Edith, levantando la mano para detener a su hermano. "Es de naturaleza personal. No te acerques más hasta que haya recogido todo".

Miles frunció el ceño a su hermana. "¿Has iniciado alguna especie de correspondencia clandestina?", exigió.

Edith fulminó a su hermano con la mirada. "¡No seas ridículo!"

"En ese caso, no hay necesidad de secreto".

"Me gustaría mantener algunas cosas privadas, si no te importa".

"No hay ninguna posibilidad de que eso suceda cuando estás actuando tan misteriosa," dijo Miles y, con un movimiento hábil, se adelantó, agarró una de las hojas de papel del montón que Edith tenía en las manos y se dirigió a la ventana para leerla.

Edith soltó un grito de protesta, pero intentar agarrar la hoja con una mano, mientras protegía las otras, fue una tarea inútil. Miles se mantuvo firme, manteniendo a su hermana a raya con un brazo extendido.

"Señorita S, elegible e independiente, con mente vivaz, rasgos aceptables y agudo ingenio, busca caballero que pueda apreciar tales cualidades y enriquecer el tiempo de dicha dama en Londres. Solo hombres solteros deben postularse y, para garantizar sinceridad y seguridad, se requerirá correspondencia antes de cualquier encuentro. Todas las respuestas serias serán debidamente consideradas. Una buena mente y naturaleza amable son más importantes que la buena apariencia y la vestimenta a la moda," leyó Miles en voz alta, su voz incrédula. Hubo un momento de silencio cuando terminó de leer el papel antes de volverse hacia Edith, su mano ya no impidiéndole acercarse. "¿Qué demonios estás pensando, Edith?" preguntó con incredulidad.

El rostro de Edith ardía de vergüenza. Sabía cómo sería. Miles estaba a punto de expresar los mismos pensamientos que la habían mantenido despierta por las noches. Eso fue hasta que decidió que era la única opción que tenía para obtener el tipo de futuro que anhelaba. "¿Cómo más voy a encontrar un esposo más allá de los hombres que ya he conocido?" preguntó a la defensiva, sin mirar directamente a Miles.

"¡Estás invitando a cada tonto y bufón a responder a esto! ¡Cualquier idiota pensará que tiene una oportunidad con tus palabras!" exclamó Miles.

"No, no lo harán. Espero que atraiga a un hombre que sea respetuoso y a quien yo pueda respetar a su vez."

"Una buena mente y naturaleza amable son más importantes que la buena apariencia y la vestimenta a la moda," citó Miles con desdén. "Eso es cada hombre soltero jorobado, bizco, tartamudo y con cara de torta dentro de diez millas de Londres a punto de enviarte una misiva para proponerte matrimonio."

"¡No seas ridículo! Por supuesto que eso no sucederá. La mayoría de los hombres requieren una fortuna, no he insinuado que tengo una," replicó Edith.

"Has declarado que eres independiente. Solo una mujer con fondos usaría ese término. Podrías haber dicho 'heredera soltera disponible y desesperada', porque así es como será recibido," dijo Miles con un tono algo cruel.

"¡No estoy desesperada!" exclamó Edith, herida por las palabras de su hermano.

"Seguramente... seguramente hay alguien dentro de nuestro círculo que te convendría. ¿Quizás no has estado completamente abierta a considerar a algunos de los hombres a los que te han presentado?" sugirió Miles suavemente.

"No soy tan arrogante como para andar por la ciudad pensando que soy demasiado buena para los hombres que conozco, si eso es lo que piensas."

"No. No lo supondría ni por un momento," respondió Miles.

"Y no soy tan superficial o tonta como para aspirar a los mejores partidos de la

temporada. Puede que no me considere una causa perdida tanto como lo hace madre, pero tampoco estoy engañada,” dijo Edith con agudeza.

“¿Dónde pensabas anunciar esto?” preguntó Miles.

“En *The Times*, por supuesto,” explicó Edith. “Se hace de manera muy discreta. Compilan todas las cartas de respuesta y luego me las envían en un solo paquete. No hay peligro de que alguien que responda a mi anuncio descubra quién soy.”

“Esto es una locura,” dijo Miles.

“Es una manera perfecta de encontrar a alguien que no podría conocer en un baile.”

“¿Entonces, alguien fuera de tu esfera social?”

“No necesariamente,” insistió Edith. “Ninguno de nosotros conoce a todos en nuestra sociedad y quién sabe, mi hermano guerrero podría ser desalentador para algunos hombres.”

“Solo para un cobarde,” se burló Miles.

“Todos leen los anuncios. Tú mismo debes haberlo hecho.”

“Solo para ridiculizar la redacción de los más escandalosos,” dijo Miles, recogiendo un ejemplar del periódico que Edith había estado usando para inspirarse. Miles comenzó a leer algunos de los comentarios en una voz falsa y aguda. “*Tobillos delgados y una nariz bonita*,” se mofó. “*Sé coser bien y tocar el arpa. Mis habilidades para dibujar son excepcionales. Mi mayor deseo en la vida es encontrar un esposo a quien mimar.*”

“¡Para!” gorgoteó Edith con una risa. “Hay algunas descripciones serias allí. Estás eligiendo las más tontas para justificar tu burla.”

“Estoy tratando de mostrarte que tu idea es imprudente,” respondió Miles. “Sé que te molesto sobre tu edad y posibilidades, pero tu situación no es tan miserable como para recurrir a algo como esto.”

“Lo sé. Esto no es una acción nacida de la miseria, te lo aseguro.”

“Es un acto de locura.”

“Estoy tratando de poner mi destino y mis deseos en mis propias manos. Me niego a esperar hasta estar tan desanimada que acepte a uno de los bufones condescendientes con los que actualmente tengo que ser amable,” dijo Edith con altivez. “Voy a enviar esto.”

“Espero que no llegues a lamentarlo,” advirtió Miles. “Pero, eres mayor de edad y puedes tomar tus propias decisiones. Mientras no traigas vergüenza al nombre de la familia, poco puedo hacer para detenerte.”

“Supongo que eso es casi una declaración de apoyo,” sonrió Edith.

“No llegaría tan lejos,” dijo Miles secamente.

“Por favor, no se lo digas a madre,” suplicó Edith.

“¡Dios mío! ¿Me tomas por un imbécil? Ninguna de nuestras vidas valdría la pena ser vividas si ella se enterara de todo esto. Solo prométeme que no te pondrás en situaciones en las que puedas ser comprometida. Sin duda, habrá sinvergüenzas que respondan.”

“Tendré cuidado,” prometió Edith.

Miles no parecía convencido.

Capítulo 4

"¡Dios mío, Edith, dime que no vas a responder a todos estos!" dijo Miles, entrando con furia en el salón de la mañana donde estaba sentada su hermana. Se acercó rápidamente a ella y colocó bruscamente una gran pila de cartas junto a ella. "¡Te dije que era una locura!"

Edith se ruborizó, mirando con asombro y admiración la cantidad de cartas que caían sobre el sofá en el que estaba sentada. "¿Son todas para mí?"

"¡Claro que son todas para ti!" gruñó Miles. "¡Dios sabe qué pensarán los criados!"

"Afortunadamente, no estoy obligada a considerar los pensamientos de los sirvientes al tomar decisiones importantes en la vida", respondió Edith con rigidez.

"Esos mismos criados hablan con otros criados en las casas vecinas. No subestimes el impacto perjudicial que puede tener el chisme, querida mía, o te irás de Londres avergonzada y ridiculizada", advirtió Miles.

Edith suspiró. "Lo siento. Sé que el chisme puede salirse de control, pero había supuesto que las cartas vendrían envueltas como un paquete, no por separado así. Hay bastantes".

"El eufemismo del año", respondió Miles. "Bueno, vamos, ábre las". Se sentó en la silla más cercana, resistiendo la tentación de abrir algunas de las cartas él mismo.

"Y-yo debería abrirlas en privado", balbuceó Edith.

"Oh, no lo harás", dijo rápidamente Miles. "No estoy convencido de que no vayas a precipitarte hacia un desastre. No te dejaré sola hasta que esté seguro de que no harás nada imprudente".

Edith frunció el ceño, muy ofendida por la falta de confianza de su hermano, pero abrió la primera carta de todos modos.

"Mi querida señorita S,

Inmediatamente supe que estábamos destinados a estar juntos como uno solo, desde el momento en que leí su encantador anuncio. Anhelo apreciarla y adorarla como se merece...

"Oh cielos", respondió Edith, pasándole la carta a Miles. "No es adecuado".

Mi querida señorita S,

Tengo mucho que ofrecerle. Puedo brindar placer a su mente, pero especialmente a su cuerpo, lo que solo ha soñado. Anhelo escucharla gritar mi nombre, su voz llena de pasión...

"Oh, por Dios mío", jadeó Edith, arrojando la carta al suelo. "¡No pienso responder a ese escritor!"

Inclinándose para recoger la carta, Miles comenzó a leer. Gruñendo, rompió la carta en pedazos. "¡Maldito insolente! Si supiera quién es, le pondría en su lugar por su lenguaje soez e insinuaciones".

Edith optó por permanecer en silencio, sin desear más recriminaciones mientras revisaba cada carta. Su corazón se hundió a medida que la pila de personas que rechazaba se hizo más grande que el número cada vez menor de las que quedaban.

Después de media hora, se recostó. "Supongo que dos posibles coincidencias son mejores que nada", dijo, intentando sonar positiva.

"A duras penas", dijo Miles con desdén. "¿Y ahora qué?"

"Escribo de vuelta, usando The Times como intermediario y veo qué información puedo obtener y si sentimos que hay una conexión entre nosotros", explicó Edith. "Sé que piensas que

es una misión de tontos, pero podría funcionar".

"La primera parte de esa afirmación es correcta. Quiero tu garantía, Edith, de que no arreglarás ningún encuentro antes de estar segura de su credibilidad. Cualquier cantidad de mentiras podría ser dicha entre las líneas de una carta".

"Cualquier cantidad de falsedades pueden ser dichas cara a cara. Creo que una persona revela más de sí misma a través de la palabra escrita", defendió Edith sus acciones.

"No estés tan segura. Una inocente como tú puede ser aprovechada de muchas maneras".

"Decídetes, hermano. ¡Un momento soy una novata, al siguiente una solterona!" replicó Edith bruscamente.

Miles sonrió. "Puedes ser ambas".

"Oh, cállate", bufó Edith. "Cuando esté felizmente instalada, verás el error de tus caminos".

"Cuando te cases, solo sentiré alivio".

*

Ralph se acomodó en una de las sillas de cuero en Boodle's, ajustando su alto cuerpo. No era el club para los hombres que se consideraban la cúspide de la moda, más bien acogía a terratenientes, o aquellos que disfrutaban de los juegos profundos más que los hombres que frecuentaban Brook's o White's; era un club en los márgenes de la sociedad que le quedaba bien a Ralph. Había estado ausente durante dos largas semanas y había estado sufriendo de un persistente dolor de cabeza como resultado. Había invitado a Miles a unirse a él. Amigos desde que se conocieron en la escuela, tenían un vínculo que otros encontrarían desconcertante. El oficial abierto y amigable de la caballería y el jugador recluso y poco sociable no eran una pareja obvia, pero se tenían en alta estima mutua.

Levantando una copa de líquido ámbar a sus labios, dejó que el licor se deslizara por su garganta antes de hablar con su amigo. "¿Fue el soirée en tu morada un éxito de la temporada?", preguntó sobre el evento que se había perdido.

"Oh, ¿eso? Sí, fue lo suficientemente bien, supongo", respondió Miles distraídamente.

"Maldición con los halagos ligeros", dijo Ralph irónicamente.

Miles sonrió. "Maldita familia, diría yo".

"Puedo identificarme con eso completamente. Pensé que al menos tu hermana era un ser sensato, no propenso a causarte preocupaciones".

"No lo era, hasta que se le ocurrió la idea más tonta y descabellada que una mocosa podría pronunciar", dijo Miles entre dientes.

Las cejas de Ralph se alzaron. "Suena interesante".

"Interesante no es una palabra que usaría. Oh, no debería estar hablando de esto", admitió Miles. "Si la historia se divulga, ella estará arruinada".

"Ciertamente no paso el tiempo cotilleando con amigos", señaló Ralph.

"Solo porque soy tu único amigo", bromeó Miles.

Ralph levantó las cejas, tomó otro trago antes de hablar. "Y las damas en sociedad te consideran un galán tan gentil. Si tan solo supieran la verdad. Tienes garras ocultas, amigo mío, y son afiladas".

"Oh, no te pongas así", sonrió Miles. "Sabes que te considero uno de los mejores tipos alrededor".

"Alguien tiene que hacerlo, supongo", dijo Ralph. "Ahora, ¿qué hay con tu hermana?"

Miles le contó a Ralph el plan de Edith y no se guardó su opinión al respecto. Sentándose hacia atrás después de terminar el cuento susurrado, se pasó las manos por el cabello. "Te lo

digo, me tiene preocupado por las cien formas en que podría salir mal".

"Sí. Ella está tomando un gran riesgo, pero en algunos aspectos la admiro por eso", admitió Ralph.

"¿En serio?", preguntó Miles, asombrado.

"Sí, está tratando de tomar el control de su propio destino. Puedo ver la atracción de eso", explicó Ralph. "Con demasiada frecuencia uno se ve afectado por las situaciones que lo rodean y se siente algo fuera de control".

"Una forma malditamente tonta de hacerlo", insistió Miles.

"Tal vez, pero tiene razón en que sus opciones son limitadas. Obviamente no le has presentado al tipo adecuado de pretendiente desde que comenzó la temporada", señaló Ralph.

"Ella es muy exigente. Empiezo a pensar que mi madre podría tener razón en que no va a hacer una buena pareja después de todo", admitió Miles por primera vez.

"¿Y no se le permitiría otra temporada? Después de todo, es solo la primera", sugirió Ralph.

"¿Habría algún punto? Tendría veinticuatro años para entonces; probablemente pasaría la mayor parte de su tiempo en los bancos de los murciélagos. ¿Cuál es el punto de pasar toda la temporada en Londres para eso?", preguntó Miles.

"Todavía es una heredera, sin embargo", señaló Ralph.

"Hmm."

"Actúas como si tuviera tres cabezas. Seguramente es agradable. Presumo que tiene tu inclinación para agradar. Sé que nos hemos encontrado, pero fue hace algunos años, no había salido de la sala de estudio, me parece recordar."

Miles hizo una mueca. "Podría ser un poco más cáustica que yo", admitió.

Ralph se rio. "De repente tengo el irresistible deseo de conocer a esta hermana dragón".

"Bien, únete a nosotros en Vauxhall Gardens mañana por la noche. Hay un concierto y un espectáculo de fuegos artificiales. He alquilado un palco".

"Fui a ese, ¿no?", frunció el ceño Ralph.

Miles se rio. "Lo hiciste, pero por favor no me falles".

*

Ralph llegó a Curzon Street en su carruaje para recoger a su amigo y a sus familiares. Entrando en el vestíbulo, fue recibido por Miles.

"¡Bienvenido! Madre y Edith estarán con nosotros en breve. ¿Te gustaría acompañarme a tomar un vaso de brandy en la biblioteca?", ofreció Miles.

"Gracias, no. Estoy contento de esperar aquí a que se nos unan, si no van a tardar mucho. No hace falta que hagamos esperar a las damas", dijo Ralph.

"Realmente estás deseando esta noche, ¿verdad?" Miles sonrió a Ralph. "No puedes esperar a llegar, para poder irte tan pronto como sea aceptable que hagas tu escape. Espero poder acompañarte."

"Dicho por un hijo y hermano obediente," respondió Ralph.

"Pasen una tarde con mi familia y entenderán lo que quiero decir."

"Qué grosero eres, Miles." La voz de Edith llegó desde arriba de los dos caballeros. "Nos haces sonrojar a mi madre y a mí."

"Como madre no está al alcance del oído y tú no serías tan cruel como para repetir mis palabras, solo estoy en peligro de escuchar tu regaño, que es el menor de los males," respondió Miles con una sonrisa a su hermana.

"Eres el hermano más despreciable," replicó Edith, bajando las escaleras con la mano

rozando el pasamanos. Vestía un vestido de seda lila, que le quedaba perfecto y se deslizaba sobre su alta y delgada figura. No era de las que usaban los blancos y cremas de las debutantes, sino que tendía a usar colores pastel. Llevaba simples diamantes alrededor del cuello, un elegante diseño de gota, y cristales en el cabello. Un brazalete sobre sus largos guantes de seda completaba su atuendo y, con solo un toque de color en los labios, lucía regia y hermosa.

"Lady Edith, tiendo a ignorar a su hermano tanto como puedo," dijo Ralph suavemente, inclinándose sobre la mano que Edith le ofrecía. Sintió un momento de quietud cuando levantó la vista y vio a Edith. Parecía grácil y sin afectaciones, con sus ojos brillantes riéndose de ambos mientras descendía las escaleras. Quería preguntarle a Miles qué le pasaba a su hermana, porque en aspecto y comportamiento, no encontraba defecto alguno. Que no estuviera casada parecía absurdo si incluso su ojo desencantado podía ver su belleza. Para él, ella era hermosa.

"Como intento hacer lo mismo, no puedo criticar su razonamiento," dijo Edith con una sonrisa. Había notado la intensa mirada que Ralph le había dado y eso había provocado algo en su estómago. Era un hombre impresionante, con rasgos oscuros y angulosos, exquisitamente vestido. Miles siempre lucía perfectamente arreglado, pero su amigo lo superaba en los ojos de Edith.

"Edith, conoce a Pensby, ya suenan como si se llevaran bien," dijo Miles con una mueca.

"Con tus insultos a diestra y siniestra, supongo que es inevitable," dijo Edith, aceptando su chal de un lacayo que esperaba.

Lady Longdon pronto se unió a ellos, aunque la broma se detuvo una vez que ella se unió al grupo. Una mujer inclinada a quejarse y refunfuñar pronto drenó la atmósfera de toda su jovialidad.

Una vez que entraron en su espacio reservado en los Jardines de Vauxhall, Lady Longdon se sentó lo más cómodamente que una mujer con su tendencia a encontrar fallas podía; Miles y Ralph tomaron una posición más estratégica en el espacio, abandonando a Edith para que entretuviera a su madre.

"Estaré contento cuando mamá regrese al campo, te lo digo," admitió Miles, una vez fuera del alcance del oído. "Sé que soy un bruto insensible, cuando considero todo lo que ha perdido, pero no es fácil estar con ella. A veces siento una profunda lástima por Edith."

"Sin embargo, la has dejado a su suerte," señaló Ralph, mirando la expresión de dolor apenas contenida en el rostro de Edith mientras escuchaba la charla de su madre.

"No siento tanta lástima por ella," dijo Miles con una risa cuando notó que Edith lo miraba con furia, adivinando en parte de lo que su hermano estaba hablando.

Ralph sonrió ante la interacción. "Tienes suerte de tener una hermana. Imagina si solo fueras tú y tu madre."

"Horroriza pensarlo," Miles hizo una mueca. "Con suerte, algunas de sus amigas pronto se unirán a ella. Te digo, a veces es como un aquelarre de brujas en el salón de casa. Me aterra. Un batallón de los hombres de Napoleón no me asustó tanto."

Ralph le dio a Miles una mirada burlona antes de acercarse a Edith. "Lady Edith, ¿le gustaría acompañarme en un paseo por las avenidas antes de que se llenen demasiado? Miles está feliz de quedarse con su madre."

Edith envió una mirada de complicidad a su hermano. "Sí, mi señor, eso sería perfecto. Gracias."

"Lleva tu chal, Edith, la noche está fresca," dijo Lady Longdon.

"Sí, mamá."

Edith y Ralph dejaron el palco y, aceptando el brazo ofrecido por Ralph, empezaron a

pasear por las avenidas iluminadas, pasando por una o dos parejas más. El efecto era parecer estar lejos de las actividades y ofrecer a las personas un área un poco más tranquila. Muy a menudo estas eran usadas para reuniones ilícitas, pero tan temprano en la noche eran disfrutadas por aquellos que simplemente disfrutaban de un paseo y de la compañía.

Edith estaba más que feliz de estar del brazo de un hombre tan apuesto. Era más alto que ella, como su hermano, y aunque no había experimentado el ejercicio que Miles tenía, seguía siendo un hombre de hombros anchos. Tenía un rostro que no sonreía mucho, pero Edith lo había visto sonreír cuando hablaba con Miles y había tenido la suerte de que no la había atrapado mirándolo. Sus rasgos habían cambiado, se veía más joven y despreocupado. Rasgos apuestos se habían vuelto impresionantemente hermosos.

"¿Conoce a mi hermano desde hace mucho tiempo? Vagamente recuerdo que nos visitó hace muchos años, pero como solo me permitían bajar por breves momentos, no recuerdo mucho de los que visitaban," preguntó Edith.

"Hemos sido amigos desde nuestro primer año en la escuela," respondió Ralph. "Él se apiadó de mí."

"Estoy segura de que no fue así, aunque tiende a gustarle la mayoría de las personas. Es muy fácil de tratar en ese aspecto," reconoció Edith.

"Sí. Él es indulgente con las debilidades de los demás. Me alegra que regresara de España, América y Francia sin heridas. Un milagro ver tanto combate y regresar ileso, no muchos otros podrían decir lo mismo, estoy seguro."

"Relativamente ileso," corrigió Edith. "No creo que nadie pudiera sobrevivir a las batallas que él hizo y ser la misma persona que era antes."

"Verdad. Él la admira por lo que ha enfrentado mientras él estaba fuera."

"Fue difícil," admitió Edith. "Pero mi objetivo principal era proteger a Miles lo más posible. Mamá quería que insistiera en que él regresara, pero me negué. Puede sonar tonto, ya que podría haber sido herido o peor, pero sé cuánto significaba para él luchar con sus amigos. Si hubiera regresado temprano y ellos hubieran sido asesinados..."

"Sí. Su culpa habría sido mucho peor que cualquier cosa que sufre ahora," Ralph estuvo de acuerdo.

"¡Exactamente! Sé que podría verse como una tontería de mi parte, pero entendía lo que impulsaba a Miles y no podía interferir con eso por mis propios motivos egoístas. Realmente no había nada que ganar con su regreso. Mamá simplemente no podía verlo," explicó Edith, expresando su motivación por primera vez. "De hecho, nadie a quien expresé mi opinión parecía entenderlo."

"¿Eran todas mujeres?" preguntó Ralph.

"Sí, creo que sí. Aparte del abogado de la familia, eran principalmente las amigas de mamá quienes nos visitaban."

"Ahí lo tiene. Ellas habrán respondido desde la necesidad de mantener protegidos y cercanos a aquellos que les importan. Si hubiera dicho lo mismo a los hombres de su entorno, estoy seguro de que habría encontrado comprensión."

"Eso es un punto interesante," reflexionó Edith. "Afortunadamente, él regresó a salvo y mamá finalmente pudo estar tranquila."

"Y ha asumido el título de la familia. Para su crédito, parece haber nacido para el papel. No es que diga que lo anhelaba, porque sé que no lo hacía."

"Ha asumido las responsabilidades sin quejarse. Ha habido demasiados cambios en los últimos años. Ha sido un tiempo emotivo para todos nosotros. Extraño a mi padre y a mis

hermanos. La casa siempre estaba llena de risas y jovialidad cuando estaban juntos."

"Es difícil perder a los que están cerca de nosotros."

"Sí."

"A su hermano le gusta molestarla," dijo Ralph, cambiando el tema a uno más ligero.

"Demasiado," dijo Edith con una leve sonrisa. "Elige sus momentos perfectamente, usualmente cuando estamos en compañía, así no puedo responder como me gustaría. En cambio, sabe que tengo que actuar con recato y sin afectaciones."

"Dijo que era un poco más... fogosa que él," corrigió Ralph rápidamente.

"Puedo imaginar lo que realmente dijo, pero él es una verdadera comadreja cuando empieza," replicó Edith, sin ofenderse por la etiqueta que su hermano le había dado.

Ralph rio. "¿No lo idolatra como al hermano mayor que debe ser obedecido y adorado?"

"Oh, sí, completamente, pero no hay necesidad de que él lo sepa, ¿verdad? ¿Dónde está la diversión en eso?"

"Verdad."

"¿Tienes hermanos, mi señor?"

"No. Desafortunadamente, no. Tengo poca familia," respondió Ralph, endureciéndose ligeramente.

Edith sintió el movimiento bajo su mano, que hasta ese momento había estado cómodamente apoyada en el firme brazo y, aunque se preguntaba sobre su respuesta, no presionó más. "Me alegro de tener a Miles. Mamá a veces es difícil de manejar."

"Por lo que ha sufrido en los últimos años, supongo que está justificada en estar un poco fuera de lugar. Es importante apreciar y apoyar a nuestros padres lo mejor que podamos," replicó Ralph.

"Soy una hija obediente la mayor parte del tiempo," admitió Edith.

"Siento que cumplir con nuestro deber es el aspecto más importante de respetar a nuestros padres. De hecho, diría que les debemos ser respetuosos."

"Hago lo mejor que puedo, pero no siempre puedo ser lo que mi madre desea," admitió Edith.

"¿Es porque se rebela contra que le digan qué hacer?" preguntó Ralph, genuinamente curioso sobre Edith después de lo que Miles le había revelado.

"¿Siempre hace preguntas impertinentes, mi señor?"

"Solo cuando siento que alguien está quizás un poco equivocado, o mi curiosidad está despierta."

"Parece muy interesado en ir más allá de la etiqueta de la conversación educada."

"Si desea la aburrida conversación de los petimetres que la rodean en la sociedad, me temo que eligió al hombre equivocado para que la escolte, Lady Edith. No me muerdo la lengua si tengo algo que decir y me han llevado a creer que usted tampoco."

"Eso sugeriría que soy una maleducada con opiniones," respondió Edith.

Ralph rio. "No he sugerido nada de eso."

"Si estuviera en este lado de la conversación, podría ver sus palabras de manera diferente."

"¿Eso es lo que estamos haciendo? ¿Discutiendo? Pensé que estábamos teniendo una conversación animada. Obviamente, me informaron mal sobre su carácter. Me llevaron a creer que era un poco fuera de lo común. Pido disculpas por estar equivocado."

Edith se sintió incómoda y herida por la reprimenda de Ralph. Se enorgullecía de ser un poco diferente a las demás, y era consciente de estar orgullosa de ello. En unas pocas frases, le

habían dicho que no era diferente a las docenas de otras jóvenes en la sociedad. Le dolió su vanidad, algo que se había convencido de que no tenía.

"Y así, disfrutamos de una conversación mientras caminamos," respondió Edith sarcásticamente. "Creo que es hora de que volvamos a nuestro palco, mi señor, antes de que uno de nosotros se vea abrumado por el encanto del otro."

"Como desee." Ralph apretó los labios en una línea severa. Podría haberse reído de su comentario; tenía que darle crédito por su respuesta. No era de extrañar que no hubiera sido un éxito de la temporada. Pretendía ser una cosa, mientras no era diferente a las docenas de otras víboras que merodeaban por los salones de baile de la sociedad. Esta era exactamente la razón por la que no socializaba, un momento estabas charlando amigablemente, al siguiente alguna palabra o comentario se malinterpretaba y te encontrabas frente a una harpía remilgada.

Volvieron al palco en silencio. Miles levantó las cejas ante las expresiones serias en sus rostros, pero no recibió respuesta ni de Edith ni de Ralph. Edith fue depositada con su madre una vez más, quien ahora estaba rodeada de personas que conocía.

Ralph hizo una reverencia al grupo de damas. "Por favor, acepten mis buenos deseos, Lady Longdon, Lady Edith, damas. Espero verlas pronto." Asintiendo a Miles, Ralph dejó el palco.

Miles parecía un poco atónito mientras se acercaba a Edith y le hacía señas para que dejara el grupo reunido alrededor de su madre.

Edith, a regañadientes, dejó el entorno en el que no podía ser interrogada, mientras que en realidad no había razón para intentar retrasar hablar con Miles. "No dije nada," dijo defensivamente antes de que Miles tuviera tiempo de hablar.

"¡Eso es una admisión de culpa, si alguna vez escuché una!" exclamó Miles.

"Tiene bastantes opiniones y no le gustó que no estuviera de acuerdo con cada una de sus palabras," admitió Edith.

"Oh, Edith," gimió Miles.

"¿Qué? ¡Todo lo que hice fue defenderme cuando se volvió impertinente y ofensivo!" dijo Edith, sonrojándose.

"¿No podrías, solo por una vez, ser amable?"

"Soy amable."

"Eres un gusto adquirido."

"¡Vaya! ¡Y se supone que debes ser mi defensor!" dijo Edith con un resoplido. "¿Seguramente no quieres que me fije en Lord Pensby?"

"¿Ralph? Dios mío, no. No es del tipo que se casa, pero me gustaría que se llevaran bien. No se mezcla mucho en la sociedad."

"¡Obviamente, hay una razón para eso!" vino la respuesta tajante.

"Sí, la hay. No sé mucho sobre su vida familiar, pero sospecho que no es feliz. Solo está él y su madre. Ella nunca se ve en la ciudad, ni en Brighton, ni en ningún lugar, hasta donde puedo decir. Ralph se cierra si uno intenta averiguar algo sobre su situación, así que he dejado de intentarlo, pero está claro que no es feliz y estaba tratando de sacarlo un poco más," explicó Miles.

Edith parecía mortificada. "Y he echado todo a perder. Oh, Dios. Solo pensé que me estaba criticando porque era desagradable."

"Dudo mucho eso. ¿Qué motivación tendría, o qué estaría esperando lograr? Ojalá fueras más prudente, Edith. Ese temperamento tuyo te meterá en problemas un día de estos," advirtió Miles.

"Tal vez escribir a posibles pretendientes sea la forma más segura de asegurar un marido después de todo. Con suerte, quienquiera que elija estará enamorado de mí antes de darse cuenta de que tengo un temperamento rápido," dijo Edith con una sonrisa.

"Hum. Espero que tengas cuidado."

"Lo tengo, aunque uno de los pretendientes potenciales no respondió a la carta que envié en respuesta a la suya. No puedo entender por qué alguien escribiría a otro y luego no continuaría con la correspondencia," dijo Edith un poco desanimada. "No importa, solo faltan unos días y debería estar recibiendo mi próximo paquete."

"¿Será un paquete esta vez?"

"Sí. Envié una carta al editor, pidiendo específicamente su discreción. Recibí una respuesta, prometiéndome que no habrá más percances," aseguró Edith.

"Lo creeré cuando lo vea," vino la respuesta murmurada.

Capítulo 5

Ralph se apartó de la mesa, vaciando su vaso mientras se ponía de pie. Sonrió levemente. "Caballeros, gracias por su compañía esta noche."

"Y nuestro dinero," gruñó uno de los compañeros que seguía sentado.

"No los obligué a unirse a mí," señaló Ralph. "De hecho, estoy bastante feliz de dejarlos intentar recuperarlo."

"Tonto podría ser, pero no soy idiota," vino la respuesta despectiva de uno de sus conocidos que había sido particularmente golpeado por las pérdidas.

"Entonces les deseo buenas noches," Ralph asintió y dejó el grupo.

Al salir del edificio, vaciló antes de tomar su ruta habitual. La inquietud lo afectaba estos últimos días y no podía concentrarse en nada. En lugar de volver a casa, cambió de dirección y se dirigió a St. James's Street.

Al entrar al club Brook's, fue recibido con sorpresa, pero bienvenido, por uno o dos de los caballeros presentes.

"¿Has decidido visitar un establecimiento de juego de mayor clase?" preguntó Lord Hoylake, soplando una nube de humo de cigarro al aire mientras hablaba.

A Ralph le gustaba el hombre. No se permitía fumar en el establecimiento, pero a Lord Hoylake no le importaba y desafiaba las reglas. La mayoría de los ocupantes preferían el rapé a los cigarrillos nuevos, que estaban entrando en el país desde que los hombres que regresaban de la Guerra Peninsular los habían traído consigo.

"No sé sobre eso. Un cambio de escenario parecía atractivo," respondió Ralph, pidiendo una bebida a un atento lacayo.

"He oído que tu suerte estaba teniendo una buena racha. Estaría dispuesto a ponerla a prueba," ofreció Lord Hoylake.

"Tal vez otra noche. Estoy aburrido de las cartas esta noche."

"¿Aburrido de las cartas, por Dios! ¿Estás enfermo?"

Ralph sonrió y aceptó un vaso de líquido ámbar del sirviente a su lado. "Quizás. Dudo que sea de larga duración, así que tendrás ese juego."

"Eso espero. Las ganancias de la mitad de los infiernos del juego en Londres se hundirían si te reformaras."

"Me alegra que mis movimientos estén proporcionando entretenimiento a los chismosos," dijo Ralph con desdén.

"Hay que conocer todo sobre los posibles oponentes, hijo mío. No conviene entrar a un juego a ciegas."

"Te sorprendería cuántos lo hacen," dijo Ralph.

"Sí, y por eso tus bolsillos están llenos. Desafíame una noche y puede que no tengas tanta suerte," prometió Lord Hoylake.

"Lo tendré en cuenta." Ralph asintió mientras el conde lo dejaba, una vez que estuvo seguro de que no había oportunidad de intentar engañar al joven.

Sentándose en una silla de color sangre de buey, Ralph colocó su vaso y sacó su caja de rapé. Al levantar la tapa, tomó una pizca de la exquisitamente grabada caja de plata.

"No dejes que Brummell, o sus compinches, te vean usando dos manos para abrir tu caja

de rapé," dijo la voz risueña de Miles. "Serías desplazado por no estar a la altura."

"Afortunadamente, no podrá verme desde Calais," respondió Ralph.

Miles se sentó en la silla recientemente ocupada por Lord Hoylake. "Es bueno verte, pero ¿qué te trae aquí?"

"Honestamente, no lo sé," admitió Ralph. "Una inusual reticencia a regresar a casa."

"Eso no es propio de ti. Normalmente es un infierno conseguir que salgas a cualquier lado."

"He estado sintiéndome un poco inquieto estos últimos días. No sé qué demonios me pasa, ¡pero espero que no dure!"

Miles sonrió. "¿Es ahora un buen momento para persuadirte a unirte a mi hermana y a mí en un paseo a Highgate mañana? Edith tiene el deseo de explorar algunos de los parques alrededor. Podríamos pasar el día haciéndolo y disfrutar de algunos refrigerios en el Castle Inn. Es un establecimiento respetable."

"No creo que pasar un día con tu hermana sea una buena idea. Casi llegamos a las manos después de diez minutos," dijo Ralph.

"Ella es bastante inofensiva cuando la conoces," defendió Miles a su hermana.

"¡Qué alta recomendación!" se burló Ralph. "Gracias por la oferta, pero será mejor que piense en regresar a mi finca de nuevo." Y lo que me espera allí, pensó con tristeza.

"Eres meticuloso en tu cuidado," lo elogió Miles. "Me siento como un terrateniente ausente en comparación."

"Mi finca está más cerca de Londres que la tuya," dijo Ralph rápidamente. "Tiene más sentido que yo controle lo que está pasando."

"Para eso tenemos mayordomos, querido amigo," le recordó con una sonrisa. "¿Por qué emplear a alguien y luego hacer todo el trabajo tú mismo? Eso no es buena economía."

"Entonces te has convertido en el peor tipo de terrateniente ausente," contraatacó Ralph. "Qué vergüenza."

"No me arrepiento. De hecho, soy aún peor, porque tengo la intención de coaccionarte hasta que sucumbas a mis persuasiones y te unas a nosotros mañana. ¿Cómo puedes resistir mi compañía por un día entero? ¡Sabes que quieres!"

Ralph hizo una pausa. Quería pasar un día en el que no se le exigiera pensar, preparar o reaccionar a ninguna de sus responsabilidades. No podía recordar la última vez que había tenido un día así.

"Me uniré a ustedes," dijo.

"¿Realmente? ¡Eso fue más fácil de lo esperado!" dijo Miles con placer. "Ven a Curzon Street a las once."

"Estaré allí a mediodía. No me levantaré temprano por nadie," replicó Ralph.

Miles sonrió. "¡Eso es genial! No esperaba partir antes de la una."

"No te tenía por tan astuto. ¡No me engañarás tan fácilmente la próxima vez!"

*

Ralph sabía que debería haber llegado tarde. Miles se entretenía, probablemente arreglando su corbata si la experiencia pasada era algo a tener en cuenta, Ralph lo fulminaba en silencio. Estaba de pie frente a la gran chimenea de mármol en el salón de la casa. El silencio había descendido en la habitación y el tiempo se arrastraba interminablemente.

Edith estaba sentada, resplandeciente en su elegante hábito de equitación azul oscuro de estilo militar con cenefas negras contrastantes, observando a Ralph con aprensión. Ciertamente, era agradable de ver; su ropa le quedaba perfecta. No había relleno en los hombros o las

pantorrillas, ni un corsé que sostuviera un estómago redondeado; era de hombros anchos y delgado. El material que llevaba era de la más alta calidad y su corbata caía de manera despreocupada de la forma que solo los más talentosos dandis podían lograr. Desafortunadamente para Edith, estar en compañía de un hombre apuesto no significaba necesariamente que la conversación fluyera fácilmente. Habían hecho intentos forzados de conversar durante los últimos veinte minutos y ambos deseaban estar a millas de distancia. No auguraba bien para el día que tenían por delante.

Lady Longdon sorprendió a ambos al irrumpir en la habitación. "¡Edith! ¿Qué significa esto?" exclamó, sin reconocer la presencia de Ralph, o posiblemente ni siquiera notar que estaba allí en su prisa por abordar a su hija.

"No entiendo a qué te refieres, mamá. Estoy esperando con Lord Pensby a que Miles se nos una. Vamos a Highbury," explicó Edith, tratando de llamar la atención de su madre sobre el hecho de que tenían un invitado.

"No. No. No es eso," Lady Longdon desestimó las palabras de su hija. "Esto." Extendió un paquete mal envuelto hacia su hija. "Acabo de ser abordada en mi propia puerta por un repartidor, ¡que me guiñó un ojo! ¡Me guiñó un ojo mientras me entregaba este paquete! ¿Por qué estás recibiendo un paquete lleno de cartas, Edith?"

"Oh Dios mío," murmuró Edith, lo suficientemente alto como para que Ralph lo escuchara. El color abandonó sus mejillas, dejando una palidez mortal. "Mamá, déjame tomarlas."

"No harás tal cosa sin darme una explicación primero," respondió Lady Longdon con acritud, arrebatándole el paquete a Edith.

Edith y Ralph observaron con asombro cómo el repentino movimiento de Lady Longdon hizo que el papel de envolver ya rasgado se rompiera aún más y las cartas salieran del paquete en un arco de papel. Parecía que las cartas flotaban hacia el suelo, asegurándose de que los observadores fueran plenamente conscientes de lo que el paquete contenía.

Un momento de quietud descendió sobre la habitación antes de que Edith actuara, recogiendo frenéticamente las cartas. Se puso roja como un tomate de vergüenza cuando, silenciosamente, Ralph le entregó un montón que había reunido discretamente.

"Gracias," murmuró. "Permítame disculparme."

Saliendo de la habitación y subiendo las escaleras a ciegas, su progreso fue detenido por Miles, que estaba a punto de bajar. "¿Qué pasa con tanto alboroto?" preguntó su hermano.

"No puedo salir hoy. ¡No puedo mostrar mi cara nunca más! ¿Qué estaba pensando?" gemía Edith.

"Edith, esto no es típico de ti. Vamos. ¿Qué pasa?" Miles vio lo que ella sostenía en sus manos y gimió. "¿Madre ha visto las cartas?" preguntó.

Edith intentó parpadear para alejar la humedad de sus ojos. "Sí. El repartidor le dio el paquete. Estaba roto y cuando intenté recuperarlo... Lord Pensby..." Se sintió casi histérica al pensar en lo que su invitado había visto.

"No te preocupes por Ralph, es demasiado caballeroso para mencionar algo. Te van a dar una regañina de parte de mamá, una vez que se dé cuenta de lo que ha estado pasando," advirtió Miles.

"¡Podría ser un caballero, pero sé que las ha visto! ¿Qué debe de pensar?" dijo Edith. "No puedo salir. Por favor, envía mis disculpas, aunque estoy segura de que no esperará verme después de esto."

Miles consideró prudente no mencionar que Ralph sabría exactamente qué eran las cartas.

"No. Te unirás a nosotros, o pasarás el día recibiendo una reprimenda de mamá. Deshazte de esas cartas y nos vemos en la acera en cinco minutos. He enviado a decir que preparen los caballos."

Después de una pausa, Edith asintió en señal de conformidad. Miles tenía razón. Era mejor enfrentar la vergüenza de estar en compañía de Ralph que escuchar las recriminaciones de su madre, que iban a ser largas y prolongadas.

"Solo una cosa más, Edith," Miles esperó hasta que Edith encontró su mirada. "Esto tiene que parar. Es una receta para el desastre. Siempre lo fue y fui tonto al dejarte seguir adelante. Cuando regreses, escribirás al *Times* y cancelarás tu anuncio. El riesgo para tu reputación no se puede soportar. Hoy ha demostrado cómo has estado jugando con la locura."

Edith no discutió. Solo asintió con la cabeza una vez más y continuó subiendo las escaleras hacia su habitación.

*

El trío permitió que sus caballos expulsaran algo de energía una vez que habían dejado atrás las bulliciosas calles de la ciudad. Había poco tiempo para hablar, por lo que Edith estaba agradecida. Solo intercambiaron charla general mientras se acercaban a Highbury, pero cuando llegaron al Castle Inn, Miles estaba ocupado con su caballo, así que Ralph llevó a Edith a un salón privado.

"Mi señor, respecto a esta mañana..." comenzó Edith, necesitando decir algunas palabras sobre el horrible incidente.

"No tiene necesidad de explicarme nada. Después de todo, no es asunto mío", respondió Ralph, quitándose los guantes y acercándose al fuego para calentarse las manos.

"Debe parecer un poco extraño", Edith no sabía qué decir, pero sentía la necesidad de intentar explicarse.

"Por lo que sé, podría estar muy endeudada y todos sus acreedores decidieron, el mismo día, exigirle una compensación", dijo Ralph con tranquilidad, sin desear prolongar el sufrimiento que Edith estaba experimentando.

Riendo a pesar de su vergüenza, Edith se sentó. "Ha acertado. Soy una mujer vergonzosa, mi señor."

Sin poder evitar sonreír en respuesta, Ralph se volvió ligeramente hacia ella. "Lo supe en cuanto nos reencontramos. Tendré que llevarla a uno de mis infiernos de juego y ver cómo se hunde aún más intentando pagar lo que debe. Es lo que hacen regularmente aquellos en deuda."

"Desafortunadamente, mis habilidades son lamentablemente insuficientes en esa área. Probablemente saldría con más problemas de los que entré."

"La mayoría de las personas lo hacen."

"Pero no usted", Edith se sintió compelida a preguntar.

"No."

"No sé por qué, pero no me da la impresión de ser un jugador. Supongo que no tiene la apariencia de un hombre que depende del giro de una carta", admitió Edith, completamente distraída de su propia mortificación.

Ralph no pudo evitar que se escapara una risita. "Ciertamente no duda en dar su opinión, Lady Edith."

Edith se ruborizó, pero sonrió. "Se ríe de mi franqueza, pero me volví excesivamente defensiva con usted. Debe preguntarse por mi comportamiento inconsistente y antagonista."

"Sus palabras no me ofenden. Pero volviendo a su declaración original, no soy un hombre que dependa de lo que otros consideran la suerte. Yo juego por otra razón", admitió Ralph.

"¿Hay otra razón además de ganar fondos?"

"En mi caso sí la hay. Ganar los fondos es una consecuencia agradable de la actividad, pero la atracción principal es que, durante esos minutos de juego, estoy completamente concentrado en lo que está sucediendo frente a mí. Debo concentrarme completamente. Durante esos pocos momentos, nada más interfiere y eso vale la pena el riesgo perder alguna moneda, si lo hago", explicó Ralph.

Edith frunció ligeramente el ceño mientras pensaba en sus palabras. "No cuestionaré por qué necesita bloquear todo tan completamente, aunque admito que deseo saber", sonrió. "No olvido cómo empezó esta conversación y le agradezco su consideración."

Ralph asintió. "Como nadie más conoce mi motivación, tiene uno de mis demasiados secretos, Lady Edith. Y ahora sé que es una gastadora terrible."

Edith rio cuando Miles entró en la habitación. "Entonces no llegaron a las manos", preguntó amablemente. "Pensé que lo harían después de la noche en Vauxhall Gardens."

"¡Miles! ¡Bestia! Pensar que nos recuerdas ese desastroso evento", exclamó Edith.

"No pensarías que soy yo quien necesita evitar la sociedad después de ese faux pas", dijo Ralph, aparentemente imperturbable.

Miles sonrió. "Pidamos algo de comida. Tendremos que ir despacio de regreso; creo que Casper tiene un problema en una pata trasera."

"¿Deberías montarlo?" preguntó Edith.

"Veré cómo le va. Si está luchando, lo llevaré caminando de vuelta", dijo Miles encogiéndose de hombros.

"Pero tomará horas. ¡Nunca llegarías a casa antes del anochecer!" exclamó Edith.

"Mejor eso que arruinar a mi caballo permanentemente. Podría tener que dejarlo aquí y contratar un caballo de alquiler, lo cual me costará mucho. Probablemente es mejor prevenir que lamentar, supongo", dijo Miles.

"Sí, no querrás dejar permanentemente lisiada a la pobre bestia teniendo que llevar tu peso cuando no está bien", respondió Ralph, satisfecho cuando Edith se rio del comentario.

*

Los tres regresaron a Londres después de un festín refrescante. Miles pronto se rezagó, murmurando entre dientes sobre las deficiencias de los caballos de alquiler.

"Es un mimado jinete de caballería", dijo Edith, mientras los dos pura sangre que montaban se mantenían a la vista de Miles, pero caminaban a un paso ligeramente más rápido.

"Pero él sabe de sus caballos. No compraría uno sin su aprobación", admitió Ralph. Notó la mirada sorprendida de Edith. "¿Qué he dicho para sorprenderla?" preguntó con una ligera sonrisa.

Edith se ruborizó un poco. "Supongo que es el hecho de que dependa de alguien para un consejo. Parece tan seguro de si mismo, como la mayoría de los hombres, lo admito, pero con usted es diferente. Supongo que autónomo es una mejor descripción."

"Yo, como muchos otros que tienen el título familiar, tengo que serlo, especialmente con las propiedades que gestionar, pero también me enorgullezco de no ser imprudente. Sé que conseguiré una bestia mucho mejor con Miles aconsejándome. Vamos, incluso una mujer independiente como usted debe buscar consejo a veces."

Edith resopló de una manera poco femenina, lo que hizo reír a Ralph. "Una pensaría que, siendo mayor y teniendo mi propia fortuna, el mundo se abriría ante mí, ¿verdad? En cambio, me siento casi tan constreñida como cuando estaba en el cuarto de estudio. Estoy obligada a doblegarme a los deseos de mi madre e incluso de mi hermano en algunos casos", dijo Edith amargamente.

"Todos tenemos restricciones en nuestras vidas, incluso como cabeza de familia", razonó Ralph.

"Supongo que sí", admitió Edith. "Pero creo que ser mujer, incluso una rica, es diferente a la situación de un hombre. Yo deseo regresar al campo, pero mi hermano y mi madre desean lo contrario, así que no tengo más opción que quedarme en la ciudad. Dudan de que sepa lo que quiero, lo cual es desesperantemente frustrante".

"¿Realmente quiere irse mientras la temporada está en pleno apogeo?", preguntó Ralph sorprendido. Había recibido una pista del carácter de Edith por parte de Miles, pero escuchar sus propias opiniones era fascinante.

"Sí. Soy una mocosa ingrata, me doy cuenta de eso, incluso si mi madre no me lo hubiera dicho de la misma manera, aunque de manera más educada", dijo Edith con pesar.

Ralph rio de nuevo. "Me sorprende, Lady Edith. Pensé que bailar, coquetear y rechazar propuestas eran el punto culminante de la presentación de una joven en sociedad".

"¡Nos hace sonar completamente volubles y superficiales!", exclamó Edith. "Sin embargo, no tiene recriminaciones para los hombres que se ofrecen por tres mujeres en una semana. Seguramente eso no puede considerarse como buen tono, ¿no?"

"¿Realmente? ¿Qué tonto hizo eso? Y me atrevo a preguntar, ¿fue la número uno, dos o tres?", preguntó Ralph, apenas conteniendo la risa que amenazaba con salir.

Furiosa, Edith bufó. "Yo fui la número tres".

"No se preocupe. Esa sola frase me ha convencido de que el hombre es un completo idiota", dijo Ralph seriamente.

"Gracias. Admito que, incluso si hubiera sido la número uno, no habría habido una aceptación dada. No fue rechazado por mi enojo", admitió Edith.

"Espero que no. Me tranquiliza saber que no me estoy perdiendo nada al permanecer en los márgenes de la sociedad".

"Me sorprende que lo haga. Un hombre soltero y guapo siempre es popular".

"Es bueno saber que me considera guapo", dijo Ralph con una risita.

Aunque las mejillas de Edith se sonrojaron, sonrió. "Sabe muy bien que lo es. Admitir algo tan obvio no es coquetear con usted, mi señor".

"Pido disculpas por atreverme a presumir tal cosa", respondió Ralph, con los labios temblando por la mirada que sus palabras provocaron. Se detuvo un momento antes de continuar. "Elijo no ir a la sociedad porque nunca podré casarme".

"¿Oh? ¿No puede o no quiere?"

"¡Y me acusó de impertinente!" Ralph rio. "No me mire así, solo le estoy bromeando. Para responder a su pregunta, es un poco de ambas, Lady Edith. ¿Eso satisface su curiosidad?"

"¡Por supuesto que no! Pero soy lo suficientemente dama como para no indagar más".

"¡Qué decepción!", bromeó Ralph gentilmente.

"¡Por todo lo que es poco caballeroso!" Edith rio. "Usted, señor, es un pícaro".

"Se ha dicho antes un par de veces".

Edith miró de reojo, preguntándose acerca del enigmático caballero que parecía tener muchas capas. Oh, su inicio había sido algo tonto, pero estaba intrigada y ciertamente atraída por él. Aún se preguntaba qué había detrás de su comentario sobre no casarse, y podía admitir que sentía lástima de que no estuviera en el mercado matrimonial. Por primera vez en su vida sentía que había conocido a alguien a quien estaba atraída mental y físicamente. ¿Quizás podría persuadirlo para que cambiara su perspectiva sobre el estado matrimonial si conociera a la mujer adecuada? Sintió un escalofrío de emoción. Valía la pena pasar más tiempo con él, especialmente

porque había entrado en contacto con él debido a su amistad con Miles.
De repente, la temporada en Londres no parecía tan sombría.

Capítulo 6

Ralph salió de Curzon Street con sentimientos confusos. Después de su primer encuentro desastroso, había catalogado a Edith como una mujer dominante, pero desde entonces...

Saber sobre las cartas le había dado una ventaja para entender qué la había mortificado esa mañana, pero había algo más. Había querido tranquilizarla, aliviarla de su vergüenza cuando se detuvieron en la posada. Lo que era aún más extraño, era su necesidad de explicarle por qué no se consideraba a sí mismo el jugador que otros pensaban. Nunca le había contado a nadie sobre encontrar alivio temporal en las mesas de juego, ni siquiera a Miles.

Había sido un día refrescante. Hacía mucho tiempo que no pasaba horas sin rumiar sus problemas. En cambio, había disfrutado de la compañía de una mujer divertida y hermosa. No recordaba haber reído tanto. Se había sentido bien.

Todavía reflexionaba sobre por qué había sido tan abierto cuando entró en su propia dirección. Alquilaba una pequeña casa en Jermyn Street. No necesitaba nada más grande, ya que solo él visitaría la capital.

Mientras su ayuda lo ayudaba a quitarse el abrigo ajustado exquisitamente, su ayuda aclaró la garganta. "Hoy se entregó una carta de Lymewood, mi señor".

"Maldición", murmuró Ralph. "¿Dónde está?"

Se le entregó la misiva, enviada por su mayordomo en su casa familiar. Leyéndola, inhaló profundamente al leer lo siguiente. *Ha habido tres ataques en estos últimos dos días, mi señor. La recuperación de esos incidentes ha sido lenta y llena de confusión y angustia. Parece que el tratamiento continuo no está funcionando.*

"Wilson, regresaré a Lymewood mañana. Enviaré un correo expreso inmediatamente informándoles de mis planes", dijo Ralph, sentándose en su pequeño escritorio y alcanzando su pluma, olvidando completamente los pensamientos de un día agradable.

*

Edith entró en su dormitorio con sentimientos de aprensión. Había disfrutado de un buen día, pero también estaba curiosa por las cartas que habían sido entregadas.

Su doncella la ayudó a quitarse el traje de montar y arregló su cabello para eliminar los efectos de un día de paseo a caballo. Solo entonces pudo despedir a la doncella y quedarse a solas. Inmediatamente cruzó hacia el cajón superior de su cómoda y sacó el montón desordenado de cartas.

Sentada junto al cálido fuego acogedor, comenzó a abrir cada carta. Diez minutos más tarde, el fuego ardía más brillantemente de lo que había estado unos momentos antes, mientras Edith colocaba una hoja de papel sobre otra. Sus ojos brillaban demasiado mientras se daba cuenta de que su plan había fracasado.

La última en quemarse fue la segunda carta del corresponsal que le había escrito en el primer lote que recibió. La primera carta había parecido prometedora, pero la segunda fue una completa decepción. *"Con su dote y mis ideas, no nos faltará nada. Estoy seguro de que los planes en los que he accedido a participar cuando formalicemos nuestro compromiso darán frutos, mi querida dama. Podré ofrecerle todo lo que su corazón desee y más. Todo lo que necesito son los fondos para comenzar, y estoy seguro de que su independencia los proporcionará. Es providencial que haya decidido leer los anuncios personales ese mismo día.*

Estábamos destinados a estar juntos, estoy seguro de ello", rezaba la carta.

Al releer el escrito, Edith casi gruñó. "Puede que haya sido ingenua al mencionar que soy independiente, pero ahí termina mi estupidez, Sr. Penny", murmuró al papel. "Si cree que voy a entregarle mi fortuna para que la malgaste, ¡escogió a la chica equivocada! ¡Providencial, en verdad! Probablemente escribe a cada persona que coloca un anuncio. Vergüenza debería darle, señor", concluyó, arrugando la carta antes de arrojarla bruscamente al fuego.

Levantándose de su silla, caminó hacia la ventana. Envuelta en sus brazos, contempló los pequeños jardines y los traseros de otras casas. "Debe de haber alguien por ahí para mí, ¿no? En todas estas casas, en esta enorme ciudad, ¿cómo no puede haber un hombre a quien pueda amar y respetar? ¿Soy tan difícil de complacer?"

Sin ser invitada, una imagen de Ralph llegó a su mente. Sonrió ligeramente para sí misma. "Ciertamente es apuesto y hay más en él de lo que parece a primera vista. Lástima que pueda ser taciturno y abrupto", dijo en voz alta, aunque su sonrisa no se desvaneció, de hecho, aumentó mientras pensaba en su día.

Sí. Lord Pensby era el punto brillante en una ciudad muy solitaria.

*

Edith entró en el salón, con una sonrisa en el rostro. Miles miró a su hermana.

"Te ves bonita, ¿te has hecho algo diferente?" preguntó. "Pareces más joven de alguna manera."

"¡Qué típico de un hermano, hacer un cumplido al mismo tiempo que hace un insulto velado!" dijo Edith, levantando las cejas.

"De ninguna manera. Solo señalaba que tus esfuerzos no han sido en vano."

Edith puso los ojos en blanco ante este comentario. "He hecho algo que te hará feliz", cambió de tema.

"¿Oh?"

"He revisado las últimas cartas y te alegrará saber que no voy a escribir a ninguno. Parece que tenías razón, un anuncio no era la forma de encontrar una pareja para la vida", admitió. "De hecho, las he quemado todas."

"¡Gracias a Dios por eso!" respondió Miles con vehemencia. "He tenido pesadillas sobre eso desde que enviaste los detalles al periódico."

"He enviado una nota pidiendo que retiren el anuncio," admitió Edith. "Valía la pena intentarlo, pero en realidad nadie captó mi atención. Es un poco deprimente cuando hay tantos anuncios puestos."

"Nunca hay anuncios que digan que la pareja que se va a casar se conoció a través del periódico. Si ese fuera el caso, seguramente lo promoverían, animaría a más personas desesperadas a enviar sus detalles."

"Me alegra saber lo que piensas de mí, pero desearía que aprendieras algunas frases más floridas. No es necesario ser tan brutal, ¿sabes?" dijo Edith con desdén.

Miles sonrió. "Vamos, querida, prometo ser el hermano más encantador en el baile de esta noche. Incluso te acompañaré a la cena para que no tengas que lidiar con mamá sola."

"Eres todo amabilidad," respondió Edith con sarcasmo.

*

Ralph no asistía a los bailes, Edith lo sabía, pero eso no la detuvo de escanear el salón de baile para ver si había cambiado de opinión. Había esperado que su tarde juntos pudiera tentarlo a unirse, esperando que él hubiera sentido el mismo remolino que ella.

Miles interrumpió sus cavilaciones acercándose a ella. "Edith, me gustaría presentarte a

estos dos caballeros. Acaban de llegar a Londres. Albert Malone sirvió conmigo en España y Francia, y está aquí con su amigo, Charles Sage.”

Edith sonrió e hizo una reverencia a los dos caballeros. “Señor Malone, señor Sage, es un placer conocerlos.”

Ambos caballeros hicieron una reverencia. Charles habló primero. “Lady Edith, espero que tenga un baile libre, estoy ansioso por compensar el tiempo perdido viajando por Europa para llegar a Londres.”

“Tengo el siguiente con Miles, pero si él no tiene objeción, estaré encantada de cambiar de pareja.”

Miles asintió con aquiescencia. “Me dará una buena oportunidad para ponerme al día con Albert,” dijo.

“No por mucho tiempo para recordar. También me gustaría bailar con Lady Edith, si es posible,” intervino Charles.

“Por supuesto,” sonrió Edith.

Caminó a través de la abarrotada sala hacia la pista de baile con Charles a su lado. Él era el más guapo de los dos, con cabello rubio y ojos azules claros. Lucía casi angelical, y sus rizos rebeldes añadían al efecto generalmente llamativo. Atrajo algunas miradas admiradoras mientras ocupaban sus lugares, lo cual Edith suprimió con una sonrisa. Ella podía apreciar bailar con un socio guapo, como cualquier otra mujer.

Haciéndose honores mutuos mientras comenzaba el baile, Charles pronto mostró que era un bailarín ligero de pies, capaz de entretener y moverse con gracia entre los pasos.

“Mi amigo habla muy bien de su hermano,” comenzó él.

“Es bueno saberlo. Creo que fue un oficial bien considerado. ¿Mr. Malone sirvió en Wellington?”

“Sí, en la Península y luego en Francia,” dijo Charles. “Me temo que no fui lo suficientemente valiente como para comprar un puesto.”

El comentario fue hecho sin la menor duda de que sus palabras serían censuradas y su presunción fue correcta.

“No es un estilo de vida que le convenga a todos,” dijo Edith. “Sé que mi hermano extraña el vínculo que compartía con sus compañeros, pero estoy segura de que hay mucho de su experiencia que preferiría olvidar.”

“Sin embargo, no deberíamos permitirlo, debido al sacrificio que esos valientes muchachos dieron,” dijo Charles mientras giraban una vuelta completa.

“Exacto. ¿Ha estado viajando, ya que no ha estado aquí toda la temporada?”

“Sí. Mi amigo quería que sus recuerdos del continente fueran felices, así que quiso visitar Francia, España y Portugal ahora que no están siendo devastados por la guerra. Estaba dispuesto a acompañarlo, ya que no había viajado en mi gran tour debido a los problemas. Perder el comienzo de la temporada parecía un pequeño precio a pagar para que Albert tuviera compañía en su viaje,” explicó Charles.

“Debe haber visto lugares hermosos,” respondió Edith, con un poco de anhelo en su voz.

“Sí, los he visto. Las iglesias allí son algo impresionante. Oro por todas partes. Mucho más extravagantes que las nuestras.”

“Supongo que son en su mayoría católicas.”

“Sí, lo son. Aunque todo ese latín está más allá de mí. Me temo que no fui un buen estudiante cuando mis padres me contrataron tutores. Estaba más interesado en montar caballos y coquetear con jovencitas.”

Edith rio. "¿Y qué pensaban las jovencitas de esto?"

Charles sonrió jovialmente. "Oh, no les importaba demasiado. Pero puedo asegurarle que ahora soy mucho más respetable."

Así fue como Edith se entretuvo durante la media hora. Sus mejillas le dolían de tanto reír al final de la misma y luego bailaba con Albert, quien trató de ser tan encantador como Charles, pero su comportamiento más tranquilo no podía competir con el extrovertido Charles. Después de que terminó su baile, Edith tomó el brazo ofrecido de Albert.

"¿Le gustaría acompañarme en un vaso de limonada o ponche, Lady Edith?"

"Eso sería encantador, gracias," dijo Edith. "Hace mucho calor aquí."

Se abrieron paso a través del abarrotado salón de baile. La anfitriona, con dos hijas casaderas, consideraría el evento un gran éxito. Sus salones estaban rebosantes de personas decididas a pasar una buena noche antes de pasar a la siguiente fiesta u otro entretenimiento de la noche.

Edith y Albert finalmente llegaron a la sala de refrescos un poco menos concurrida y después de sacarle una silla a Edith, Albert consiguió dos vasos de limonada casera.

Edith bebió agradecida. "Gracias por esto, fue una buena idea."

"De nada, y retrasa el momento en que la entregaré a su próximo compañero," dijo Albert, uniéndose a ella en la pequeña mesa.

"No tengo más bailes hasta después de la cena," admitió Edith.

"Me sorprende. Pensé que no habría posibilidad de pasar tiempo con usted esta noche. Una circunstancia afortunada para mí descubrir que estaba equivocado."

Edith sonrió. "Creo que mi inclinación por los comentarios cáusticos ahuyenta a los compañeros más delicados con los que he bailado anteriormente."

"Ah, entonces es usted muy parecida a su hermano," sonrió Albert mientras Edith se reía.

"Él pretendería que es el más popular," contraatacó Edith.

"Oh, eso es muy cierto, el encantador guapo que es, pero a veces no puede controlar sus palabras. Lo mete en todo tipo de problemas."

"Se lo recordaré la próxima vez que me critique por no pensar antes de decir lo que pienso."

Albert sonrió. "Estaré prevenido en caso de que sus palabras vayan dirigidas hacia mí. Me alegra volver a estar en contacto con su hermano, especialmente en una situación más feliz."

"Sí. El señor Sage explicó que necesitaba unas vacaciones antes de regresar a casa."

"Oh. Sí. Las necesitaba," dijo Albert, un poco incómodo. "Parece caprichoso, pero me siento mejor volviendo ahora."

"A menudo me pregunto cómo cualquiera de ustedes puede reintegrarse a la sociedad y parecer normal. No estoy segura de si podría hacerlo," admitió Edith.

"Hay que seguir adelante. Por el bien de los que se perdieron, si nada más."

"¿Veremos mucho más de usted ahora, o sigue con la intención de viajar?" preguntó Edith. Inmediatamente se había sentido atraída por los dos caballeros y estaría encantada de pasar más tiempo en su compañía. No la atraían como lo había hecho Ralph, eso había sido algo que nunca había experimentado antes, pero era agradable pasar tiempo en compañía que podía disfrutar.

"No. Ambos nos quedaremos el resto de la temporada, así que espere muchos bailes, Lady Edith."

"Lo esperaré con interés."

Era demasiado esperar que Lady Longdon no hubiera notado a los recién llegados y el hecho de que habían pasado tiempo con su hija. Tan pronto como el carruaje empezó su viaje de regreso a casa, se volvió hacia Edith.

"El señor Malone y el señor Sage parecen caballeros muy adecuados y parecieron cautivados contigo. Dos bailes con cada uno muestran promesa para el futuro," comenzó sin rodeos.

Edith contuvo una réplica porque sabía que Lady Longdon reprendería a su hija por ser tan abrupta y poco dispuesta a animar a dos nuevos caballeros. Se ahorró el aliento y la inevitable reprimenda que seguiría a una respuesta tan insensata.

"Dicen que son buenos amigos de Miles," respondió, mirando a su hermano para distraer a su madre.

"Conozco a Malone, pero Sage es nuevo para mí," admitió Miles. "Parece un tipo lo suficientemente agradable y seguramente será un éxito entre las damas con su buen aspecto."

"Dos caballeros apuestos. Ambos muy bien vestidos. Aunque el señor Sage es sin duda el más llamativo," confesó Lady Longdon.

"Lo es," admitió Edith. "Pero el señor Malone es muy agradable. Quizás no tan seguro de sí mismo como el señor Sage, pero disfruté hablar con él en la sala de refrescos." El señor Malone tenía cabello rubio oscuro y ojos verdes, que en contraste con el señor Sage, nunca podrían realmente competir. Incluso la más dura de las mujeres no podía dejar de ver la belleza en los rasgos angelicales del joven.

"Debemos planear un entretenimiento en el que puedan ser invitados de honor," dijo Lady Longdon.

"No creo que ninguno de los dos espere tal gesto," dijo Miles, sus ojos riendo ante la expresión impasible de Edith.

"Aún más razón para hacerlo," insistió Lady Longdon.

Edith sabía que no tenía sentido discutir contra su madre cuando tenía una idea fija en la cabeza, y si hubiera alguna posibilidad de una propuesta, Lady Longdon haría todo lo posible para promover el plan. "Espero que también invites al Lord Pensby, ya que también es amigo de Miles."

"Ralph está fuera de la ciudad," dijo Miles.

"¿Oh? Pero estaba con nosotros ayer y no mencionó nada de irse," dijo Edith, con decepción en su voz.

Miles estrechó los ojos hacia su hermana. "Mencionó que quería regresar a casa. Le persuadí para que retrasara su partida, pero luego recibí una nota diciendo que había tenido que dejar Londres de repente. No tengo idea de cuándo regresará."

"Singular que se marche en mitad de la temporada," dijo Lady Longdon.

"Él lo explica diciendo que no vive tan lejos de la ciudad y que en realidad no participa en todo lo que Londres tiene que ofrecer," explicó Miles. "Pero creo que hay algunos problemas familiares."

"¿No sabes cuáles son?" preguntó Edith.

"No. No ha ofrecido una explicación y ciertamente no se la estoy pidiendo," dijo Miles. "No todos quieren proporcionar a los chismosos lo último en noticias."

"No esperaría que eso sucediera. Tú eres su amigo. Seguramente él desearía confiar en ti," insistió Edith.

"No. A veces es más fácil guardarse las cosas para uno mismo."

Edith se preguntó si Miles se refería también a sí mismo además de a Ralph, pero dejó de

interrogar a su hermano. Se sintió inexplicablemente decepcionada de que Ralph hubiera dejado la ciudad y ella no lo supiera.

Lady Longdon llenó el viaje a casa con planes para una cena que iba a organizar, sugiriendo menús e invitados con muy poca participación de sus hijos. No había necesidad de su participación, ya que ella estaba completamente centrada en lo que ella creía que eran los mejores platos y quiénes eran los mejores invitados. Pasó media hora feliz planeando su gran evento.

Al entrar en la casa, Lady Longdon pidió inmediatamente ver a la cocinera.

"¡Mamá, no puedes a esta hora!" exclamó Edith ante las palabras de su madre.

"Necesito asegurarme de que haya tiempo para preparar," insistió Lady Longdon.

"Dudo que se pierda algo entre ahora y mañana por la mañana, excepto el sueño de la pobre mujer," insistió Edith.

Miles intervino antes de que su madre pudiera replicar a su hermana. "Ella tiene razón, mamá. Mañana por la mañana será el momento perfecto para planificar. Luego tendrás todo el día para ver a la cocinera y a la ama de llaves. Ve a la cama ahora mismo, mi querida," dijo, besando la mejilla de su madre.

Lady Longdon sonrió a su hijo. "Tienes razón, por supuesto. Me siento un poco cansada. Iré directamente a la cama y comenzaré a dar instrucciones mañana. Edith, escribirás las invitaciones bajo mi dirección."

"Sí, mamá," fue la respuesta obediente.

Miles y Edith esperaron hasta que su madre subió las escaleras, momento en el que Edith se volvió hacia su hermano. "No tengo idea de cómo logras doblegarla a tu voluntad tan fácilmente, pero desearía tener ese talento," dijo Edith.

"Ella espera una discusión de tu parte, deberías intentar ser más persuasiva que confrontativa," dijo Miles con una sonrisa mientras seguían a su madre.

"¡Bestia!" respondió Edith tartamudeando.

"¿Ves? Ahí está mi argumento," sonrió Miles, antes de ponerse serio. "Edith, ¿cuáles son tus planes con respecto a Ralph?"

"No sé a qué te refieres," dijo Edith, esperando que sus mejillas no la delataran al ruborizarse culpablemente.

"Parecías muy interesada en que fuera invitado a la fiesta y luego casi angustiada al saber que había dejado la ciudad."

"¡Oh, tonterías! ¡Tienes una imaginación vívida, hermano! Es tu amigo y me cae bien, eso es todo," dijo Edith a la defensiva.

"Espero que eso sea todo, porque odiaría que eligieras a Ralph como el objeto de tu afecto. No terminaría bien si fuera el caso," advirtió Miles.

"No voy a desarrollar nada por nadie," mintió Edith. "Pero ¿por qué tendría un final tan pobre? ¿Qué tiene de malo? Pensé que era tu amigo."

"Sí lo es. Me cae muy bien, pero está atormentado y un hombre atormentado no equivale a un esposo feliz."

"En ese caso, es bueno que no ponga mis ojos en él. Él mismo me dijo, en una conversación más general antes de que empezaras a preocuparte, que no era del tipo que se casa," dijo Edith aireadamente, separándose de su hermano en la parte superior de las escaleras. Giró por el pasillo hacia su propia habitación, dejando a Miles para que continuara hacia su habitación solo.

"Será mejor que lo escuches, Edith," dijo Miles en voz baja, antes de que estuviera fuera

de oído. "Los hombres heridos no son una buena apuesta."

Edith le lanzó a Miles una mirada de preocupación, pero su hermano ya se había alejado de ella. Una vez más sintió que Miles estaba hablando más de sí mismo que de cualquier otra persona.

Capítulo 7

Ralph entró en la habitación después de golpear suavemente la puerta. El aire parecía tan quieto que apenas se oía algo en el interior. La enfermera reconoció su presencia con un leve movimiento de cabeza y se levantó para acercarse a él.

"¿Cómo está ella?", preguntó Ralph, mirando el bulto en la cama.

"Ella ha estado muy cansada y confundida," fue la respuesta tranquila. "El médico le ha dado una dosis de láudano para mantenerla tranquila, pero él insiste en llevarla al hospital para hacerle pruebas."

"Él quiere encerrarla en el manicomio," dijo Ralph bruscamente.

"Sí," admitió la enfermera. "Dice que todos los pacientes con síntomas similares tienen mejores resultados allí."

"Mi madre no se convertirá en un experimento médico, no mientras yo tenga aliento en mi cuerpo," dijo Ralph.

"Le he comunicado su opinión, pero estoy segura de que querrá hablar con usted nuevamente cuando venga mañana," dijo la enfermera.

Ralph asintió con la cabeza y se acercó a la cabecera de la cama. "Me quedaré con ella," dijo, sentándose en la silla de madera.

La enfermera dejó a la pareja sola. Era una rutina bien practicada. Ralph apenas se separaría del lado de su madre hasta que ella alcanzara cierta normalidad, luego eventualmente regresaría a Londres, solo para ser llamado de vuelta cuando fuera necesario. La única razón por la que viajaba a Londres era porque los ataques ocurrían tanto si él estaba presente como si no, y él tenía que mantener su propia cordura si iba a ser el protector de su madre. Además, le angustiaba pensar que lo estaba reteniendo, por lo que en muchos sentidos era más fácil irse cuando ella le suplicaba que lo hiciera.

Extendiendo la mano, encontró la mano de su madre bajo el montón de mantas que la cubrían. Tomó el miembro delgado y lo besó antes de colocarlo nuevamente en la cama, esta vez con un suave sostén. Permanecieron así durante horas, hasta que finalmente Lady Pensby se movió.

"¿Ralph?", preguntó con voz ronca.

"Estoy aquí, madre."

"Pensé que enviarían por ti. Lo siento."

"¿Por qué, querida? ¿Crees que preferiría quedarme en Londres en lugar de estar contigo cuando estás enferma?"

"Tienes una vida que vivir. No necesitas que yo te detenga."

Ralph se inclinó y besó la frente de su madre. "Tengo todo lo que necesito aquí. Solo concéntrate en descansar. Sabes que ayuda."

"Detesto el láudano," fue la respuesta adormilada.

"Lo sé, pero permite que tu cuerpo descanse. Pronto no lo necesitarás y volverás a la normalidad."

"Me siento tan agotada, Ralph."

"Lamento que te sientas así. Cierra los ojos y duerme, querida. Estaré aquí cuando despiertes", prometió Ralph. El nudo en su garganta era difícil de tragar, pero se mantuvo

inmóvil hasta que la respiración de su madre fue constante y rítmica.

Al sonar la campana para alertar a la enfermera de que dejaba la habitación de su madre, Ralph fue a refrescarse en sus propios aposentos. Por experiencia, sabía que tendría unas horas antes de que hubiera algún signo adicional de conciencia, y aprovechó el tiempo para reunirse con su administrador y ama de llaves.

La anciana sirvienta le dio la bienvenida como siempre. “Es bueno verlo, Maestro Ralph”.

Ralph se preguntó a qué edad dejaría de recibir el título de su infancia por parte de la mujer que lo había conocido desde que nació. “¿Qué pasó esta vez?” preguntó, sabiendo que recibiría una respuesta honesta y sucinta.

“La primera parecía salir de la nada. Estaba escribiendo en su escritorio en su salón y, de repente, se desplomó. Afortunadamente, había una sirvienta en la habitación y pudimos reaccionar rápidamente. Me temo que la segunda y la tercera vez ocurrieron mientras estaba en su cama. Eso es algo nuevo”.

Ralph frunció el ceño. “Lo es. ¿Se le había dado láudano?”

“Sí, pero el doctor aumentó la dosis después. Habrá notado que parece más aturdida de lo normal”.

“Estaba lúcida cuando habló”.

“Bien. No lo había estado hasta hoy, pero creo que eso era más por el efecto del láudano que por la enfermedad”.

“Eso espero”, admitió Ralph.

“El doctor estará aquí pronto”, le informó el ama de llaves.

“Lo veré en el estudio”, dijo Ralph, levantándose para salir de la habitación. “Espero que no salga con su habitual tontería”.

El ama de llaves eligió no comentar; sabía exactamente lo que diría el doctor. Había estado haciendo la misma petición durante los últimos años.

Ralph entró en su estudio y se dirigió directamente a las licoreras en la mesa auxiliar. Sirviéndose una gran medida, tomó un trago considerable de brandy antes de mirar alrededor de la habitación. Esta habitación le recordaba a su padre y lo ayudaba a apoyarse de alguna manera desconocida. Su padre se había negado a abandonar a su madre a las indicaciones del doctor y Ralph estaba decidido a hacer lo mismo.

En menos de una hora, el doctor fue conducido a la habitación bien ordenada. Sentándose en la silla del lado opuesto del gran escritorio de roble donde estaba sentado Ralph, comenzó a hablar.

“Ha sido una semana mala para Lady Pensby”, dijo el doctor.

“Lo creo. ¿No hay nuevos tratamientos?” preguntó Ralph.

“Aún tenemos que probar los tratamientos disponibles en el asilo. Sería bien cuidada, se lo aseguro”.

“Quiere perforar agujeros en su cerebro. No daré mi consentimiento para eso, ni ella. Nunca”, dijo Ralph con firmeza.

“Pero si alivia la presión en su cerebro...”

“No puedes darme ninguna garantía de que el tratamiento funcionará o de que sobrevivirá al procedimiento. Nunca daré mi consentimiento. Pruebe sus carnicerías en alguna otra pobre alma, mi madre está fuera de límites”.

“Pero, mi lord...”

“Puede 'mi lord' tanto como desee. Le pago una cantidad exorbitante de dinero para

aliviar sus síntomas y mantenerla cómoda. En este momento, lo único que veo es que está aumentando la dosis de láudano, lo cual no puede ser bueno para ella a largo plazo”, dijo Ralph.

“No, no lo es”, admitió el doctor. “Pero tengo poco más que ofrecer”.

“Entonces, tal vez necesite buscar a alguien que lo tenga”.

Una expresión de alarma cruzó el rostro del médico antes de que enmascarara su expresión. Ralph sabía que era porque si perdía el patrocinio de los Pensby, sus ingresos se reducirían probablemente a menos de la mitad de su monto actual. “¡No! Buscaré consejo de mis colegas y exploraré más revistas médicas. Intentaré encontrar una alternativa”.

“Cualquier cosa que encuentre, tenga por seguro que solo estaré de acuerdo si se puede administrar en casa”, dijo Ralph.

“Eso limita nuestras opciones, pero haré lo que pueda”, dijo el doctor, levantándose de su silla. “Espero verlo de nuevo antes de que regrese a Londres”.

“Estaré aquí mientras mi madre me necesite”, afirmó Ralph bruscamente.

*

Cenando solo en el gran comedor, Ralph despidió al personal. No necesitaba al mayordomo y a dos lacayos para atender sus necesidades cuando podía alcanzar todos los platos y tenía la licorera de vino a su lado.

Mientras la puerta se cerraba suavemente detrás de los sirvientes desterrados, Ralph contempló la habitación. ¿Había disfrutado alguna vez de la cantidad de fiestas que una sala de este tamaño tendría normalmente?, reflexionó. Desde que tenía memoria, la vida de su familia había sido más tranquila que la de otras familias aristocráticas. Había una comprensión casi innata de que su madre requería una vida tranquila y sin sobresaltos.

No le importaba que su infancia hubiera sido menos frívola que la de sus compañeros. Tenía más inclinación a estar en los márgenes de cualquier grupo. Ya fuera por su educación, o puramente por su propia naturaleza, no lo sabía ni le importaba. Era quien era y no tenía ninguna inclinación de cambiar.

Solo deseaba que su madre pudiera encontrar alguna forma de alivio que no requiriera ser encerrada en un asilo. Sabía que era su mayor miedo y su padre había prometido a su esposa y luego le hizo prometer a su hijo que nunca la internarían en uno de esos lugares infernales.

Mientras el padre de Ralph estaba vivo, habían ido a visitar uno de los establecimientos para ver lo que ofrecían. Le dijeron que su madre había sufrido pesadillas durante un mes después y sus terrores solo terminaron cuando le aseguraron una y otra vez que no la obligarían a ingresar en una institución así.

Se frotó los dedos por la frente, como si eso pudiera borrar las líneas de preocupación permanentes que marcaban sus rasgos. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que permitió que Miles lo persuadiera a unirse al viaje a Highbury. Debería haber regresado a casa como había planeado y lucharía con la culpa causada por la decisión que tomó, pero se había divertido. Un raro día fuera con buena compañía y un entorno agradable.

Suspirando, se levantó y salió del comedor, regresando a su estudio. Sacó un cigarro de una caja con cerradura en su escritorio. Miles le había presentado la alternativa al rapé cuando regresó de la Península, pero seguían siendo lo suficientemente caros al enviarse desde España, entonces los guardaba para una ocasión especial.

Ralph consideró que la noche era suficiente excusa para encender uno.

Usando una cerilla para obtener una llama del fuego, sopló hasta que el extremo del cigarro brilló rojo. Tirando la cerilla al fuego, se sentó en la gran silla de cuero marrón y cruzando los pies por los tobillos, se estiró, mirando las llamas.

Una persona invadía sus pensamientos. La encontraba exasperante, hermosa y entretenida al mismo tiempo. No debería estar pensando en ella. Ella no había hecho ningún secreto del hecho de que quería casarse y él no podía ofrecer eso a nadie. ¿Cómo podía permitir que se acercara a alguien, planear un futuro, cuando nunca sabía qué pasaría con su madre? Nunca podría obligar a su madre a vivir en otro lugar que no fuera el hogar que conocía desde su matrimonio a los dieciocho años. Aquí estaba rodeada de personal que la cuidaba. Ninguna nueva esposa se arriesgaría a tener a la anterior dueña de la casa viviendo bajo el mismo techo. Para eso se construían las casas de retiro.

No. Considerar un futuro con alguien más era egoísta de su parte. Tenía que centrarse en su madre y esperar que encontrarán, con el tiempo, si no una cura, algo que aliviara su sufrimiento.

Incapaz de permanecer sentado, merodeó por la habitación. “Si sé lo que necesito hacer, ¿por qué es tan endemoniadamente difícil esta vez?” murmuró mientras caminaba. “Ella es tonta de todos modos. ¿Quién consideraría anunciarse en un periódico para tratar de atraer a un esposo? La tontuela.” Nunca entendería por qué Miles no había encontrado una forma de detener a su hermana.

Sin embargo, Ralph no podía sacudirse la conexión que compartieron. Había sido tan fácil hablar con ella. Se detuvo cerca de su escritorio. Sería bueno hablar de sus preocupaciones con alguien. Nunca había hecho eso, ni siquiera con Miles y confiaba en él implícitamente.

No podía hablar con Edith, sin embargo. No tenía idea de cuándo regresaría a Londres. Podría estar casada para entonces, por lo que sabía, y entonces definitivamente no habría conversaciones profundas, ya que él no era alguien que codiciara a la esposa de otro hombre. La idea de que ella estuviera casada lo deprimía, pero la sacudió.

Sacando un trozo de pergamino, mojó su pluma en el tintero. Había una forma en la que podía hablar con ella y, aunque no respondiera, se sentiría mejor al expresar las palabras.

Empezó a raspar la pluma sobre el papel.

Capítulo 8

Edith rió mientras los caballos galopaban sobre el páramo, exhalando aire caliente mientras dejaban volar sus cascos. El grupo se movía como una sola bestia desarticulada, viajando rápidamente sobre el terreno ondulante.

Eventualmente, su velocidad disminuyó y los jinetes se felicitaron mutuamente por la destreza de sus animales. Edith sonrió a la señorita King, una de las seis jinetes del grupo.

“¡Tu caballo es fabuloso, Susan!” dijo, conteniendo su propia bestia para trotar al lado de la joven. “Estoy bastante celosa.”

“Probablemente mi padre pagó demasiado por él, pero estoy contenta de tenerlo. Es el mejor caballo que he montado,” fue la orgullosa respuesta.

“Puedo creerlo,” reconoció Edith. “Fue una buena idea de Mr. Malone venir al páramo. Hyde Park simplemente no ofrece el espacio para realmente galopar.”

“¡Oh no! Hay demasiada gente para ir más allá de un trote suave. No suelo sacar a Star cuando voy al parque. Parece incorrecto restringirlo así,” admitió Susan.

“Tienes razón. Por cierto, quería preguntarte, ¿has visto que Mr. Chumley se va a casar? Miles me contó sobre el anuncio en The Times esta mañana,” dijo Edith.

“Sí. Siento que ambas tuvimos una suerte increíble. Me da pena por Miss Williams, pero está en una edad para tomar sus propias decisiones. No era un secreto que él había propuesto matrimonio a las tres en la misma semana.”

“Es difícil ser dura con una de nuestro sexo, pero debe estar realmente desesperada para haberlo aceptado. Ella, al igual que nosotras, debe estar al tanto de su reputación,” dijo Edith.

“Sin embargo, tiene veintisiete años. En muchos aspectos es una buena unión, supongo,” razonó Susan. Había sido mejor amiga de Edith durante años y muy a menudo era la voz de la razón ante la naturaleza más animada de Edith. Si Edith se consideraba atractiva, pero lejos de ser hermosa, Susan tendía a considerarse a sí misma como sencilla. Una desafortunada familia adoptiva había asegurado que la falta de confianza de una niña tímida fuera utilizada en su contra para elevar los sentimientos de superioridad de la familia, mientras dañaba la impresión de Susan sobre sí misma.

“Espero no estar nunca en la posición de tener que considerar a un hombre como Mr. Chumley como mi mejor opción,” dijo Edith mordazmente.

Una risa detrás de ellas les hizo darse cuenta de que sus comentarios habían sido escuchados y ambas se mostraron un poco avergonzadas.

“Lady Edith, haría una apuesta si fuera de rigor hacerlo, sobre el hecho de que nunca se verá en tal situación,” dijo Mr. Sage.

Edith se sonrojó. “Es muy amable de su parte decir eso, pero mis palabras fueron descortesas. Por favor, olvide que las pronuncié; no debería ser tan cruel.”

“Como desee, pero mantengo lo que dije. Ninguna de las dos carecerá de hombres elegibles llamando a sus puertas.”

“Como he alcanzado la madura edad de veintitrés años, puedo decir honestamente que me convertiré en una solterona antes de que eso suceda,” rio Edith. “Pero Miss King, he oído, tiene un séquito regular de pretendientes desesperados por ganar su afecto.”

Esta vez fue el turno de Susan de reír. “Lo que codician es mi dote, no mis encantos, y

antes de que me acuse de falsa modestia, mi madrastra está de acuerdo conmigo. No he visto a un solo caballero que me favorezca por mi personalidad y no por mi herencia.” La carcajada de su madrastra cada vez que Susan mencionaba que un joven le había hecho algún cumplido había sido suficiente para convencerla de ese hecho.

“Este es el momento en que, como caballero, debo objetar. No podemos ganar cuando intentamos cortejar a una chica bonita que también está bendecida con una fortuna razonable. En esa situación se nos considera cazafortunas, sea cual sea nuestra intención. Dígame, Miss King, Lady Edith, ¿cómo superamos este obstáculo?” preguntó Mr. Sage. “Porque me gustaría saberlo, de verdad.”

“Creo que necesita encontrar una manera en la que pueda mostrar su verdadero carácter sin ser examinado,” dijo Edith.

“Eso insinuaría encuentros secretos, lo que solo empeoraría la situación,” respondió Mr. Sage.

“¡Oh no! No podría ser algo tan inapropiado. ¿Seguro que hay alguna forma de comunicar lo que siente sin que tenga que ser clandestino?” preguntó Susan.

“Eso espero,” respondió Mr. Sage dramáticamente. “O terminaré siendo un hombre muy solitario.” Con sus palabras, giró su caballo y se dirigió hacia algunos de los otros en su grupo.

“Creo que Mr. Sage está enamorado de ti, Edith,” dijo Susan al ver su figura alejarse. “Sus palabras fueron bastante claras en su significado.”

“Podría haber estado hablando de ti con la misma facilidad, Susan,” dijo Edith riendo.

“¡De ninguna manera! Soy lo suficientemente perspicaz para saber cuándo un hombre está tratando de captar mi atención y Mr. Sage miraba en tu dirección tan a menudo como podía.”

“¿Podría estar abrumado por sus sentimientos por ti y no podría enfrentarte por miedo a delatarse?” bromeó Edith.

Susan estalló en risas. “¡Deberías escribir novelas con tanta imaginación! Estoy feliz de ser considerada la heroína romántica. Pero en cuanto a Mr. Sage, espero que intente asegurarte como su esposa.”

“Es muy apuesto,” admitió Edith. “Pero en cuanto a su carácter, ¿no te parece un poco voluble?”

“Quizás eso es a lo que se refiere, a la necesidad de dejarte ver su verdadero carácter. Oh, voy a disfrutar viendo cómo florece este romance,” sonrió Susan en respuesta. “Parece que tu predicción de ser una solterona no tendrá fundamento después de todo.”

*

Edith entró al salón de baile del brazo de Miles. Llevaba un vestido de un color albaricoque pálido, que añadía calidez a su tono de piel. Flores blancas adornaban el borde del vestido y una flor a juego estaba prendida en su cabello entre los rizos. Nuevamente, llevaba el colgante de diamantes en su cuello. Tenía otras joyas, pero siempre optaba por las piezas más sencillas. Lady Longdon desesperaba por su hija, afirmando que la alta sociedad las consideraría tacañas si ella usaba la misma pieza en cada evento.

“Me gusta este collar,” había argumentado Edith. “¿Qué importa lo que lleve puesto siempre que combine con mi atuendo y sea apropiado para el evento al que asisto? Estoy segura de que la gente tiene cosas mucho más interesantes de las que preocuparse, que mi elección de joyas.”

“Me molesta a mí, eso debería ser suficiente para variar lo que usas,” había respondido Lady Longdon de manera tajante.

“Me pondré mis perlas la próxima vez que salgamos,” Edith había prometido tímidamente. A veces, no valía la pena discutir.

Mirando alrededor, estaba consciente del leve sentimiento de decepción por la ausencia de Ralph. Había logrado preguntar casualmente a Miles si había tenido noticias de su amigo. Al recibir una respuesta negativa, supo que no habría una agradable sorpresa durante la velada. Sus sentimientos probablemente eran tontos, pero finalmente había conocido a alguien que había despertado algo en su interior. Una lástima que pareciera poco probable volver a verlo.

El señor Sage y el señor Malone se acercaron tan pronto como vieron al grupo de los Longdon.

“Lady Longdon, Lady Edith, Miles, es un placer verlos a todos. Lady Edith, espero que tenga reservados para mí los dos primeros bailes,” dijo el señor Malone, inclinándose sobre las manos de las damas.

“Los bailes están libres, y con gusto bailaré con usted,” respondió Edith.

“Eres un atrevido, Albert, yo iba a pedir los dos primeros,” el señor Sage maldijo a su amigo.

“Tendrá los siguientes dos,” dijo Lady Edith con una sonrisa. “¿Si eso es aceptable?”

“Por supuesto, solo me arrepiento de que deba pasar al menos una hora antes de que pueda pasar un tiempo con usted,” respondió el señor Sage, inclinándose sobre la mano de Edith.

“Puede acompañarme en su lugar,” dijo Miles, divertido por el largo intercambio verbal con su hermana. “Estoy seguro de que se divertirá al unirse a mí con las acompañantes mientras yo atiendo a madre.”

“Por supuesto, será un placer,” respondió el señor Sage, pareciendo que preferiría un viaje al patíbulo en lugar de unirse a las acompañantes.

El señor Malone se rió de las figuras que se alejaban. “Charles no está maldiciendo a Miles solo porque su madre está al alcance de sus oídos.”

“Podría haber rechazado a Miles,” señaló Edith.

“¿Y aparecer en desventaja a los ojos de su familia? ¡Nunca, Lady Edith! Charles está en su mejor comportamiento con la esperanza de impresionaros a todos.”

Edith frunció ligeramente el ceño. Las palabras del señor Malone sugerían que Charles no estaba actuando según su verdadero carácter y eso no le sentaba bien. “No hay necesidad de pretender que es alguien que no es,” dijo, un poco cortante.

“¡No puede estar hablando en serio Lady Edith! ¿Está tratando de convencerme de que actúa de la misma manera en todas las situaciones? ¡Eso es llegar a ser demasiado servil! Todos nos comportamos de maneras que son pertinentes a lo que enfrentamos y con quién estamos,” bromeó el señor Malone.

“Supongo que sí. Sí. Por supuesto que tiene razón,” admitió Edith.

La pareja bailó los primeros dos bailes y luego Edith fue escoltada nuevamente a la pista de baile con Charles como su pareja. Estaba un poco reservada al inicio de sus bailes, lo cual él pronto notó.

“¿Ha sido mi amigo un compañero tan malo que la ha desconcertado, Lady Edith?” preguntó con su sonrisa encantadora.

“No, en absoluto. El señor Malone es un muy buen bailarín, al igual que usted. Admito que estaba reflexionando sobre algo que dijo,” confesó Edith.

“¿El bufón cometió algún error? Debo admitir, Lady Edith, que viajé por la mayor parte del continente con él, pasando de un error a otro. Si no me cayera tan bien, habría tenido que dejarlo en alguna ciudad lejana,” respondió Charles mientras bailaban.

Edith se rió. “Tiene un sentido del humor muy travieso, señor Sage.”

“Pero ¿la hace sonreír?”

“Sí, sabe que lo hace,” admitió Edith.

“Entonces, eso es todo lo que importa. La vida sería aburrida si fuéramos serios todo el tiempo, ¿no cree?”

“Sí, lo sería,” respondió Edith. Se alegró de que el baile los separara en ese momento, ya que sus palabras le habían recordado un par de ojos marrones serios. El recuerdo fue suficiente para sonrojarla un poco y se alegró de tener un momento para recuperar el control de sus deseos internos. Cuando la pareja se reencontró en la formación, no había señal exterior en ella de que su equilibrio hubiera sido perturbado.

Cuando llegaron al final de la línea larga, alejados del baile, Charles tomó las manos de Edith. “Espero que me permita expresar cuánto disfruto de su compañía, Lady Edith. Es un diamante inesperado en esta ciudad. Estoy tan contento de que nuestros caminos se hayan cruzado. Sé que mi vida ha cambiado para siempre como resultado de conocerla.”

Edith pretendió necesitar su pañuelo para liberar sus manos de su agarre. “Señor Sage, apenas nos conocemos. ¿Cómo puedo haber tenido tal impacto en tan poco tiempo? Creo que me está engañando,” dijo, tratando de mantener su tono ligero.

“No podría engañar cuando hablo de asuntos del corazón. ¿No siente lo mismo? ¿Mis esperanzas y deseos deben ser rechazados?”

“Por favor, no hable así,” dijo Edith, extremadamente incómoda con la situación. No podía escapar sin causar una severa ofensa, por lo que tuvo que intentar detener las declaraciones no deseadas.

“Ah, veo que hablo demasiado pronto. Perdóneme. No quisiera asustarla con la sinceridad de mis sentimientos. Estoy siendo serio cuando digo cuánto me ha impresionado desde que la conocí, pero tiene razón, todavía somos extraños. Encontraré maneras de conocerla sin que parezca que la estoy presionando. ¿Sería aceptable para usted?” dijo el señor Sage.

“No deseo dar falsas esperanzas,” comenzó Edith.

“Todo lo que pido es una oportunidad para que me conozca mejor. Sé que no puede haber garantías,” dijo el señor Sage, mientras tomaban sus posiciones en la formación nuevamente.

Edith se vio impedida de responder ya que inmediatamente fueron separados en el baile. Las palabras del señor Sage la habían inquietado y no estaba convencida de que hubiera dado una respuesta satisfactoria si hubieran permanecido juntos.

Cuando el baile finalmente terminó, fue escoltada hacia su madre, que había sido acompañada por Susan, quien estaba conversando con Miles y Albert.

Edith pronto persuadió a Susan para que la acompañara a dar un paseo por el salón de baile. Cuando encontraron un rincón que no estaba ya ocupado, las dos damas se sentaron. Estaban en plena vista del salón, pero al menos un poco alejadas de cualquiera que pudiera oír.

Susan escuchó mientras Edith le actualizaba sobre lo que se había intercambiado con el señor Sage.

“Parece que se ha encariñado contigo muy rápidamente, me fue obvio,” coincidió Susan. “Pero no creo que debiera ser criticado por eso. Debes reconocer que tiene un excelente gusto.”

Edith se rió. “Eres una buena amiga, Susan, pero vamos, no seamos tontas. Mira a las chicas solteras en esta sala. Mira cuántas chicas jóvenes y bellas hay. No soy tan tonta como para considerarme una líder de belleza, pero tampoco soy una joya de primera calidad.”

“También tienes una tendencia a minimizar los atributos que sí tienes.”

“Y aun así sigo sin casarme.”

Susan apartó la mirada, una mueca de preocupación en su rostro.

“¿Qué sucede?” preguntó Edith.

“¿Crees que tal vez alejas a los pretendientes de alguna manera?” preguntó la amiga.

“No entiendo,” respondió Edith.

“Eres muy autocrítica, lo cual podría decirse que es solo una modestia excesiva, pero me pregunto si hay algo más detrás de eso. Desestimás el hecho de que puedas gustarle a alguien, que eres apta para el matrimonio, sin embargo, tienes mucho que ofrecer. Me pregunto si de manera sutil y deliberada estás dando una impresión equivocada a quienes están interesados en ti. Si no animas a un pretendiente, pueden interpretar eso como desinterés por tu parte y dejar de intentarlo,” intentó explicar Susan.

“¿Pero por qué querría intentar alejar a los hombres elegibles?” preguntó Edith, genuinamente desconcertada.

“Quizás no quieras realmente casarte,” ofreció Susan.

“Sí quiero. Creo. No. Sí quiero,” Edith sonrió ante su propio comportamiento contradictorio. “Por primera vez he conocido a alguien que ha despertado algo en mí. Oh, no sé si es una atracción de larga duración, pero es el primer verdadero *escalofrío* de algo que he sentido.”

“¿Y quién es el hombre afortunado?” preguntó Susan.

“El amigo de Miles.”

“¿El señor Malone?”

“¿Quién? ¡No! Lord Pensby,” admitió Edith en voz alta por primera vez.

“¡Pero es tan taciturno y reservado! No puedes haber pasado mucho tiempo en su compañía.”

“Lo sé. Es una tontería extrema, ¿no?” admitió Edith con una risa amarga. “Miles ya sospecha que podría tener alguna parcialidad por él y me ha advertido que busque un esposo en otro lado.”

“No debió haber hecho eso,” respondió Susan.

“Quizás no, pero conoce a Lord Pensby mucho mejor que yo,” admitió Edith. “Pero tú tienes mi edad y también estás soltera, Susan. ¿Significa eso que tampoco estás segura de si deseas casarte?”

Susan sonrió y se sonrojó. “Sí quiero casarme, pero no soy tan bonita como tú, así que me cuesta aceptar que alguien quiera casarse conmigo por algo más que por mi fortuna.”

“¡Susan! ¡Qué tontería es esa! Eres extremadamente atractiva, debes saberlo,” respondió Edith con fervor.

“Eres mi mejor amiga y te amo por defenderme. Sabes que me han dicho exactamente lo que soy suficientes veces para darme cuenta de que tengo poco que ofrecer en cuanto a apariencia,” respondió Susan.

“¿Quién diría tales palabras malvadas sobre ti?” preguntó Edith. “Realmente, Susan, eres un paquete encantador, cualquiera sería afortunado de tenerte.”

“¿Un paquete?” Susan sonrió. “¿Es eso algo bueno?”

“Es un hecho bien conocido que los paquetes siempre contienen las cosas más agradables de la vida,” dijo Edith con autoridad.

“Eres ridícula,” sonrió Susan.

“Vamos. Debe haber alguien que conozcamos que sea digno de ti,” dijo Edith.

“No.”

“¿No hay nadie que consideres?”

“Sí, pero es una causa perdida,” respondió Susan.

“¿Por qué?”

“El hombre del que estoy enamorada apenas es consciente de que existo, y mucho menos de que pueda tener interés en mí como esposa.”

“¿Entonces es un tonto!” exclamó Edith con vehemencia.

“Esa no es una manera agradable de hablar de tu hermano,” dijo Susan en voz baja, con tono nervioso e inseguro.

“¿Miles? ¿Tú y Miles? ¿De verdad? ¡Oh, Susan! ¡Podrías conseguir algo mucho mejor que Miles!” exclamó Edith.

Susan se rió. “Dicho como una verdadera hermana cariñosa.”

“Oh, no lo digo así. Ver a las dos personas que más amo unidas sería un sueño hecho realidad, pero él está dañado, Susan. Las guerras en las que ha estado involucrado...”

“Lo sé. Mi mente me dice que es una esperanza vana que solo terminará haciéndonos a ambos infelices, pero mi corazón no escucha a mi mente y sigue esperando. Por favor, no digas nada,” suplicó Susan.

“No lo haré. Me siento avergonzada de no haber notado nunca tu inclinación hacia Miles. Me hace ser una amiga muy mala,” admitió Edith.

“No. Significa que mis habilidades de actuación están bien afinadas. He trabajado duro para mantener todo oculto, pero sé que mis padres están buscando que me case esta temporada. Tendré que dejar ir mis esperanzas, que son casarme con el hombre que quiero. Me cuesta mucho aferrarme a la creencia de que mi sueño se materializará y, como resultado, podría acabar aceptando a otra persona. La situación me deprime y me aterra a partes iguales,” admitió Susan.

“Oh querida, estamos en un lío, ¿verdad?” Edith se rió, tomando las manos de su amiga y apretándolas suavemente. “¿Qué haremos?”

“Vamos a estar abiertas a las posibilidades,” dijo Susan con firmeza. “Y eso incluye que tú conozcas un poco más al señor Sage antes de decidir que no es para ti.”

“Lo intentaré. Supongo que tengo que hacerlo, pero preferiría pasar tiempo con Lord Pensby,” dijo Edith con un suspiro.

“No. Tienes que hacerlo en serio, Edith. Ambas debemos estar realmente abiertas a los pretendientes potenciales, o podríamos terminar solas.”

“Siempre podríamos establecer un hogar juntas,” sugirió Edith con esperanza.

“Duraríamos una semana antes de que te echara,” se rió Susan.

“¡Qué grosera!” se rió Edith.

Capítulo 9

Ralph se frotó la cara con la mano. Estaba exhausto. Había pasado una semana y apenas había dormido. Su madre había empeorado y había requerido atención constante. Podría haber delegado la mayor parte de la carga al personal, pero se negó a hacerlo porque ella era su madre y lo necesitaba. No era tan testarudo como para rechazar ayuda y trabajaba con la enfermera o la dama de compañía. Los tres eran los principales encargados de cuidar a Lady Pensby, mientras que otros sirvientes ayudaban a mantener la casa y los jardines lo más funcionales posible durante este tiempo difícil.

El doctor entró en el despacho después de llamar a la puerta. Comenzaba a parecer tan fatigado como Ralph.

“Mi lord, me gustaría probar algo diferente, con su permiso,” comenzó el doctor.

“¿De qué se trata?”

“Sugiero detener el uso del láudano, claramente no está teniendo el efecto que desearíamos. He solicitado un tratamiento alternativo que se reporta ha tenido resultados positivos en otros casos similares al de su madre, pero tardará un tiempo en llegar,” explicó el doctor.

“¿Por qué? Podemos enviar a alguien por expreso,” dijo Ralph.

“Viene del Lejano Oriente, mi lord,” respondió el doctor con cierta hesitación.

“¡Eso tomará meses!”

“Ya he tomado la libertad de realizar el pedido y he expresado la necesidad de que se envíe lo más rápido posible. Mientras tanto, tengo algo más que ofrecer,” dijo rápidamente el doctor.

“¿De qué se trata?”

El doctor era cauteloso al explicar su siguiente sugerencia, pero era todo lo que quedaba por probar aparte de los tratamientos en el manicomio. “Es una mezcla descubierta por las tropas de Napoleón en Egipto, mi lord. Sé que suena descabellado, pero hombres mucho más cualificados que yo han estado investigando sus efectos. Necesitamos mantener a su madre tranquila, descansada y calmada. Cuanto menos excitada esté, mejor. Mientras que el láudano solo la duerme, esta alternativa calma a la persona, pero aún puede funcionar.”

“Me hace sentir que mi madre es una especie de mujer histérica,” dijo Ralph a la defensiva.

“De ninguna manera, mi lord. Sabemos que lo que necesita el enfermo es una vida tranquila, pero incluso la vida diaria puede provocar los incidentes. Este fármaco parece reducir eso. Creo que vale la pena intentarlo hasta que recibamos las hierbas que he solicitado.”

“¿Se la está utilizando como un caso de prueba para avanzar en la ciencia médica?” preguntó Ralph.

“En cualquiera con condiciones que son... fuera de lo común, está contribuyendo a ello en cierta medida, mi lord. Los avances en medicina son continuos, pero algunas cosas todavía nos resultan difíciles de curar. Lamento decirle que su madre padece una de esas enfermedades.”

“Pruebe sus sugerencias. A este punto no hay nada más que podamos hacer,” dijo Ralph con desánimo.

El doctor sintió lástima por el joven, pero se alegró de que le hubieran dado permiso para

al menos probar los nuevos medicamentos. No quedaba mucho más por hacer sin que ella fuera admitida en el manicomio.

*

Edith se levantó de la mesa de cartas. Le sonrió al señor Malone. “Tiene todas mis monedas del mundo, señor. Me veré reducida a aceptar trabajos de costura durante el resto del trimestre.”

“Me esforzaré en rasgar cada prenda de ropa que poseo para ofrecerle una compensación,” dijo el señor Malone con facilidad, ofreciendo su brazo a Edith.

“No tiene vergüenza,” sonrió Edith, aceptando una copa de ratafia de un criado.

“Temo que no. Pasé demasiado de mi juventud impresionable bajo la tutela de su hermano.”

“Ojalá aún estuviera. Estaría de guardia un mes por ese comentario,” dijo Miles, acercándose a la pareja.

El señor Malone sonrió a Miles. “Siempre fuiste un severo maestro. ¿Cuándo me ofrecerás tu experiencia en Tattersall’s?”

“Esta semana, si te parece bien.”

“Eso sería excelente. ¿Podría persuadirlos a ambos para que se unan a Charles y a mí en un día para probar el animal que decida comprar? ¿La señorita King también podría acompañarnos?” sugirió Albert.

“Estoy encantado de hacerlo. Vamos al Parque de Richmond. No lo he visitado desde mi regreso a Londres,” dijo Miles.

“Pediré a la señorita King que nos acompañe,” dijo Edith, sabiendo que su amiga no necesitaría persuasión para unirse a Miles en un día de excursión.

“¡Espléndido! Charles, nuestro viaje está destinado al éxito con Lady Edith y la señorita King en nuestra compañía.” El señor Malone habló desde dos mesas de cartas. Recibió miradas de desdén por su impertinencia, a lo que él solo sonrió.

Más tarde, el señor Malone y el señor Sage caminaban por las calles de Londres, alejándose de la casa donde habían pasado la velada y regresando a su alojamiento respetable pero mucho más modesto.

“No parece que estés avanzando bien con la adinerada Lady Edith,” dijo el señor Malone, con toda la frivolidad y el encanto desaparecidos. “No puedo ver ningún favoritismo hacia ti por su parte.”

“Sí. Ella es una fría, pero su dote valdrá la espera. Ella acabará cediendo a mi forma de pensar. Después de todo, tiene poco más remedio,” respondió el señor Sage.

“Espero que sí, porque mis fondos están preocupantemente bajos,” contraatacó el señor Malone.

“Quizás deberías estar rondando a la tranquila señorita King.”

“No. Ella está encaprichada con Miles. Lo veo, pero no creo que Miles lo note. No tiene sentido perseguir a una causa perdida, aunque estaré listo para actuar si Miles se da cuenta de que ella está enamorada y rechaza a la chica.”

“Podría casarse con ella.”

“¿Miles? No hay oportunidad. Es demasiado torpe para notarla. Se casará con una belleza deslumbrante, no con una simple señorita como la señorita King. Ella no tiene posibilidad de asegurarlo. Pero en este momento, pareces estar exactamente en la misma posición que la adoradora señorita King. ¿Estás seguro de que no estás persiguiendo una causa perdida?”

“No. Intenté un enfoque rápido y más forzoso y ella se alejó como una potranca asustada.

Ahora estoy persiguiendo un enfoque más delicado, pero tengo un plan para convencerla de que mi pasión es real. Ella es una de esas que necesita pensar que te conoce a fondo. Hay maneras de convencerla de que mi pasión es genuina. Estoy seguro de que un gran gesto la conquistará, porque seamos sinceros, no hay muchos hombres que la rodeen.”

El señor Malone se rió. “Habla así y me convencerás. Será mejor que salga bien. Miles tiene un temperamento furioso y realmente no quiero cruzarme con él a menos que sea necesario.”

“Fe, querido Albert, fe. Lo conseguiré, al igual que a Lady Edith.”

*

Edith había despedido a su doncella cuando un toque en la puerta de su dormitorio la interrumpió mientras se acomodaba para leer. Deseaba estar tranquila un rato antes de pasar lo que quedaba de la mañana con su madre. Las preguntas sobre los amigos de Miles se estaban volviendo insoportables. No parecía haber forma de evitar que su madre insistiera cuando le gustaba alguien y sentía que su hija también debería.

El mayordomo entró en la habitación, luciendo amable pero un poco dudoso. “Pensé que sería prudente entregarle esto directamente, Lady Edith.”

“¿Qué es?” preguntó Edith, levantándose y deteniéndose al ver una carta en la bandeja de plata.

“Acaba de llegar y pensé que sería conveniente que lo viera antes que su señoría o mi lord,” dijo el mayordomo con suavidad. El incidente con el paquete rasgado había sido imposible de ocultar, especialmente porque Lady Longdon había despotricado contra su hija durante lo que pareció ser horas.

“Oh. No esperaba recibir más,” dijo Edith, sonrojándose intensamente.

“Así lo pensé. Siempre puedo deshacerme de ella...”

“No. Yo me encargaré. Probablemente necesito escribir de nuevo pidiendo que no se envíen más,” dijo Edith, aceptando la carta.

Esperó hasta que la puerta se cerró tras el mayordomo y se hundió en la silla más cercana a la chimenea. Necesitaba actuar rápidamente si Miles o su madre entraban en su habitación.

Dentro del documento plegado había otra carta sellada. La primera ofrecía una explicación.

Querida señora,

Esta carta llegó después de recibir su última instrucción. Quizás debimos haber destruido la carta de inmediato, pero siempre esperamos que nuestros ‘corazones solitarios’ encuentren su verdadero amor y por eso decidimos reenviarla.

Si desea responder al corresponsal, podemos actuar como lo habríamos hecho si todavía estuviéramos gestionando su anuncio.

Le deseamos éxito en su búsqueda.

Mr. Moorcroft.

Edith dejó caer la carta sobre su regazo mientras cubría sus mejillas con las manos. Estaba mortificada. Incluso el periódico que publicaba los anuncios pensaba que todas eran mujeres desesperadas. Miles tenía razón.

Avergonzada, tardó un tiempo en poder mirar la segunda carta. Rompiendo el sello de cera, desplegó el papel.

Señorita S,

No sé qué espero lograr al escribir esta carta. ¿Matrimonio? No. ¿Amistad? Quizás. Todo lo que sé es que no sé qué más hacer. Necesito hablar con alguien y me siento atraído

hacia usted.

Si aún no ha quemado esto, sepa que a veces todos sentimos que no hay esperanza. Que quienes nos rodean simplemente no entienden quiénes somos o lo que necesitamos. Espero que esto le ofrezca algo de consuelo en su búsqueda de amor.

Mi vida es complicada. Estoy atado por lazos familiares y, a veces, la responsabilidad amenaza con abrumarme. Entonces la encontré y pensé que usted entendería. Quizás no poder hablar con usted en persona sea la mejor manera, ya que no sé cómo pondría en palabras lo que siento.

No es común que un hombre sienta miedo, ¿verdad? Pero yo lo siento. Temo estar defraudando a la persona más importante en mi vida. ¿Cómo supero ese miedo? Los médicos están luchando para ayudar a la persona bajo mi cuidado, así que, ¿qué puedo ofrecer? Es una situación desesperada que me obliga a seguir esperando. No sé cuánto tiempo podré continuar sin estallar. Espero encontrar alivio poniendo mis pensamientos en papel.

Lamento la intrusión. Sepa que me avergüenzo de mi debilidad.

Suyo,

Mr. S

Edith leyó y volvió a leer la carta. Era la pieza de correspondencia más extraña que había recibido. Aún más cuando se suponía que debía ser en respuesta a un anuncio romántico. Seguía pensando en ello cuando le notificaron que la señorita King había llegado.

“¿Está mi madre en el piso de abajo?” preguntó Edith al mayordomo.

“No, miladi, ella permanece en su habitación.”

“Por favor, envíe a la señorita King a mi cámara. Tendremos refrescos aquí,” instruyó Edith.

“Por supuesto.”

Edith caminó de un lado a otro sobre la alfombra Axminster hasta que su amiga fue anunciada en la habitación.

“Oh, Susan, ¡qué alegría verte!” exclamó en cuanto su amiga entró por la puerta.

“¿Qué ha pasado? Pareces toda alterada,” dijo Susan, quitándose rápidamente el sombrero y acercándose a Edith.

“Tengo una confesión que hacer primero. Espero que no tengas prisa,” dijo Edith, sentándose con Susan en el diván que usaba como asiento de ventana.

“Más te vale decirme qué está pasando,” animó Susan.

Solo deteniéndose cuando se llevó la bandeja de té y galletas, Edith le contó a su amiga sobre el anuncio y lo que había ocurrido desde entonces. Fue franca al admitir que había entrado en el esquema que ahora consideraba una empresa imprudente. Cuando terminó, hizo una pausa para tomar un sorbo de té.

“¿Me condenas por ser tan tonta?” preguntó Edith, rompiendo finalmente el silencio entre ambas.

“¡No! Aunque hace que mis acusaciones de que no quieres realmente casarte suenen ridículas si ese era el nivel al que estabas dispuesta a llegar,” dijo Susan.

“Quizás era otra forma de mantener a todos a distancia,” admitió Edith. “Ya no estoy segura. Pero esta es la carta más extraña.” Ofreció la carta a Susan y esperó a que la leyera con cuidado. “¿Y bien? ¿Qué piensas?”

“No es una carta de amor, de eso podemos estar seguras,” respondió Susan, reflexionando sobre lo que había leído.

“No. Eso lo deja claro desde el principio. Me preguntaría por qué escribe, excepto...”

“¿Qué?”

“¿Crees que sabe a quién le escribe? Parece como si estuviera familiarizado conmigo. Solo tengo la extraña sensación de que me conoce.” Edith expresó el aterrador pensamiento por primera vez.

“No. ¿Cómo podría saberlo?” preguntó Susan.

“Eso es lo que sigo pensando, pero la forma en que escribe parece como si debería conocerlo,” intentó explicar Edith.

Susan miró, frunciendo el ceño al leer la carta, antes de mirar a Edith una vez más. “Mr. S. ¿Crees que podría ser Mr. Sage?”

“¿Seguramente no?” preguntó Edith horrorizada. “No. No puede ser. ¿Cómo habría averiguado que había colocado el anuncio si ni siquiera tú lo sabías? Y el tono de la carta. Es demasiado serio para Mr. Sage, él siempre está despreocupado y lleno de risas.”

“Él ha dicho que intentará mostrarte su yo interior,” señaló Susan.

“No puedo creer que pueda ser tan diferente. Si es él, sería como ver a dos personas completamente distintas. Eso me haría más cautelosa con él, no menos,” dijo Edith.

“Ahora no condenes al pobre hombre por intentarlo,” sonrió Susan. “¿Vas a responder la carta?”

“Quizás.”

“Tienes que hacerlo. Necesitas averiguar quién es.”

“Prefiero intentar ayudar a alguien que lo necesite. Averiguar quién es de menor importancia,” admitió Edith.

“Yo estoy tan curiosa como puedes estarlo tú,” respondió Susan. “Pero sé que tienes razón. Dice que no sabe si quiere un amigo, pero ciertamente suena como si necesitara uno.”

*

Querido Sr. S,

Recibí su carta hoy y deseo asegurarle que estoy convencida de que no está interesado en casarse conmigo.

No quemé su carta y me sentí obligada a escribirle en respuesta. He instruido a The Times que aceptaré cartas de usted. Cuantas más desee enviar y con la frecuencia que necesite enviarlas.

No estoy segura de si puedo ser de alguna ayuda, pero espero que al escribirle se dé cuenta de que no está solo. No tengo las mismas presiones que usted y solo puedo imaginar cómo debe sentirse. ¿No hay ninguna salida para usted? Cada vez que me siento restringida, admito que monto a mi caballo tan duro como el pobre animal me lo permite. No hay nada como sentir el viento intentando derribarte del asiento y el riesgo de tropezar con un agujero de conejo para sentirse viva y renovada una vez que has sobrevivido a la experiencia. Pido disculpas si parezco caprichosa, pero me ayuda a mantenerme cuerda.

Espero que su médico encuentre algo que alivie el sufrimiento del ser querido por el que tanto se preocupa. Creo que hay tan pocas personas a las que realmente valoro, que odiaría verlas sufrir. He experimentado la pérdida y extraño a aquellos que se han ido cada día, pero afortunadamente, no sufrieron como lo está sufriendo su ser querido. Él o ella estará en mis oraciones cada noche.

Siempre tenga esperanza.

Por favor, sepa que está en mis pensamientos y le deseo lo mejor.

Su amiga,

Miss S

Capítulo 10

Richmond Park se extendía ante los jinetes. El verde se extendía tan lejos como el ojo podía ver. El grupo de caballos y jinetes entró de manera pausada por la puerta, pero una vez reunidos en el campo, Miles indicó la dirección a seguir y los cinco caballos fueron impulsados a la acción.

Los cascos retumbaban a través de la pradera, los gritos de los caballeros, aunque fuertes, se perdían en el viento. Los jinetes se inclinaban sobre el cuello del caballo en el que iban, para ganar ese pequeño extra de velocidad sobre sus oponentes.

Eventualmente, la carrera terminó y el grupo se detuvo riendo. Edith intentó arreglar su sombrero lo mejor posible; solo podía imaginar el estado en el que estaba su cabello.

“Cabalga bien, Lady Edith,” dijo el Sr. Sage, girando su caballo para estar junto a Edith.

“Como usted, Sr. Sage,” respondió Edith, rindiéndose a sus vanos intentos de parecer más presentable. “Aunque desearía ser tan buena como mi hermano. Fuimos imprudentes al entrar en una carrera con él. Siempre gana.”

“Por eso Albert se negó a hacer una apuesta con él,” respondió el Sr. Sage, asintiendo a su amigo.

“La próxima vez, haré esa apuesta. Solo no quería forzar demasiado a Jester en su primera salida real conmigo,” dijo el Sr. Malone.

“¡Ja! Excusas, excusas,” rió Miles. “Nunca pudiste aceptar ser segundo en nada.”

“No te importaba cuando estaba dispuesto a participar en cualquier esperanza perdida que fuera necesaria,” respondió el Sr. Malone.

“Sí, ofrecerte para los ataques que tenían solo una ligera posibilidad de éxito me llevó a la conclusión de que tenías un deseo de morir,” admitió Miles.

“Lo tenía, por lo que era perfecto para ellos.”

“Me alegra que hayas vivido para contarlo,” dijo Miles.

“Yo también me alegro. Ahora,” dijo el Sr. Malone. “¡Basta de palabras melancólicas! ¡Estamos aquí para disfrutar del día! Adelante, Miles. Muéstranos este magnífico parque.”

Cabalaron hasta que estuvieron exhaustos y luego se detuvieron en el camino de regreso en la primera casa de correos que parecía respetable. Alquilieron una sala privada, se ofreció a las damas un lugar para refrescarse y luego se unieron a los caballeros para tomar algo.

Cortando una pieza de queso del grueso trozo en la tabla de cortar, el Sr. Sage se volvió hacia Miles. “¿Qué otros días podemos disfrutar en estos lugares? ¿Cuál será nuestra próxima aventura?”

“Me temo que nuestras alas están cortadas por los próximos días, al menos. En tres días es la fiesta en Curzon Street y mamá será una pesadilla de ahora en adelante con los preparativos. Necesitaré a Edith para ayudar ya que aparentemente hay mucho que hacer,” dijo Miles, con una sonrisa hacia su hermana.

“No se preocupe, Miles saldrá y andará como siempre. Él cree que sucede algún tipo de magia cuando la casa está lista para las fiestas,” respondió Edith. “Pero espero verlo allí.”

“Espero poder tener los dos primeros bailes con usted,” dijo el Sr. Sage, antes de que su amigo tuviera tiempo de preguntar.

“Por supuesto,” respondió Edith.

“Y, señorita King, ¿si tuviera usted la amabilidad?” preguntó el señor Malone.

“Claro,” respondió Susan, pero Edith pudo detectar una nota de decepción en la voz de su amiga.

*

Ralph reposó la cabeza en la silla junto a la cama de su madre. Ella estaba durmiendo tranquilamente y, por primera vez desde que había regresado a casa, su sueño era más reparador y natural.

Él estaba angustiado por la preocupación. Nunca había estado tan enferma como esta vez. Ahora parecía estar mejorando, y él se sentía agotado. Cerrando los ojos, buscó el sueño y, aunque no estaba en el asiento más cómodo, se había quitado la corbata y el chaleco para tratar de estar más cómodo. Pensó que le costaría quedarse dormido, pero en minutos ya estaba en un sueño profundo.

Al despertar un rato después, se frotó las manos por la cara antes de darse cuenta de que su madre lo estaba observando. “Hola, querida,” dijo. “¿Cómo te sientes?”

“Relajada,” respondió Lady Pensby. “No sé qué es la nueva medicina, pero me calma y me tranquiliza. Ya me siento mucho mejor.”

“Solo han pasado unos pocos días,” advirtió Ralph. “Necesitas tomártelo con calma.”

“No pido caminar por los jardines, solo sentarme en una silla,” vino la respuesta divertida.

“No quiero que te exijas demasiado. No podemos arriesgarnos a una recaída.”

“Prometo ser cuidadosa, pero me niego a quedarme aquí durante los próximos años hasta que un espasmo finalmente me mate,” respondió Lady Pensby. Hubiera querido que sus palabras sonaran mordaces, pero desafortunadamente los medicamentos la hacían tan serena que no podía sonar otra cosa que tranquila.

“No hables así,” dijo Ralph ásperamente.

“Oh, mi querido hijo. Un día moriré. Es el orden natural de las cosas. La frustración para mí es que cada vez que te llaman, interrumpes tus esfuerzos para encontrar una esposa.”

Ralph rió amargamente. “No quiero decepcionarte, pero no estoy tratando de encontrar una esposa, Madre.”

“Ahora sé que estás molesto cuando dejas de usar mi apodo cariñoso, pero no lo estés. Una madre quiere ver a sus hijos felices. Y tú no lo estás en este momento,” calmó Lady Pensby.

“Solo estoy cansado. El tiempo contigo aquí lo solucionará,” replicó Ralph. “No te preocupes por mí.”

“Siempre me preocuparé por ti,” dijo Lady Pensby. “Ahora, ¿cuándo vuelves a Londres?”

“No será por un tiempo.”

“No es suficiente. La temporada está en pleno auge. Debes regresar mañana.”

“Un hijo podría preocuparse por tu opinión sobre él, con la forma en que constantemente me mandas lejos,” bromeó Ralph.

Lady Pensby sonrió. “Sabes muy bien que te adoro, pero te adoraré aún más cuando traigas a una esposa a casa. Oh, no te preocupes, no necesitas negarlo de nuevo. Una vez que conozcas a una joven que decida que tú eres el indicado, no habrá escape,” dijo Lady Pensby con autoridad.

“Estoy temblando en mis botas.”

*

Ralph sostenía las dos misivas en la mano. Dos cartas de la misma casa, sin que ninguna supiera que la otra estaba siendo enviada.

Miles había enviado una carta pidiéndole que asistiera a la velada de su madre, si era posible. Aseguraba que le ayudaría a conservar la cordura si había al menos un amigo allí que no considerara un fanfarrón o un dandi. Las palabras de Miles le habían sacado una sonrisa a Ralph. Su amigo era la persona más comprensiva, a todos se les recibiría con la misma acogida genuina. Era un gesto amable, pero la realidad era que Miles no necesitaba que Ralph asistiera en absoluto.

La otra razón, más tentadora, para asistir era ver a Lady Edith. La sensación de alegría que había experimentado al recibir su respuesta lo había tomado por sorpresa. Sus amables palabras lo habían tocado profundamente. Ella era el tipo de persona que ayudaría a un extraño en necesidad. Había guardado la carta en el bolsillo de su chaleco, y le había servido de consuelo durante los oscuros días de cuidado a su madre.

No había respondido hasta ahora, y aunque estaba sentado en su mesa en su estudio, no estaba seguro de qué escribir. Mirando por la ventana al costado de la casa, finalmente tomó su pluma.

Un golpe en la puerta interrumpió sus esfuerzos.

Ralph saltó de su asiento cuando su madre entró en la habitación, apoyada en los brazos de su doncella y un lacayo. “¿Qué demonios...!”

“El lenguaje, querido,” reprendió suavemente Lady Pensby. “Deseo hablar contigo.”

“Hubiera venido gustosamente a ti,” dijo Ralph, indicando que su madre debería sentarse en una de las sillas más cómodas cerca de la chimenea. Avivando el fuego, esperó a que ella se acomodara. “¿Qué es tan urgente que te arriesgas una recaída?”

“Tienes la tendencia a ser excesivamente dramático a veces,” dijo Lady Pensby con una sonrisa. “Me siento débil, pero mucho mejor que en mucho tiempo.”

Ralph sonrió ante el insulto de su madre. “Es bueno saberlo. Con suerte, cuando lleguen los nuevos medicamentos, habrá una mayor mejoría.”

“Mientras tanto, tengo una propuesta que hacerte.”

“¿Oh?” vino la respuesta cautelosa.

“Me quedaré en la cama si vuelves a Londres,” dijo Lady Pensby, moviendo un poco su chal, lo que le impedía mirar a los ojos de su hijo.

“¿Y si me quedo?”

“Pasaré el mayor tiempo posible abajo, todos los días.”

Los ojos de Ralph se entrecerraron hacia su madre, que ahora lo miraba con la expresión más angelical en su rostro; podría haberse reído si no hubiera estado frustrado. “¿Te das cuenta de que me estás chantajeando?”

“Me gustaría pensar en ello más como un acuerdo para el bien de ambos.”

“Nunca te hubiera imaginado como una madre negociadora.”

“Y yo nunca te hubiera imaginado como un hijo sofocante.”

“¿Un hijo sofocante?” preguntó Ralph incrédulo.

Lady Pensby rió. “Pensé que eso llamaría tu atención. Querido, cuanto más tiempo pasas aquí, más aumenta mi ansiedad. No es bueno para ti estar atrapado en una habitación de enferma todo el tiempo. No es el lugar para un joven.”

“Podrías haber notado que dejé mi niñez atrás hace algún tiempo,” dijo Ralph secamente.

“Más es la pena.”

“Iré a Londres, pero solo por un día. Asistiré al baile de los Longdon y luego regresaré al día siguiente. ¿Qué te parece?” comprometió Ralph.

“Mucha alteración por una noche,” dijo Lady Pensby. “Me conformaré con una semana

en Londres.”

“Estoy seguro de que te gustaría, pero no lo haré. Veré cómo me siento después de la noche en los Longdon. Puede que esté galopando de regreso a ti si es tedioso,” dijo Ralph.

“Espero que no. Quiero que te quedes un mes, disfrutando.”

“Cuando estoy lejos de aquí, no puedo disfrutar plenamente,” admitió Ralph.

“Si eso es porque amas tu hogar, te aplaudo. Si es por mí, te daré un sopapo por ser necio,” respondió Lady Pensby.

Ralph rió. “¿No puede ser un poco de ambos?”

Lady Pensby pareció inmovible.

Capítulo 11

Edith vio la carta en cuanto entró en su dormitorio. No había habido mención de que llegara algo por parte del personal, lo cual, dado que Lady Longdon parecía estar en todas partes mientras se realizaban los preparativos, fue un alivio, ya que la discreción era vital.

Rompió el sello con entusiasmo y desplegó el papel doblado. No estaba segura de que él le respondiera y se sintió inexplicablemente feliz de que lo hubiera hecho.

Querida señorita S:

Usted me respondió, lo cual es probablemente más de lo que merezco. Gracias por sus amables palabras. No quiero darle la falsa impresión de que soy un blandengue, ciertamente no lo soy, pero he llegado a un punto en el que no sé qué hacer para el mejor.

¿Alguna vez está usted indecisa? ¿Cómo sabe que ha tomado la decisión correcta? No estoy seguro de ninguna de mis decisiones recientes.

Me han ordenado que me divierta por la persona de la que estoy tan preocupado. Apenas estoy de humor para frivolidades, pero haré lo que me piden, ya que no deseo causar más angustia. No tiene que temer escuchar sobre mis hazañas en el periódico matutino, aunque sería divertido causar un revuelo en lugar de mantenerme en un segundo plano.

Espero que esté disfrutando de la temporada. ¿Está inundada de cartas debido a su anuncio? Estoy bastante celoso de los hombres que pueden hablar con palabras floridas y halagar a una joven hasta que quede embelesada. Seguramente recibiría una reprimenda si intentara coquetear con alguien. Mejor no intentarlo que causar ofensa, ¿no lo cree?

Usted, señorita S, es un faro de luz, espero que aprecie que es muy especial.

Atentamente,

Sr. S

Edith leyó y relejó la carta. Era tan compleja que apenas podía entenderla. No deseaba coquetear, sin embargo, algunas de sus palabras eran ciertamente coquetas.

Él era claramente un hombre complicado y ella se sentía muy atraída por él. No debería estarlo, pero había algo en sus palabras que la conmovía profundamente. Deseaba poder conocerlo para asegurarle que, a pesar de sus sufrimientos, no estaba solo.

Colocando la carta en el único cajón con llave que tenía, se volvió a regañadientes. Quería sentarse y responder de inmediato, pero había cosas que hacer. El baile se llevaría a cabo al día siguiente y su madre se estaba volviendo más exigente.

A regañadientes, se cambió de un práctico vestido de algodón que había estado usando mientras organizaba las flores, a un vestido de mañana más respetable, lista para los visitantes que llegaran.

Al bajar las escaleras, escuchó voces en la sala de mañana y se apresuró a recibir a los primeros visitantes. No esperaba que alguien llegara tan temprano y sabía que Lady Longdon todavía estaba arriba.

Al entrar en la amplia habitación cuadrada, Edith vaciló ligeramente antes de sonreír ampliamente y entrar con los brazos extendidos en saludo.

“¡Mi lord! ¡Qué bueno es verlo! ¿Significa esto que se unirá a nosotros mañana por la noche?” preguntó Edith, acercándose a Ralph y a su hermano, que estaban de pie frente a la chimenea, conversando amigablemente.

Ralph extendió la mano automáticamente antes de darse cuenta de la impropiedad de saludar a Edith de una manera tan familiar. Sería un insulto para ella si retirara sus propias manos, que ahora estaban sosteniendo las suyas. “Lady Edith, es un placer verla. Sí, asistiré. Miles me dice que será el punto culminante de la temporada.”

Al incluir a Miles en la conversación, Ralph pudo retroceder, liberando así las manos de Edith para incluir a los tres. Había notado la mirada de curiosidad que Miles le había lanzado, pero se lo tomó con desvergüenza.

“Mi madre así lo querría, pero no creo que podamos competir con los bailes que organiza, por ejemplo, el duque de Richmond. Esos sí que son los puntos culminantes de la temporada,” dijo Edith con soltura. “Ha estado ausente un tiempo y se ve pálido, mi lord. ¿No está aquejado de algo? No quisiéramos obligarlo a pasar tiempo con nosotros cuando debería estar descansando.”

Por primera vez en su vida, Ralph se sonrojó un poco. “Gracias por su preocupación, pero estoy bien. Realmente.”

“Es bueno saberlo,” dijo Edith. “Ha habido algunas salidas en las que se ha echado de menos su destreza ecuestre.”

“¿Su hermano no estuvo a la altura?” preguntó Ralph.

“¿De verdad necesita preguntar eso?”

“Te informo que mi consejo solo ha sido solicitado recientemente sobre la compra de los mejores caballos,” intervino Miles.

“Me temo que es verdad. El Sr. Malone conoce a mi hermano de hace tiempo e insistió en que lo acompañara a Tattersall’s.”

“¿Malone? ¿Lo conozco?” preguntó Ralph.

“No. Servimos juntos. Tiene un tío que compró su comisión. Permaneció en el extranjero después de la derrota de Napoleón con su amigo, Charles Sage, aunque no sirvió. No sé muy bien qué hizo, para ser honesto. Ambos están ahora disfrutando plenamente de la temporada,” respondió Miles.

“Ah. Entiendo,” dijo Ralph algo rígido.

“¿Le gustaría que pidiera algunos refrescos? Espero que se quede un rato,” dijo Edith.

“Voy a salvar a Ralph de ser acorralado por algunas de las amistades de mi madre y me retiraré al estudio. ¡Estoy seguro de que puedes manejar a los demás admirablemente, Edith!” sonrió Miles.

“Oh.”

“Su hermano es un bruto, Lady Edith. ¿Podría compensar su atroz maltrato hacia usted asegurando los dos primeros bailes para mañana?” preguntó Ralph, impulsado a actuar una vez que vio que el rostro de Edith se caía al escuchar que iban a dejarla.

“Ya tengo pareja para los dos primeros, pero estaría encantada de bailar los siguientes dos con usted,” dijo Edith rápidamente.

“Por supuesto, será un placer,” dijo Ralph haciendo una reverencia.

Los dos caballeros dejaron a Edith esperando a Lady Longdon y sus amigas y entraron en el santuario masculino que era el estudio de Miles. Después de servirles un vaso de brandy a ambos, Miles sonrió. “Esto es mejor que las copiosas cantidades de té en tazas que hacen sentir a uno como un gigante, son tan pequeñas. Además de los delicados pasteles que podría comer por docenas, Edith es bienvenida a las visitas matutinas.”

“No tienes absolutamente ningún remordimiento por dejar a tu hermana lidiar con todo lo que encuentras molesto, ¿verdad?”

“En absoluto. Y haré exactamente lo mismo cuando tenga esposa,” Miles sonrió. “Tiene que haber algunas ventajas en tener una hermana, o en estar encadenado.”

“Eres incorregible. Realmente lo eres.” Ralph sacudió la cabeza, sonriendo. “¿Qué individuo ha logrado tener el primer par de bailes con tu hermana?”

“No podrías considerarlo el más destacado, pero ciertamente tiene el aspecto y la manera que lo han hecho querido por la mayoría de las mujeres en un radio de diez millas,” dijo Miles, girando su bebida restante.

“Ah, así que Lady Edith tiene un galán, sin necesidad de cartas,” dijo Ralph.

“Él está ciertamente interesado en ella. Un ciego podría ver su preferencia, pero en cuanto a sus sentimientos sobre el asunto, honestamente no lo sé,” admitió Miles.

“¿Te ha hablado?”

“No. Lo que me hace preguntarme si ella le ha dejado saber que no está interesada. Si ese es el caso, debe estar intentando cambiar su opinión,” dijo Miles. “Es muy atento y hay docenas de otras damas que recibirían con gusto tal preferencia marcada de su parte.”

“Sí, pero ¿tienen todo lo que tiene tu hermana? Belleza, encanto y dinero. Es una combinación poderosa.”

Miles miró a su amigo como si estuviera indeciso sobre qué decir. “Edith sería la primera en decir que no es hermosa. ¿Hay algo que deberías decirme? ¿O incluso preguntarme?”

“¿Qué? ¡No! Ella probablemente me asesinaría en una semana,” Ralph se apresuró a decir.

“Como deseas,” dijo Miles, ofreciéndole a Ralph otra bebida. No dejó de notar el trago de líquido que Ralph tomó una vez que su vaso fue rellenado.

*

Ralph miró la carta con desdén. Había regresado de Curzon Street a su alojamiento casi furioso por las calles. Ella estaba animando a otro mientras le escribía a él. Nunca había sentido celos en su vida y no sabía qué hacer con la rabia que ardía en su estómago.

Caminar arriba y abajo por su salón no ofrecía alivio mientras la carta se burlaba de él desde la bandeja de plata que contenía su correspondencia.

Finalmente, rompió el sello, desgarrando la esquina de la página con su enojo. El daño fue suficiente para calmarlo instantáneamente. “No me debe nada,” murmuró para sí mismo antes de comenzar a leer.

Querido Sr. S,

¡Lo entiendo completamente cuando dice que está dividido! Me encantaría estar en el campo ahora mismo. Pasar mis días al aire libre tanto como fuera posible. En cambio, estoy confinada en los salones de Londres y estoy tan aburrida que podría gritar.

Afortunadamente, tengo un hermano que me mima con largos paseos a caballo, lo que me da un pequeño escape. Desafortunadamente, no es suficiente. Deseo que la temporada termine para poder planificar mi futuro realmente. Un acontecimiento en el que podré planificar mi propio destino. No es fácil cuando tengo una madre desesperada por que me case con cualquiera que lo pida. Sé que las cosas serían diferentes si mi padre estuviera aquí, pero no lo está, así que no tiene sentido anhelar hablar con él. Desear lo imposible no logra nada.

Enviar el anuncio ha sido productivo de dos maneras. Me ha ayudado a ver lo que realmente quiero, algo de lo que no estaba segura antes. En segundo lugar, me ha presentado a usted. Mi amigo misterioso, que me ofrece un desahogo para mis sentimientos más profundos. Espero ofrecerle lo mismo: un lugar seguro para expresar sus pensamientos. Le he contado más de lo que debería. Quizás, incluso ahora, sepa quién soy. Tuve que explicarme completamente

para mostrarle que entiendo algunas de sus preocupaciones y problemas. Espero que le ayude.

Un último punto que quisiera destacar. Usted afirma que no es de discursos floridos, pero sus palabras me son queridas.

Su amiga,

Miss S

Ralph se reclinó hacia atrás. Había estado lleno de celos, pero sus palabras lo habían calmado. Era un sinvergüenza por aprovecharse de ella; conocer quién era significaba que sus palabras le daban una perspectiva que normalmente no tendría, pero él estaba a la deriva y ella era su ancla. Aunque ella no lo supiera.

Se revelaría a ella. Solo que no todavía.

Capítulo 12

Edith había encargado un vestido nuevo. Era frívolo y superficial, pero quería lucir lo mejor posible. Esperaba que él asistiera y ahora pasaría una hora o más en su compañía. Lo había extrañado.

Abriendo el cajón, sacó la última carta que había recibido de su misterioso escritor. “¿Por qué no puedes ser uno y el mismo?” susurró a la tinta en la página. Sintiéndose frustrada, colocó la carta de nuevo en su lugar seguro y escondió la llave. Al ver su reflejo en el espejo, frunció el ceño.

“No tiene sentido desear lo imposible. Uno es apuesto, rico, brusco en su manera, y sin embargo me atrae. El otro podría ser pobre, feo, pero tiene una manera de hablar y una vulnerabilidad que tira de mi corazón. Solo tengo que disfrutar mi tiempo con Lord Pensby esta noche, porque no sé cuándo lo volveré a ver.”

Al salir de su dormitorio, se encontró con su madre en la cima de la escalera.

“Estás encantadora esta noche, Edith. Espero que haya al menos una propuesta para mañana si lo que espero que ocurra se hace realidad,” dijo Lady Longdon con un asentimiento de aprobación hacia el atuendo de su hija.

Edith se desinfló un poco ante las palabras de su madre. Una cosa que se había vuelto clara en los días anteriores era que Lady Longdon favorecía al Sr. Sage y Edith no.

Miles estaba esperando al pie de las escaleras y, después de hacer un alboroto con su madre, giró a Edith. “Estás encantadora, Edith. Ese color realmente te sienta bien.”

Edith había elegido un vestido de seda azul claro, con mangas abullonadas y delicados cordones blancos en los bordes. El borde de la falda estaba decorado con cintas blancas y azules recogidas en bordes en forma de concha. La falda se hinchaba ligeramente cuando giraba, un efecto encantador cuando se baila. Había aceptado llevar un collar de aguamarina y diamantes de las joyas familiares. Todo el efecto resaltaba el tenue tono azul en sus ojos, que de otro modo eran grises.

No era de las que usaban polvos y parches de belleza como su madre y otros de la generación anterior, Edith solo llevaba máscara negra en las pestañas y color de labios rojo. Su rubor de anticipación daba a sus mejillas un color más intenso y sus ojos brillaban, lo que añadía a su belleza general.

“Espero que esta noche sea un éxito,” dijo Lady Longdon, antes de que se abrieran las puertas para recibir a los primeros invitados.

“Por supuesto que lo será, Madre,” respondió Miles con facilidad. “Nuestras fiestas son conocidas por ofrecer a cada invitado toda la comida y bebida que pueda desear. ¿Qué más se necesita para garantizar una buena noche?”

Edith rió. “Eres un bribón, Miles.”

“Pero encantador con ello,” respondió Miles antes de volverse para saludar a sus invitados.

*

Era el segundo baile antes de que el Sr. Sage comenzara a insinuar nuevamente lo que deseaba que ocurriera. No se desanimó con las suaves redirecciones de Edith a sus palabras poco sutiles. Finalmente, parecía haber abandonado toda pretensión de sutileza y sugerencia.

“Lady Edith, por favor, permítame hablar con su hermano,” dijo el Sr. Sage mientras estaban en la parte inferior de las escaleras.

“Preferiría que no lo hiciera,” respondió Edith, sonrojándose.

“Pero pensé...” El Sr. Sage apretó los dientes. “Las palabras que hemos compartido sobre nuestros sentimientos más íntimos. Pensé que nos entendíamos más que la mayoría de las personas que se conocen. Sé que no debería presumir, pero cuando he confesado mi agitación interior, pensé que lo entendía.”

Edith vaciló. “¿Su agitación interior?”

“Sí, he compartido cosas con usted que no he contado a otra alma. Pensé que teníamos una conexión más allá de la de ser meros conocidos,” continuó el Sr. Sage.

Secándose la frente con la mano, Edith frunció el ceño. “¿Se refiere a... es usted?”

“¿Soy quién?”

“Estoy muy confundida sobre cómo descubrió que era yo,” continuó Edith, agitada.

“Fue fácil encontrar a la persona que me atraía más que cualquier otra en mi pasado, presente o futuro,” dijo el Sr. Sage. “Creo que es hora de que hable con su hermano y haga oficial nuestros sentimientos.”

“Lo siento, Sr. Sage. Me siento un poco indispuesta. Por favor, no diga nada a Miles por ahora. Necesito pensar,” dijo Edith, vacilando un poco.

“Por supuesto, Lady Edith. Permítame llevarla a un asiento. ¿Desea que le traiga algo de negus?” ofreció el Sr. Sage.

“Sí, por favor. Eso sería amable. Gracias,” respondió Edith, sintiéndose bastante mareada.

Mientras se sentaba, Susan se acercó a su amiga. “¡Edith, estás enferma! Te vi dejar el baile y me retiré de inmediato. Mr. Malone ha ido a buscar al Sr. Sage.”

“¡Oh, Susan! ¡He cometido un gran error!” exclamó Edith. “Quería que fuera Lord Pensby, pero no lo es, ¡es el Sr. Sage!”

Susan se sentó inmediatamente al lado de Edith. “¿Las cartas? ¿Estás segura?”

“Casi lo admitió en ese momento. Quiere hablar con Miles y, aunque él es quien escribió las cartas, no puedo, Susan, ¡no puedo casarme con él!”

“Edith, shh. Cálmate. Alguien notará que algo está mal,” regañó suavemente Susan.

“Lo siento. Mi cabeza está en un torbellino. ¿Cómo pude cometer tal error? Pensé que el hombre que escribió las cartas me conocía, pero que sea él... ¡no!”

“Te gustaba el hombre que escribió las cartas, Edith. Quizás no estás viendo al Sr. Sage por lo que realmente es.”

“Seguramente, seguramente, no puede haber una diferencia tan grande entre lo que escribe y cómo es. Es inconstante y un bribón, estoy segura de ello,” susurró Edith, mientras veía el regreso de los dos caballeros, ambos con copas en la mano.

“Señoritas, hemos traído el doble de provisiones,” dijo el Sr. Malone, entregando una copa a cada una. “Hay una verdadera multitud por todas partes, así que pensamos que sería prudente traer más de una copa, por si acaso necesitan más.”

“Es muy amable de su parte,” respondió Susan. “Estoy segura de que Lady Edith se sentirá mejor pronto.”

“El baile está a punto de terminar,” dijo Edith. “Por favor, no me detengan de sus próximas compañeras.”

“No se preocupe por eso,” dijo el Sr. Sage, sin mostrar inclinación a abandonar el lado de Edith.

Edith miró a Susan con una súplica no expresada y su amiga actuó rápidamente.

“Sr. Sage, creo que estamos prometidas para el siguiente baile. Estoy segura de que Lady Edith apreciará vuestra ausencia. Ella está bastante bien, solo necesita un momento para recomponerse,” dijo Susan, empujando y presionando a los dos caballeros para que se alejaran de Edith.

Edith no estuvo sola por mucho tiempo, ya que Ralph se acercó a ella.

“¡Ahí está! Pensé que estaba renegando de nuestros bailes,” dijo con una sonrisa. Al notar el color pálido de Edith, su actitud cambió de inmediato. “¿Está mal, Lady Edith?”

“Acabo de recibir un shock. No es nada realmente, pero desearía poder cambiar esta copa de negus por una copa de brandy,” dijo Edith con un suspiro.

Ralph rió. “Nunca deja de sorprenderme, Lady Edith. Venga, sé que su hermano tiene un excelente brandy en su estudio. Haremos nuestra escapada.”

“No debería,” vaciló Edith. Entrar en una habitación privada con un solo hombre era una forma segura de crear aún más problemas de los que ya tenía.

“Buscaré a su hermano,” dijo Ralph, entendiendo su renuencia.

“Gracias.”

Miles se acercó a Edith, que se había retirado al pasillo. Una o dos personas se movían por allí, pero aparte de un saludo en su dirección, Edith había logrado evitar entablar conversación con nadie.

“¿Qué pasa?” preguntó.

“He sido una tonta. Otra vez. Y necesito una bebida para fortalecerme. Si algo de esto llega a mi madre, necesitaré un decantador,” respondió Edith con desánimo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, pero Miles lideró el camino hacia su estudio. “No podemos quedarnos aquí mucho tiempo,” advirtió Miles.

Edith se había sentado frente al fuego y miraba fijamente las llamas. Aceptando la copa de brandy de Miles, la bebió de un trago. Dejó escapar un leve temblor y se volvió para entregarle a Miles su copa ahora vacía.

“¿Qué pasa?” preguntó Edith, mirando las dos expresiones asombradas que la observaban. “Lo necesitaba.”

“Lo bebiste sin un titubeo,” señaló Miles.

“Sí. ¿Acaso piensas que podría haber pasado tres años de luto y cuidando de mi madre sin el ocasional vaso de brandy? Los tiempos fueron difíciles,” respondió Edith encogiéndose de hombros.

Miles parecía atónito, pero Ralph comenzó a reír. “Lady Edith, la jugadora y bebedora empedernida,” se rió.

A pesar de la sensación de desolación en su estómago, Edith sonrió. “Ahora ha visto todos mis vicios, mi lord.”

“¿Jugadora?” preguntó Miles.

“Es una larga historia, hermano. Desafortunadamente, hay asuntos más urgentes que discutir,” dijo Edith.

“Debería dejarlos,” ofreció rápidamente Ralph.

“Esto tomará solo un momento,” dijo Edith, levantándose y alisando su vestido. Se sintió valiente con el brandy corriendo por sus venas. “Miles, no le des tu aprobación a la propuesta del Sr. Sage bajo ninguna circunstancia. Si lo ves cerca de madre, por favor, interrúmpelos, porque estoy segura de que intentará ganarse su apoyo. No me importa lo que tengas que hacer, pero no le des esperanzas de que alguna vez recibirá mi mano en matrimonio.”

“Edith, eres mayor de edad. Él sabe que no necesita mi permiso,” señaló Miles.

“No puedo casarme con él, Miles. Lord Pensby, ¿está bien?” Edith notó que Ralph había cambiado de color. Parecía que podría desmayarse en cualquier momento.

Ralph se volvió hacia Miles, con una expresión oscura. “Déjeme echarlo fuera.”

Miles parpadeó. Nunca había visto a su amigo verse tan enfermo y luego tan amenazante en el mismo momento, pero solo le llevó un segundo responder. “No. Me niego a dejar que la fiesta de mi madre se arruine de esa manera. El hombre no ha hecho nada malo. No hay crimen en pedirle a alguien que se case contigo.”

Se volvió hacia Edith. Ella parecía tan sorprendida por la expresión de Ralph como él lo había estado, pero se obligó a mirar a su hermano. “Dijo algunas cosas—nada malo, pero estoy confundida. Todo lo que sé con certeza es que, si él es el autor de esas palabras, me he equivocado completamente.”

“No tengo idea a qué te refieres, Edith. Creo que el brandy te ha subido a la cabeza. Acepto que no desees casarte con él, así que, por el amor de Dios, no te quedes a solas con él. Si lo rechazas, podría intentar comprometerte.”

“No estará sola ni un momento,” dijo Ralph con severidad.

“Gracias,” respondió Edith. La apariencia celosa de Ralph, o quizás solo el apoyo a su mejor amigo confundía aún más a Edith. Se esforzó por controlar los sentimientos de desesperación que sin duda la abrumarían cuando la noche terminara. Hasta entonces, se pondría una sonrisa en el rostro y continuaría.

Dirigiéndose al decantador, llenó su copa y tomó otro trago de licor. “Vamos,” dijo, enderezando los hombros. “Superemos esta noche.”

Ralph le extendió el brazo. “Todavía nos queda un baile. Nadie se acercará a usted mientras esté en mi compañía.”

“Gracias. Sé que estaré protegida si estoy con usted,” respondió Edith.

“Siempre,” dijo Ralph.

“Ojalá tú hubieras enviado esas palabras. Realmente deseaba que fueras tú,” dijo Edith en voz baja. No hubo reconocimiento de que Ralph la hubiera oído cuando volvieron al salón de baile.

Edith intentó colocar una sonrisa en su rostro, pero probablemente se veía tan falsa como se sentía. Durante los primeros minutos bailaron en silencio, pero eventualmente Ralph rompió la atmósfera tensa.

“Es digno de crédito que esté dispuesta a defender lo que realmente desea,” dijo suavemente.

Edith frunció el ceño. “La mayoría de la gente me consideraría una tonta.”

“Afortunadamente, no me considero uno de la masa.”

“No. No le importa lo que piensen los demás, ¿verdad?”

Ralph hizo una pausa. “Sí, sí me importa.”

“¿Realmente? No actúa como si le importara,” respondió Edith, interesada.

“Créame. Me importa. Por eso admiro su capacidad para decir que no.”

“Podría no sentirme tan firme cuando mi madre me haya hecho una escena,” respondió Edith con un atisbo de sonrisa.

“Su hermano la apoyará.”

“Lo hace. Detesto enfrentar a mi madre, pero no puedo aceptar algo con lo que estoy tan en contra,” admitió Edith.

Ralph parecía considerar cuidadosamente sus próximas palabras. “Lady Edith, créame

cuando digo que desearía que las cosas pudieran ser diferentes. Que anhelo poder ofrecerle protección propia, pero no puedo.”

Edith frunció el ceño. “No estoy segura de entender lo que quiere decir, mi lord.”

“¿Sonaría ridículo si dijera que yo tampoco lo entiendo?” Ralph se rió, irónicamente. “Solo sé que desearía poder ofrecerle más.”

*

Lady Longdon reprendió a su hija durante dos horas completas después de que el último invitado se hubo marchado. Ni siquiera su hijo pudo distraerla de su misión de regañar a su hija para que aceptara la propuesta de un hombre apuesto.

“¡Pero no lo amo!” dijo finalmente Edith, después de intentar una y otra vez convencer a su madre de que estaba justificada al rechazar al señor Sage.

“¡Tonterías! ¡Es un caballero encantador y apuesto! ¿Qué más podría desear una chica como tú?” respondió Lady Longdon cortantemente.

“¿Una chica como yo?” preguntó Edith, con los ojos brillando.

“Edith...” advirtió Miles.

“No. Deja que madre hable. Obviamente, tiene una opinión de mí que creo que debería escuchar,” dijo Edith.

“Vas por ahí, pensando que estás por encima de la compañía en la que estamos, y, sin embargo, no eres más que un florero,” respondió Lady Longdon. “¿Cuántos bailes has dejado pasar en la temporada? ¿Cuántos hombres te envían flores, visitan esta casa, tratando de luchar por tu atención? Ninguno. Ha sido risible verte mirar por encima del hombro a los pobres que han intentado ser amables contigo. ¡Y ahora mírate! ¡Rechazando al único hombre decente que probablemente conocerás! Eres una tonta, Edith, y no quiero tener nada más que ver contigo.”

“Madre, no hay necesidad de esto. Lo que dices es incorrecto e injusto,” dijo Miles, su tono más agudo de lo normal al hablar con su madre.

“No, no lo es. No has estado aquí los últimos años, viendo a tu hermana volverse insufrible mientras actuaba como la señora de la casa,” respondió Lady Longdon sin el más mínimo remordimiento por ser reprendida por su hijo.

“¡Estaba lidiando con las muertes de mi padre y dos hermanos!” se defendió Edith. “No podías hacer nada, así que asumí la carga por ti. Pensé que estaba ayudando.”

“Había perdido a mis hijos y a mi esposo; por supuesto que estaba postrada de dolor. No esperaba que te impusieras en todo el proceso. Solo vine a Londres para deshacerme de ti finalmente. Y ahora, parece que también estás interfiriendo en ese plan.”

Las lágrimas brotaron en los ojos de Edith. Nunca antes le habían hablado de esa manera. Vio que Miles estaba a punto de explotar con su madre, pero levantó la mano ligeramente para detenerlo. De pie, miró a su hermano, cuyos ojos solo mostraban simpatía. Su expresión casi la hizo desmoronarse, pero logró tragar el nudo en su garganta.

“Miles, por favor, organiza mi regreso a casa pasado mañana. Me gustaría tener la oportunidad de despedirme de algunas amigas, lo cual haré por la mañana. Estaré lista para irme a primera hora del sábado,” dijo Edith, moviéndose hacia la puerta.

“No esperes que vaya contigo,” lanzó Lady Longdon por encima del hombro.

“No lo haría, madre,” respondió Edith, dirigiéndose formalmente a su progenitora. “De hecho, mi intención es haber dejado Barrowfoot House para cuando regreses. Miles, buscaré el consejo de nuestro abogado sobre cómo establecer mi propio hogar. Si pudieras pedirle que me visite una vez que regrese a Barrowfoot, te lo agradecería.”

“Edith, realmente no es necesario...”

"Es absolutamente necesario, Miles. ¿Cómo vamos a recuperarnos de las palabras que se han dicho? Se ha dicho demasiado," respondió Edith. "Te deseo buenas noches."

Cuando la puerta se cerró detrás de Edith, Miles se volvió hacia su madre. "¡Madre, eres una tonta! Lamentarás este día por mucho tiempo. ¿Quién te consentirá como lo ha hecho Edith? ¿Quién hará lo que pides sin cuestionarte? Si piensas que seré el sirviente que Edith ha sido, estás tristemente equivocada," reprendió. "Quizás no tenga ganas de casarme, pero si crees que tengo el impulso de pasar mi tiempo siguiéndote como un perro faldero, has malinterpretado mis intenciones de regresar a casa. ¡Volví para encontrar paz, no para estar a tu disposición!"

Miles nunca había hablado tan duramente a su madre y ella pareció atónita por unos momentos. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que volviera a ser como siempre y empezara a llorar y reprochar a su hijo por maltratar a su único progenitor vivo.

Saliendo de la sala de estar con disgusto, Miles se dirigió al mayordomo. "Envía a la doncella de mi madre con ella y adviértele que tendrá una noche muy larga. Arreglaré una compensación adecuada que se añadirá a su salario. Se lo ganará en las próximas semanas. Si mi madre pone tensión extra en cualquier otro miembro del personal, házmelo saber y mostraré mi agradecimiento por su tolerancia," ordenó Miles.

"Sí, mi señor," respondió el mayordomo, sin mostrar un atisbo de sorpresa ante las palabras. Había despejado a todos del entorno de la sala de estar cuando era evidente que Lady Longdon estaba de mal humor. No permitiría que los sirvientes hablaran sobre sus empleadores y Lady Longdon muy a menudo daba una mala impresión de sí misma.

Alejándose de su amo, observó con pesar la expresión sombría en el rostro de Miles mientras comenzaba a subir las escaleras. El pobre joven había pasado por mucho y, en algunos aspectos, todavía estaba sufriendo, no necesitaba la angustia que su madre ahora infligiría a su familia. Ya estaba bastante cargado.

*

Edith ignoró el arañazo en la puerta y gimió cuando esta se abrió y apareció Miles, con una sonrisa tentadora en su rostro. "No puedo disculparme," dijo Edith, sonándose la nariz y secándose los ojos. "Por favor, no me lo pidas."

"Nunca esperaré eso de ti," dijo Miles, caminando hacia su hermana y envolviéndola en un abrazo. "¿Cuántas veces ha tenido explosiones como esa?"

"Demasiadas para recordar cada una," admitió Edith, apoyando la cabeza en el hombro de su hermano. "Aunque esta fue particularmente espectacular."

"Le he dicho unas cuantas cosas," admitió Miles. "Se derrumbó y actualmente está llorando abajo."

"¡Oh, querido Señor!" respondió Edith. "Nunca me perdonaré por ponerte en su contra. Es bueno que esté planeando establecer mi propio hogar."

"No te vayas, Edith," dijo Miles.

Edith se apartó de su hermano y se sentó cerca de su tocador. "Tengo que hacerlo. Sabes que ya ansiaba volver a casa y esta noche solo ha hecho ese deseo más fuerte. No puedo quedarme aquí, Miles."

"Hay más hombres que Sage," persuadió Miles.

"No se trata realmente de él," admitió Edith. "Él es solo quien ha traído todo esto a un punto crítico de manera involuntaria. No puedo estar con madre. Ella no me dará apoyo y no puedo soportar tener una ruptura en la familia que estaría abierta al escrutinio público. No dudará en contarle a cualquiera y a todos cómo la he agraviado. No me importaría si fuera tan pobre como un ratón de iglesia y desesperada por alguien que me mantuviera. Con lo que llevaría a un

matrimonio, no debería ser tan difícil encontrar a alguien decente.”

“Quiero verte establecida, tanto como ella,” admitió Miles.

“Pero tú no me forzarías a un matrimonio que no quiero.”

“No,” accedió Miles. “Pero no quiero que establezcas un hogar por tu cuenta. Eso es un paso demasiado grande.”

“Voy a pensar en mis opciones cuando regrese a casa. Prometo que no me apresuraré a hacer nada, pero consideraré cuál de nuestra familia extensa sería adecuada para ser una compañera para mí. Porque tendré que establecer un hogar en algún momento,” dijo Edith.

“¿A quién pedirías?”

“No lo sé. Tal vez a Mildred,” dijo Edith, pero comenzó a sonreír ante la expresión horrorizada de su hermano.

“¿No tiene como noventa años y está medio ciega?” preguntó.

“Entonces, es una compañera perfecta para mí,” dijo Edith. “No sabrá lo que estoy haciendo, pero seguiré siendo considerada respetable con ella viviendo conmigo.”

“Tú, querida, no harás nada sin mi consentimiento. Podrás ser mayor de edad, pero eres completamente escandalosa y no se te puede confiar,” dijo Miles con tono cortante.

Edith se rió. “Bruto. Sabía que no me saldría con mis planes salvajes de establecer mi propio antro de juegos.”

Miles sonrió, pero con un toque de tristeza. “Lamento que hayas tenido que esperar tanto para tu debut. Las cosas podrían haber sido tan diferentes si hubiera ocurrido antes.”

Edith se puso seria y, caminando hacia su hermano, envolvió sus brazos alrededor de él y besó su mejilla. “No importa. Te tengo a ti y a mis amigos. Me prepararé para ser tía de tantos niños como tú y tu futura esposa tengan y los animaré a meterse en todo tipo de travesuras. Seré tía honoraria de los hijos de Susan cuando se case, así que mi vida estará llena de pequeños. Me aseguraré de que todos sean traviesos.”

“Eso, querida, puedo creerlo y la idea me aterroriza,” dijo Miles, dándole a Edith un cálido abrazo antes de dejarla en paz. Ambos dormirían poco en lo que quedaba de la noche.

Capítulo 13

Edith bajó las escaleras tarde por la mañana. Había pedido el desayuno en su habitación y le habían dicho que su madre no había salido de la cama porque se sentía mal. Normalmente, Edith se habría visto obligada a soportar la cámara de su madre durante el resto del día mientras atendía todos sus caprichos. Hoy era diferente. Como se iría de Londres a la mañana siguiente, no se sentía culpable por dejar a su madre al cuidado de su doncella.

Cuando llegó al pie de las escaleras, el mayordomo le llevó una bandeja de plata. “Una carta, Lady Edith,” dijo en voz baja.

Edith no esperaba recibir más cartas, así que la tomó con desgana. Al abrirla mientras estaba en el pasillo, su estómago se revolvió al leer las palabras.

Querida Srta. S:

Anoche lucía hermosa. No parece apreciar el efecto que tiene en quienes la rodean. Desearía que lo hiciera, aunque su modestia la honra.

Ahí lo tiene. He revelado algo de mí mismo, soy uno en su compañía, pero no tema, nunca la traicionaría ni dañaría su reputación. Mi consideración por usted es demasiado alta para eso.

No soy un hombre que envíe flores, pero créame cuando digo que era la más atractiva en todos los sentidos. No había nadie más presente que pudiera competir con usted a mis ojos.

Suyo, con admiración,

Sr. S

Edith palideció un poco al leer las palabras. Él sabía quién era ella. ¿Podría ser el Sr. Sage? Se aferraba a la idea de que no podía ser, seguramente él habría mencionado algo sobre lo que habían intercambiado la noche anterior. Esto podría significar que, si intentaba buscar una audiencia con su hermano y era rechazado, podría revelar su secreto. Sería el hazmerreír de la sociedad. Suspiró, era bueno que se fuera de la ciudad.

Colocándose el sombrero en la cabeza, sonrió frente al espejo cuando vio a Miles salir de su estudio.

“Me alegra verte levantado y en movimiento,” dijo amablemente, ignorando el hecho de que ambos tenían círculos oscuros bajo los ojos, lo que indicaba la dura noche que ambos habían soportado.

“No pude dormir,” admitió Miles.

“Yo tampoco,” respondió Edith. “Pero voy a visitar a Susan para despedirme. ¿Necesitas algo mientras estoy fuera?”

“No. ¿Vas sola?”

“Como vive exactamente a diez casas de distancia, no hay necesidad de ir acompañada. Estaba tratando de decidir si ir de compras o no, pero honestamente no puedo enfrentarme a ello. Pasar la tarde con Susan será perfecto y no necesito escolta para eso,” respondió Edith.

“En ese caso, nos veremos esta noche. Espero que solo seamos nosotros dos cenando. Dudo que Madre esté lista para enfrentarse a ninguno de nosotros,” dijo Miles, besando la mejilla de Edith.

Dijeron sus despedidas y Edith salió de la casa. Respiró hondo el aire lleno de humo y se sintió aliviada al saber que solo pasaría un día más en la capital. Anhelaba los amplios espacios

abiertos y el aire fresco y crujiente de su hogar.

Pronto llegó a la casa de su amiga y fue recibida con gusto. Cuando Edith explicó lo que había sucedido después del baile y el resultado de la discusión, Susan se recostó en su asiento.

"Me entristece saber que la situación con tu madre ha empeorado hasta tal punto. Estaba claro que ella favorecía al señor Sage desde casi el momento en que nos lo presentaron," dijo Susan.

"Mi error fue no darme cuenta antes de cuánto me molestaba la idea de casarme con él. Debería haber sido más firme contra sus insinuaciones y protestas de afecto. No puedo echarle toda la culpa a él por sus continuas atenciones," reconoció Edith.

"Cualquiera con un poco de sentido se habría dado cuenta de que no tenías interés real en él. Eras amable, pero no alentadora," defendió Susan a su amiga.

"Supongo que él podría haber pensado que era tímida. Hay muchas que lo serían. No podía saber que nunca me embarcaría en un comportamiento tan calculador," dijo Edith. "Además, no tengo idea de qué le decía mi madre, pero casi con seguridad era un aliento. Solo me alegra que no pueda haber dudas sobre mis sentimientos, o la falta de ellos ahora."

"Voy a sentir mucho tu partida. La temporada no será lo mismo sin ti aquí," admitió Susan.

"No puedo quedarme más tiempo, Susan, pero después de la temporada, ya sea que estés casada o no, debes venir a visitarme."

"No estaré casada, a menos que mis padres lleven a cabo su amenaza de elegir un marido para mí," respondió Susan con desánimo.

"Me encantaría tenerte como hermana, pero no creo que Miles esté listo para casarse. Ha insinuado que está dañado. Creo que hay mucho más en él de lo que nos damos cuenta. Dudo que admitiría algo si intentara indagar, es demasiado orgulloso para reconocer que está sufriendo," dijo Edith.

"Lo sé y no espero nada de él en realidad. Sabes lo que es anhelar a alguien, pero saber que es inútil. Acepto que no está interesado en mí, más allá de ser tu hermano, probablemente ni siquiera me ha notado," respondió Susan.

"En ese aspecto es un tonto," sonrió Edith.

"¡Gracias por tu apoyo inquebrantable! ¿Has pensado en lo que vas a hacer con las cartas?"

"Oh, tengo algunas noticias al respecto," dijo Edith, sacando la carta más reciente de su bolso. "Admito que estoy un poco preocupada de que quien me está escribiendo sepa quién soy."

"Sí. Yo también estaría preocupada, pero no parece ser el señor Sage. Seguramente no sería tan halagador después de anoche," razonó Susan.

"Todo es muy confuso," admitió Edith. "Pero debo tomar el siguiente paso en mis manos y escribirle al señor Sage y pedirle que no envíe más cartas. Me siento muy confundida al sentir una conexión con sus palabras, pero no con él en persona. Se siente todo mal de alguna manera que no puedo juntar a las dos personas. Aun así, sus insinuaciones sugerirían que es él y me hace desconfiar aún más de la palabra escrita."

"Es todo muy extraño," coincidió Susan.

"Me voy, Susan. Es hora de regresar para asegurarme de que todo lo que quiero esté empacado y listo para partir temprano mañana. No tiene sentido seguir demorando," dijo Edith, poniéndose de pie.

Susan también se levantó y las dos amigas se abrazaron, prometiendo escribir y profesándose su cariño mutuo.

Edith salió de la casa con sentimientos encontrados. Deseaba que Miles pudiera ver a Susan como algo más que la amiga de su hermana, pero no tenía esperanzas. No había sentido en tratar de interferir; Miles había levantado una muralla desde su regreso. Aunque Edith entendía la razón, no sabía cómo atravesarla. Intentar hacerlo sería alienar a su hermano y no podía arriesgar eso. Ni siquiera por Susan.

Volviendo hacia su propia casa, se dio cuenta de que un landó con cuatro caballos se había detenido al lado de la acera por la que caminaba. El toldo que cubría los asientos de frente escondía a los ocupantes, pero el otro lado estaba bajo.

Edith sofocó un gemido cuando el señor Sage se inclinó en su asiento y abrió la puerta él mismo, a pesar de que un lacayo estaba en la parte trasera del vehículo.

"Lady Edith, me alegra tanto haberla visto. Iba en camino a hacer una visita a su dirección," dijo el señor Sage, saltando ágilmente a la acera frente a Edith.

"Mi madre no recibe visitas hoy, señor. Está un poco cansada después de los esfuerzos de anoche."

"Era con usted con quien deseaba hablar. ¿Podría molestarla para dar un paseo por Hyde Park conmigo? Apreciaría un tiempo con usted en el que pueda hablar claramente sin ser escuchado."

"No creo que..." comenzó Edith.

"Le aseguro que no le haré ninguna atención no deseada. Es puramente para intentar explicarme y asegurar que nos separemos como amigos."

"Nos separamos como amigos," insistió Edith.

"Por favor. Permítame esto," apeló el señor Sage, con una sonrisa que iluminaba sus ojos.

"Debo regresar a casa pronto," dijo Edith, capitulando a la solicitud.

"Solo un poco de tiempo y nos entenderemos perfectamente," dijo el señor Sage, bajando el escalón del landó y ayudando a Edith a subir al carruaje.

Tan pronto como cerró la puerta, el carruaje arrancó. El señor Sage se sentó junto a Edith y se volvió hacia ella. "Estoy tan contento de que haya accedido. Estaba mortificado por cómo terminó la noche pasada. Esperaba anunciar nuestro compromiso hoy."

"Lo siento. Me gusta y he disfrutado de su compañía, pero nunca podría aceptar un matrimonio con usted. Debería haber sido más clara sobre mis sentimientos desde el principio," reconoció Edith.

"Quizás, pero fijé mi interés en usted tan pronto como la vi y no me desanimé fácilmente."

"Señor Sage, ¿por qué giramos a la izquierda en Half Moon Street?" preguntó Edith, mirando a su alrededor con algo de preocupación.

"He instruido a mi hombre para que entre al parque por la carretera sur. No hay nada de qué preocuparse," dijo el señor Sage con tranquilidad.

Edith se había tensado y permanecía sentada rígidamente. No se sentía nada cómoda. Nunca había confiado completamente en él y, sintiéndose vulnerable, estaba en guardia. "Señor Sage, lo siento por no haber sido más franca sobre mis deseos, pero nunca nos llevaríamos bien."

"Ahí es donde nuestras opiniones difieren, me temo, Lady Edith," respondió el señor Sage. "Y en este caso, me temo que mis deseos tendrán que pesar más que los suyos."

"No entiendo," dijo Edith.

"La prefiero por encima de cualquier otra persona en la sociedad. Debo ser honesto y admitir que su fortuna es el principal atractivo, pero como viene en un paquete, estoy seguro de que nos llevaremos maravillosamente."

"Señor, le he dicho que no vamos a casarnos. Por favor, detenga el carruaje y déjeme bajar. No se puede ganar nada prolongando esta conversación," exigió Edith en su tono más frío.

"Lo siento por decepcionarla, Lady Edith, pero no puedo complacerla en tu solicitud," dijo el señor Sage con una sonrisa, que no era tan angelical como las anteriores. "He estado buscando a alguien como usted y he invertido demasiado tiempo y dinero para que mis esfuerzos se desperdicien. Vamos a los muelles, donde abordaremos un barco. No habrá carrera hacia la frontera para nosotros, vamos a navegar por la costa hasta Escocia."

"¡Es un necio, señor!" exclamó Edith. "¿Cree que cumpliré con su esquema? Solo tengo que gritar a los transeúntes ahora y su plan se frustrará."

"No creo que deba hacerlo. Porque solo se arruinará cuando la agarre y la bese para que todos lo vean y el resultado será el matrimonio conmigo debido a sus acciones. Si desea una boda rodeada de chismes, adelante, grite y haga todo el ruido que quiera. Una lástima que su madre se pondría seriamente enferma por el escándalo, ella siendo de naturaleza delicada," dijo el señor Sage con un encogimiento de hombros despreocupado. "Es mejor que resolvamos todo de una manera más tranquila y refinada."

Edith estaba furiosa. Él claramente había pensado en todo. Avanzaban a una velocidad rápida, demasiado rápida para que ella pudiera saltar del carruaje sin sufrir lesiones graves, o peor. No podía gritar; sería embarazoso y una manera garantizada de arruinarse en el proceso, como él ya había señalado.

Vamos, Edith, piensa, maldijo interiormente. Debe haber una forma de salir de esto. No se puede ser secuestrada en un carruaje abierto. No aceptaría que su situación fuera irreparable, pero debía pensar rápido, había tiempo limitado para actuar.

Mientras el carruaje giraba a la izquierda en Piccadilly y se acercaba al Támesis, Edith necesitaba obtener respuestas. Mirando con furia a su captor, lo miró con disgusto.

"¿Cómo puede ser tan diferente? ¿Cómo puede escribir esas palabras y actuar de manera tan vil? No tiene sentido, pero necesito saberlo," preguntó.

"No tengo idea a qué se refiere," respondió el señor Sage, mostrando una genuina confusión.

"Las cartas. Escribió palabras tan reveladoras, expresó tales emociones," dijo Edith.

"¿Qué cartas? No he escrito cartas a nadie," respondió el señor Sage.

"¿No sabe nada del anuncio?" preguntó Edith, su corazón comenzando a elevarse un poco.

"¿Está loca? Realmente está hablando tonterías," respondió ásperamente el señor Sage. "Creo que es hora de que aprenda que me gusta una esposa tranquila y deje de divagar. Cállese, mujer."

Edith se dio la vuelta y rió de alivio. No era él. No se había vuelto loca al pensar que había dos hombres involucrados. Los había. ¡Él no era quien le escribía! Casi podría haberlo abrazado si no fuera porque no tenía absolutamente ninguna cualidad redentora, aparte de su apariencia, y a ella nunca le habían importado mucho.

La revelación hizo que Edith estuviera segura de una cosa: no iba a ser forzada a casarse con este cazador de fortunas, costara lo que costara.

Mientras el carruaje se acercaba a la intersección de Piccadilly y St James's Street, el tráfico vehicular aumentó y el landó tuvo que reducir la velocidad. El conductor maldijo en voz alta a quienquiera que estuviera bloqueando su camino. Estaba claro que estaba muy interesado en mantener el ritmo de los caballos rápido, para evitar que ella intentara escapar.

Edith observó cuidadosamente sin que fuera obvio. Solo tendría una oportunidad y no

podía fallar. Si podía salir del carruaje, suponía que el señor Sage no arriesgaría hacer una escena. Estar dentro de un carruaje con un caballero llevaba algún riesgo, en lo que el señor Sage había confiado. Ella había subido al carruaje de forma voluntaria, lo cual sería informado por su captor. Pero si lograba llegar a la acera y se hacía un esfuerzo por arrastrarla de nuevo al vehículo, probablemente parecería un secuestro. Eso no sería bien recibido por quienes observaran la acción. No podría ser condenada por hacer ruido para evitar ser arrastrada a un carruaje. Y haría ruido.

El carruaje dio un sacudón, Edith exclamó “¡Miles!” y señaló hacia el lado más alejado de ella.

El señor Sage se adelantó para ver a su hermano mientras Edith abría de golpe la puerta y saltaba a la calle.

Tropezó y cayó, con las manos enguantadas aterrizando en la tierra del pavimento, con su vestido arrastrándose por los restos de lo que fuera que estuviera en el suelo. Sin detenerse a verificar si se había lastimado o a sacudirse, se levantó de un salto y corrió lejos del carruaje. Estaba desesperada por poner algo de distancia entre ella y el señor Sage. Temía que hubiera tres hombres que pudieran perseguirla si el cochero y el lacayo eran llamados para ayudar. Empujando el terror a un lado, se apresuró a avanzar.

Al escuchar ruidos detrás de ella, supo que la estaban siguiendo; al menos uno de ellos estaba persiguiéndola. Las únicas personas alrededor le daban un amplio margen. Sabía que debía verse como un desastre. Intentando detenerse de correr, se concentró en caminar lo más rápido que podía, su corazón latía fuertemente en sus oídos.

En pocos segundos, fue agarrada bruscamente. “No sea tonta,” susurró el señor Sage. “¿Quiere que la cargue sobre mi hombro y la lleve de vuelta al carruaje, o prefiere caminar?”

Edith se mantuvo firme. “¡Suelte mi brazo, señor!” dijo en voz alta.

El señor Sage la miró con desdén, pero mantuvo un agarre firme. “Vamos, querida, estás alterada.” Empezó a arrastrarla hacia el carruaje, hundiendo sus dedos en su carne tan fuerte que ella gritó de dolor.

Edith no era rival para el señor Sage, pero no iba a volver dócilmente con él. Despojándose de los guantes y arrojándolos al suelo, se contorsionó, pero eso solo hizo que sus dedos se hundieran más en su piel. Al menos el lacayo y el conductor habían permanecido en el landó, o no habría esperanza para ella.

Decidió que era hora de tomar más medidas ya que nadie más parecía dispuesto a ayudarla. Se lanzó frente al señor Sage y, con toda su fuerza, usó su mano libre para abofetearlo en la cara.

El señor Sage tambaleó hacia atrás y, de manera instintiva, la soltó mientras se llevaba la mano a la cara. “¡Perra!” escupió, pero Edith ya estaba corriendo lejos de él.

Sin preocuparse por el tipo de escena que estaba creando, Edith levantó sus faldas y corrió con todas sus fuerzas. Estaba cubierta de tierra, debió parecer alguna especie de cortesana o loca, pero no le importaba. Escapar de su captor era su único objetivo.

Un jinete se detuvo al lado de ella. Era consciente de que la estaban llamando su nombre, pero continuó moviéndose. Si se detenía, él podría atraparla nuevamente.

“¡Edith! ¡Para!” dijo la voz imperiosa de su hermano, mientras se deslizaba de su caballo y la atrapaba en un solo movimiento.

Reconociendo finalmente la voz de su hermano, Edith se derrumbó de alivio y se deshizo en lágrimas en los brazos de Miles. “Él estaba tratando de forzarme a huir con él,” dijo, aferrándose a su hermano.

“¡Ese maldito canalla!” vino un gruñido del lado opuesto a Miles.

Ralph arrojó su sombrero de copa al suelo y corrió tras el ahora en retirada señor Sage. Ralph pronto alcanzó al hombre más pequeño y lo hizo girar. “¿Solo eres valiente cerca de las mujeres?” murmuró antes de que su puño impactara con la barbilla del señor Sage.

El señor Sage cayó al suelo, pero Ralph lo levantó de nuevo. “Voy a matarte y luego, si descubro que le hiciste daño, voy a matarte de nuevo,” dijo, antes de dar un segundo golpe.

Edith escondió su rostro en el abrigo de Miles, incapaz de ver la pelea. Después de un rato, Miles gritó a su amigo. “Basta, Ralph. No vale la pena ahorcarlo.”

“¿No?” gruñó Ralph, levantando al señor Sage, que parecía apenas consciente.

“No.” Miles se separó de su hermana. “Quédate aquí,” dijo suavemente, colocándola al lado de su caballo.

Se acercó a Ralph y al ahora desplomado señor Sage, cuyo rostro ya no parecía en absoluto angelical. Miles se inclinó para que su rostro estuviera cerca del secuestrador. “Te aconsejo que salgas de Londres tan pronto como puedas, porque una vez que tenga a mi hermana en casa, iré a buscarte. Mis manos están cosquilleando en la expectativa de estrangularte y me daría mucha pena decepcionarlas. Cuando termine contigo, encontraré a tu amigo y haré lo mismo con él. Claramente has estado usando a mi familia y no lo tolero. En absoluto. ¿Me hago entender?”

El señor Sage asintió, apenas capaz de abrir los ojos, incluso si quisiera. La amenaza en la voz de Miles lo aterrizó más que la brutalidad de la paliza de Ralph.

“Bien. Entonces no hay duda de lo que recibirás si eres lo suficientemente tonto como para quedarte en Londres o regresar durante los próximos diez años. No vas a cazar a inocentes mientras tenga aliento en el cuerpo.”

Miles soltó el cuello del abrigo del señor Sage, con el que lo había estado sosteniendo, y el hombre herido se desplomó en el suelo. Volviéndose hacia los sirvientes, les indicó. “Espero que se sientan avergonzados de sí mismos, ayudando a un canalla como este. Llévanselo y llévense a ustedes mismos fuera de mi vista.”

Se había reunido una multitud para ver tal espectáculo. Se habían interesado una vez que la pelea comenzó, a diferencia de cuando vieron a Edith huyendo de su captor. Miles miró a los más cercanos con una mirada tan amenazante que se dieron la vuelta, avergonzados.

Cuando la calle comenzó a moverse en su ritmo más natural, se volvió hacia Edith y Ralph. “Necesitamos limpiarlos a ambos. Edith, súbete delante de mí. No es lo ideal, pero cuanto antes salgamos de la calle, mejor. Ralph, ven con nosotros.”

“Pero mamá...” empezó Edith.

“Mi casa está a la vuelta de la esquina. Deberíamos ir allí,” ofreció Ralph.

“Buena idea,” dijo Miles. “Vamos.” Indicó a Edith y la levantó para que pudiera sentarse delante de su silla de montar, con las piernas colgando a los lados. No era lo ideal, pero causaría menos miradas que si ella estuviera caminando por las calles tan desarreglada como estaba.

Ralph tomó con cuidado las riendas de su caballo y se subió a la silla. Frunció el ceño al cerrar los puños sobre el cuero de las riendas.

“Más te vale poner hielo en tus nudillos si quieres moverlos mañana,” dijo Miles.

“Creo que ya es demasiado tarde,” dijo Ralph con mueca. Miró a Edith antes de girar su caballo y comenzar en dirección a su casa.

Capítulo 14

Edith entró en la casa de Ralph con un interés más que ligero. Miró disimuladamente alrededor del salón al que los habían conducido. Era elegante, sin ser demasiado austero; los caballeros solían ser propensos a mantener el mobiliario al mínimo. Dudó en sentarse en cualquiera de los asientos.

“Por favor, siéntese, Lady Edith,” dijo Ralph.

“Sé que la mayor parte de la suciedad está en la parte delantera de mi ropa, pero no me gustaría ensuciar su precioso tejido. No tengo idea de en qué estoy cubierta, pero no huele nada bien,” admitió Edith, arrugando la nariz.

“Voy a enviar un mensaje para que tu criada venga aquí y te traiga un cambio de ropa,” dijo Miles, dirigiéndose a la puerta que daba al pasillo.

“Por favor. No se preocupe. Siéntese,” dijo Ralph con suavidad.

“¿Tiene algún cobertor que pueda usar? Preferiría eso,” insistió Edith.

Ralph asintió a su sirviente, quien salió de la habitación, pero pronto regresó con un paño que colocó sobre un sofá. Edith le agradeció antes de hundirse agradecida en el asiento.

Miles había regresado a la sala. “Puedes dejarnos y atender tus asuntos, Pensby. No tiene sentido retrasarlos. Creo que ya hemos pasado el punto de que necesites estar a nuestra disposición mientras estamos aquí.”

“Por supuesto. Siéntase libre de tomar las bebidas que desee. Jackson, aquí, le conseguirá todo lo que necesite,” dijo Ralph. Lo había estado observando de cerca, queriendo decir tantas cosas y sin poder hacerlo.

“¡Necesito un brandy!” respondió Edith con tono cortante. “Fui una tonta.”

Ralph sonrió ante sus palabras. “No es una joven tímida, Lady Edith. Creo que incluso la mujer más experimentada habría sido engañada por los encantos del señor Sage,” la defendió.

“Sí. Incluso yo pensé que estaba a la altura,” admitió Miles.

“Confiaba en la recomendación de su amigo,” dijo Ralph.

“Malone va a lamentar el día en que volvió a contactarme,” dijo Miles con gravedad.

“No tiene sentido decir que no vale la pena pelear por esto, ¿verdad?” preguntó Edith.

“En esto, me temo que sí,” admitió Miles. “No esperaré salir sin represalias. Me conoce desde hace tiempo.”

“No quiero verlo herido. Lord Pensby sufrirá lo suficiente con su pelea,” dijo Edith, finalmente mirando a Ralph.

“Unos nudillos magullados son un precio pequeño por enseñar una lección a ese canalla,” dijo Ralph ásperamente.

Edith se sonrojó un poco. “Fue mi estupidez. No debería haber subido al carruaje.”

“No. No debió hacerlo, pero igualmente, no era irrazonable presuponer que él actuaría como un caballero en un vehículo abierto en medio de la calle,” respondió Miles.

Ralph dejó a los hermanos solos. Tenía sangre en su ropa, lo cual probablemente habría arruinado el fino tejido, pero no le importaba. Nunca había estado tan enojado en su vida como cuando vio el estado de Edith y la expresión de desesperación en su rostro mientras intentaba escapar. Sage tuvo suerte de seguir respirando, porque Miles se había equivocado. Valdría la pena colgarse para deshacerse de la persona que amenazaba a la mujer que amaba.

Se quedó inmóvil mientras su valet lo ayudaba a desnudarse.

La amaba.

Por supuesto que la amaba. Lo sabía desde hacía semanas, pero por mucho que fueran sus sentimientos, aún no podía tenerla. Cuanto más mantuviera ese pensamiento en primer plano en su mente, mejor para todos.

Finalmente regresó al salón, donde le informaron que Edith había sido llevada a su habitación de invitados y se estaba bañando y cambiando a ropa limpia. Tomó un gran trago de whisky al pensar en Edith bañándose bajo su techo, pero se reprendió por sus pensamientos bajos después de lo que ella había pasado.

“Ordenaré mi carruaje,” ofreció Ralph a Miles. “No tiene sentido forzar a tu hermana a caminar, o montar más lejos. Supongo que está más afectada de lo que parece.”

“Sí. Está hecha de material resistente, pero temblaba cuando la tomé por primera vez,” admitió Miles. “Gracias por la paliza que le diste a Sage. Te debo una deuda de gratitud.”

“Tú habrías hecho lo mismo por mí. No podría haberme quedado de brazos cruzados y verlo escapar mientras tú atendías a tu hermana,” respondió Ralph.

“No puedo creer lo cerca que estuvo de la ruina,” admitió Miles. “El pensamiento me aterra, pero ¿qué si no hubiéramos pasado por ahí? Yo sugerí Hyde Park, tú fuiste el que ofreció una alternativa. Si hubiéramos ido a Hyde Park, habríamos estado demasiado lejos.”

“Lo sé,” dijo Ralph en voz baja. Las palabras de su amigo no hicieron nada para calmar el temperamento de Ralph, que todavía burbujeaba bajo la superficie. Eligió el momento para salir de la sala y ordenar el carruaje.

Después de que el sirviente salió del pasillo, bajo las instrucciones de Ralph, este tomó un momento para soltar su aliento y pasarse la mano por el cabello. Ella podría haber sido fácilmente arruinada.

“¿Lord Pensby?” preguntó Edith tentativamente, mientras salía al pasillo. Se había bañado y cambiado de ropa y, para todos los efectos y propósitos, parecía como si nada desagradable hubiera sucedido.

“¿Sí?” preguntó Ralph en respuesta.

“¿Cómo están sus manos?” preguntó Edith, cruzando el pasillo y extendiendo sus propias manos para tomar las de Ralph.

“No hay nada de qué preocuparse,” respondió Ralph, pero colocó sus manos en las de ella de todos modos.

Edith frotó su pulgar sobre los nudillos de Ralph y se estremeció al ver los moretones y cortes que ya estaban apareciendo. “Lo siento mucho.”

“¿Por qué?”

“Por ser una tonta. Por causar esto. Pero le agradezco de todo corazón que haya hecho tal cosa para protegerme. No lo merezco. Estoy bastante avergonzada de mis acciones,” admitió Edith, sus palabras balbuceando debido a la vergüenza y humillación.

Ralph le apretó los dedos, aunque el movimiento le causó dolor. “No se reproche. No fue usted la culpable. Y si mi situación fuera diferente...”

Edith miró con desconcierto la frase incompleta. Cuando quedó claro que Ralph no iba a continuar, ella habló. “No entiendo del todo.”

“No puedo explicar,” admitió Ralph. “Pero sepa esto, si las cosas fueran diferentes, si pudiera ser como desearía... pero no puedo.”

Edith estaba completamente desconcertada por sus palabras, pero estaba segura de que él sentía lo mismo que ella. Levantó sus manos hacia sus labios y besó cada una. La respiración

agitada fue suficiente estímulo para saber que no había cometido un error.

“Gracias por protegerme. Lo aprecio más de lo que puedo expresar,” susurró en voz baja.

Edith soltó suavemente una de las manos de Ralph y colocó su propia mano en su mejilla. Se sintió alentada por la forma en que él cerró los ojos y se inclinó hacia su toque.

Se separaron cuando el sirviente regresó al pasillo y carraspeó para anunciar su presencia. Edith rompió el contacto y se sonrojó profundamente, pero Ralph la protegió de las miradas curiosas del sirviente.

“Dile a Lord Longdon que se prepare para salir si el carruaje está listo,” gruñó Ralph.

Mientras el sirviente entraba en el salón, Ralph inclinó la cabeza y besó a Edith tan rápidamente, tan levemente, que después casi dudaría de que hubiera sucedido. Luego, a regañadientes, se apartó de ella para esperar la entrada de Miles.

Era un canalla. Un diablo, pero necesitaba mostrarle que se preocupaba profundamente. Lo cual no era justo para ella, pero nunca pensaba con claridad cuando ella estaba en su compañía, especialmente cuando se veía tan vulnerable y confiada como lo estaba ahora.

*

Edith tocó disimuladamente sus labios mientras viajaban el corto trayecto hacia Curzon Street. Él la había besado. Apenas había podido responder antes de que Miles entrara en el pasillo. Si hubiera visto el beso, habría surgido toda una situación adicional con la que lidiar en lo que había resultado ser un día lleno de acontecimientos, pero no lo había visto.

No podía comprender lo que significaba. Ralph parecía quererla, pero luego se contradecía con sus palabras. Sonaba como si no supiera lo que realmente quería, ciertamente no podía hablar con elocuencia sobre el tema, así que cómo se suponía que ella debía adivinar sus sentimientos era un misterio.

Miles colocó una mano en su brazo. “Sugiero que no le contemos a Madre nada de lo que ha ocurrido hoy.”

“Oh, ¡desde luego que no!” respondió Edith con vehemencia. “No deseo tener aún más reproches de su parte.”

“¿Sigues decidida a irte mañana?” preguntó Miles.

“Sí. Esto me ha convencido aún más de que no estoy hecha para esta vida. Quizás algún día regrese a Londres, pero no sucederá en varios años, si es que sucede,” dijo Edith.

“Aún creo que es una pena, pero te apoyaré tanto como pueda. Permaneceré en Londres hasta que Madre decida que le gustaría regresar a Barrowfoot,” dijo Miles.

“Para entonces, espero haber hecho algunos planes firmes para establecer mi propio hogar,” dijo Edith.

“No hay prisa. Tendrás que pasar tiempo con Madre en el futuro, lo sabes,” advirtió Miles.

“Lo sé. Pero creo que ambas necesitamos un descanso la una de la otra. Hemos pasado por los peores momentos recientemente. Quizás solo necesitemos que la vida sea menos estresante y cargada por un tiempo,” respondió Edith.

Cuando llegaron a casa, Miles la ayudó a bajar del carruaje, pero se dispuso a volver a subir al vehículo cuando Edith ya estaba en la acera.

“¿Dónde vas?” preguntó Edith con sorpresa.

“Tengo una cuenta pendiente que saldar,” dijo Miles. “No te preocupes, volveré pronto.”

“Oh, ¡no! ¡Déjalo, por favor!” suplicó Edith.

“No puedo, querida,” dijo Miles, inclinándose suavemente fuera de la ventana y colocando su dedo bajo la barbilla de Edith para que lo mirara directamente a los ojos. “Tengo

que hacerlo.”

Edith asintió levemente y se apartó del carruaje. Su estómago estaría en un nudo hasta que Miles regresara sano y salvo. Por ahora, tenía que confiar en que él sabía lo que hacía y aceptar que era algo que debía hacer.

*

No le costó mucho esfuerzo a Miles obtener acceso a las habitaciones de Albert. El personal que no estaba siendo pagado solía ser más amable con alguien que repartía un puñado de monedas.

Albert se sobresaltó cuando Miles entró en su salón. Miles había entrado deliberadamente con actitud desenfadada, quitándose el sombrero al pasar por la puerta.

“Longdon, puedo explicarlo,” dijo Albert, levantándose para enfrentar a su antiguo oficial.

“Lo dudo, pero te permitiré hacerlo. Sin duda podrás convencerme de por qué elegiste a mi hermana como un objetivo fácil para ese astuto sinvergüenza al que presentaste como un caballero,” dijo Miles con tono severo.

“Él es un caballero, pero sin fondos. Hizo lo que haría cualquier otro cazador de fortunas,” comenzó Albert, tratando de defender al Sr. Sage.

“Cada otro cazador de fortunas no utilizó su amistad conmigo para acercarse a mi hermana,” señaló Miles. “Tú le diste los medios para acercarse a Edith más de lo que normalmente se permitiría. Ahora, ¿por qué, después de haber servido juntos y haber pensado que nos respetábamos, harías algo así?”

Albert tuvo la decencia de sonrojarse un poco. “No lo habría hecho en circunstancias normales.”

“Pero lo hiciste esta vez.”

“He caído en tiempos difíciles. Sin guerra, sin trabajo, sin dinero. La limosna que recibo apenas mantendría a un perro fuera de las calles,” dijo Albert amargamente.

“Y mucho menos a un hombre con tus gustos caros,” escupió Miles, mirando alrededor del elegantemente amueblado salón.

“No. No todos nacemos en la riqueza. Charles dijo que buscaba casarse y se enamoró de tu hermana...”

“Oh, ¡ahórrame las mentiras! No me trates como un tonto, o realmente te mataré hoy,” prometió Miles.

Albert palideció ligeramente y tragó. “Lo siento. No pensé que él recurriría al secuestro y al matrimonio forzado. Eso nunca fue parte del plan. Hasta donde yo sabía, estaba decidido a conquistarla para casarse con ella. Ha viajado por toda Europa intentando hacer lo mismo. Ninguna joven puede resistirse a él inicialmente, pero nunca ha conseguido casarse con nadie.”

“Y decidiste que a través de mí y tu amistad, Edith sería un objetivo fácil. Cuando viste que Edith no estaba cautivada, ¿no pensaste en aconsejarle a tu amigo que se mantuviera alejado? ¿Dónde está él, por cierto?”

“Tomó el barco que había fletado para llevarse a sí mismo y a Lady Edith a Escocia. Tuvo que ser levantado a bordo, estaba en muy mal estado,” admitió Albert. La visión de Charles le había llenado de terror, aunque no era un cobarde. Sabía cuál sería el resultado. En realidad, había estado preparándose para irse, subestimando lo pronto que Miles lo buscaría. “Pero, sí, le advertí sobre seguir persiguiendo a Lady Edith.”

“Sin embargo, no escuchó. ¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué no te fuiste con él como le pedí que te dijera?”

“Estaba organizando mi partida. Solo tenía que planear a dónde iba. Me he separado de Sage, no estuve de acuerdo con lo que hizo y se lo dije,” balbuceó Albert, tratando de salvar su piel.

“Espero que lo hayas hecho. El hecho de que no estuvieras en el carruaje sugiere que dices la verdad, pero me temo que aún debes rendir cuentas por haberlo traído a nuestro entorno. Podrías haber enviado un mensaje a mi casa hoy, advirtiéndonos del peligro que enfrentaba Edith, pero elegiste no hacerlo. Me temo que no puedo dejar pasar que mi hermana haya sido llevada contra su voluntad y haya tenido que saltar de un carruaje en movimiento antes de ser perseguida y medio arrastrada por las calles de Londres. Podrías haberlo evitado. Pero no lo hiciste.”

Albert se tensó ante la expresión de Miles y, en un movimiento repentino, lanzó la mesa a su lado contra Miles en un intento de obstaculizar al joven mientras él intentaba escapar. Miles se agachó, esquivando la mesa, y se lanzó sobre un sofá para hacer que Albert y él cayeran al suelo.

Albert, pateando, luchó por escapar de Miles, pero, aunque estaba impulsado por el pánico, la motivación de Miles le daba el borde frío que necesitaba. Subiendo sobre Albert, el puño de Miles impactó en el estómago. Mientras Albert contraatacaba, Miles bloqueó los golpes mientras propinaba los suyos propios.

Cuando estuvo satisfecho de que Albert no olvidaría pronto las consecuencias de traicionar su confianza, Miles se levantó y se sacudió.

“Deberías haberte ido con Sage,” dijo fríamente, mirando la forma postrada. Albert observó a su agresor con cautela, medio esperando otra golpiza, pero Miles había hecho su punto. “Sugiero que te escondas en un agujero y no regreses pronto.”

“¿A dónde voy?” se quejó Albert. “No tengo dinero.”

“Sugiero que te vayas al extranjero. Estoy seguro de que hay oportunidades para escurridizos y poco confiables sinvergüenzas como tú,” dijo Miles con desdén. “Pero una cosa es segura, haré saber a todo el batallón qué truco has jugado a uno de los tuyos. Dudo que recibas una bienvenida de alguien en Londres en un futuro cercano.”

“¡Me has dejado prácticamente en la miseria!” gritó Albert.

Miles se inclinó hacia adelante, haciendo que Albert se estremeciera. “No. Tú y tu amigo hicieron eso cuando intentaron dañar a mi familia.” Miles se enderezó una vez más y buscó su sombrero.

“¡Es la mejor oferta que ella probablemente consiga, como la seca y amarga líder de simios que es!” dijo Albert, la ira lo volvió imprudente.

En un movimiento rápido, Miles golpeó a Albert en el estómago. Tras observarlo retorcerse de dolor durante un momento, colocó su sombrero en la cabeza y salió por la puerta sin mirar atrás.

Capítulo 15

Querida señorita S,

¿Alguna vez ha hecho algo que realmente deseaba hacer, aunque supiera que estaba mal? Por una vez, olvidé lo que debía hacer y ahora siento que me he comportado mal con una persona que me es querida. No puedo lamentar mis acciones ni siquiera por un breve momento. Me ofreció un vistazo a una vida que podría haber tenido si mis circunstancias fueran diferentes.

No me arrepiento. No deseo que sienta lástima por mí. Acepto las decisiones que he tomado como las correctas, pero recientemente he tenido motivo para imaginar un camino diferente y ha alterado mi equilibrio.

La vida ha sido movida recientemente, sorprendente para alguien que la evita lo mejor que puede. Pensé que era inmune a las personas, pero parece que no es así. Puedo luchar por lo que es correcto, algo que no creía posible.

Tengo que regresar a casa pronto y creo que es cuando nuestra correspondencia debería terminar. Necesito enfrentar mi futuro y usted necesita planear el suyo. Créame cuando le digo que sé sin duda que merece ser amada con todo el corazón por un hombre digno de usted. Ojalá pudiera ser esa persona.

Señorita S, usted es un deleite. No permita que nadie trate de convencerla de lo contrario.

Atentamente,

Señor S

Edith leyó y relejó la carta, con el ceño fruncido sin dejar su rostro. Finalmente, la colocó en su portafolios, que estaba empacado y listo para ser llevado al carruaje. Cuando la carta estuvo a salvo, se dirigió a la chimenea y se quedó mirando hacia abajo en ella.

Miles entró en el dormitorio de Edith y notó su postura fruncida. “¿Qué pasa, querida? ¿Tienes segundas intenciones?”

Un poco sorprendida, Edith le dedicó una sonrisa. “No, en absoluto, pero me gustaría hablar con Lord Pensby antes de irme. ¿Podrías acompañarme a sus aposentos, por favor?”

“¿Por qué quieres ver a Pensby?”

“Necesito verlo después de ayer. Quiero agradecerle adecuadamente y asegurarme de que esté bien,” improvisó Edith.

“Puedes enviarle una nota para eso. No es necesario ir a su casa y molestarlo,” respondió Miles.

“Miles, por favor. Llévame a él,” insistió Edith.

“No soy un tonto, Edith. He visto la forma en que miras a Ralph. Te he advertido antes, él no es el tipo de hombre que se casaría,” advirtió Miles.

“¡No se trata de casarme con él! Solo compláceme en esto, creo que necesita a sus amigos. Es un presentimiento, una intuición, una suposición educada...llámalo como quieras, pero necesito que vayas a donde se está quedando, incluso si no me llevas, y verifiques que esté bien,” insistió Edith.

Miles soltó un largo suspiro de resignación. “Está bien. Quédate aquí. Será más fácil para él confesarme si hay algo mal, lo cual, por supuesto, no es así.”

Edith tuvo que contentarse con la decisión de su hermano, pero estaría en vilo hasta que

Miles regresara.

*

Miles se acercó a la puerta principal de Ralph y, al instante, reconoció el motivo para las inquietudes de Edith, pues el aldabón había sido removido de la puerta. Su amigo no había mencionado que dejaba Londres, lo cual siempre hacía.

Miles golpeó la puerta por si algún miembro del personal se había quedado atrás. Justo cuando estaba a punto de irse, un joven sirviente abrió la puerta con cautela.

“¿Cuándo se fue Lord Pensby?” demandó Miles, sin ser descortés.

“Esta mañana, mi lord.”

“¿Cuándo regresa?”

“Depende de cómo se encuentre Lady Pensby,” respondió el sirviente.

“¿Lady Pensby? ¿Está enferma?” Miles trató de ocultar el hecho de que no sabía nada sobre la madre de Ralph, mucho menos que sufría de una enfermedad.

“Sí, aunque el señor Jackson dice que el nuevo tratamiento parece estar funcionando. Lo cual es una buena noticia.”

“En efecto,” respondió Miles. “Tengo asuntos que tratar con Lord Pensby, pero nada urgente. Lo veré cuando regrese. Aquí tiene mi tarjeta.” Tras entregar la tarjeta elegantemente impresa, Miles retrocedió a la acera.

Mientras regresaba por Curzon Street, reflexionó sobre todo lo que Ralph le había contado alguna vez sobre su familia. Tenía muy poca información, lo cual de repente le hizo sentir vergüenza.

Al entrar en el vestíbulo de su propia casa, se dirigió directamente al salón cuando le dijeron que su hermana lo estaba esperando allí. En cuanto entró, Edith se levantó para recibirlo.

“¿Qué noticias tienes? Tu ceño fruncido sugiere que no vas a dar buenas nuevas,” dijo Edith.

“Él está bien, hasta donde sé,” dijo Miles rápidamente. “Pero me he dado cuenta de lo poco que realmente sé sobre Pensby.”

“¿Por qué? ¿Qué ha pasado?” preguntó Edith.

Miles relató la información que había obtenido. “No sabía que su madre estaba enferma. Sabía que estaba viva, y sospechaba que podría tener alguna condición que le impedía viajar a Londres, pero él casi nunca habló de ella. No tengo idea de qué le aqueja, pero si es la razón por la que Ralph siempre sale de Londres, debe ser algo serio.”

“Él ha ido a casa,” reflexionó Edith. Pensó unos momentos y luego se volvió hacia su hermano. “Tenemos que ir a verlo.”

“¿Qué? ¡No! No apreciaría nuestra intromisión,” dijo Miles rápidamente.

“¿Quién está ahí para apoyar a Lord Pensby? ¿Tiene alguna otra familia? ¿Amigos cercanos? ¿Alguien a quien pueda recurrir para obtener apoyo?” preguntó Edith.

“No que yo sepa,” admitió Miles. “Soy su amigo más cercano, hasta donde sé.”

“Cuando nosotros necesitábamos buenos amigos ayer, él ayudó sin cuestionar ni dudar. De hecho, hizo más de lo que la mayoría de los amigos estaría dispuesto a hacer,” señaló Edith.

“Sí. Lo hizo.”

“Ahora, es nuestro turno,” dijo Edith. “Te tengo a ti, y ese pensamiento me ha ayudado a superar los peores días de los últimos años. Aunque no estuvieras allí en persona, podía escribirte y obtener apoyo de tus cartas. No habría sabido a quién acudir o cómo buscar ayuda si no hubieras estado allí.”

“Lo hiciste maravillosamente bien,” concedió Miles.

“Gracias. Pero si Lord Pensby no tiene a nadie que lo apoye, ¿a quién recurrirá en tiempos de verdadera desesperación?” preguntó Edith.

“Los hombres son diferentes,” respondió Miles. “No pedimos ayuda, ni la necesitamos. Simplemente enfrentamos lo que hay que enfrentar.”

“¡Eso es lo más absurdo que creo que he escuchado de ti!” reprendió Edith. “Todos necesitan ayuda a veces. No importa si uno es hombre o mujer. Sin apoyo, todos podemos flaquear.”

Miles se sonrojó ligeramente con las palabras de Edith. “Está bien, acepto lo que dices. Pero no hay nada que podamos hacer si Ralph no pide ayuda.”

“Oh, ¿no?” preguntó Edith, con un brillo en los ojos.

“Edith, no voy a seguir con más de tus tontas ideas, ¡así que olvida lo que estás a punto de decir!” respondió rápidamente Miles.

“Está bien, pero si crees que voy a abandonar al hombre que se lanzó a protegerme sin dudar, o pensar en su propio bienestar, ¡no me conoces tan bien!”

“¡Eres cabezota, alguien te lo ha dicho alguna vez?”

Edith sonrió dulcemente. “No es de extrañar que mi lenguaje sea tan terrible contigo como ejemplo.”

“¿Qué crees que deberíamos hacer?” preguntó Miles, resignado.

“Madre no estará contenta, pero creo que deberías acompañarme y, aunque iremos a casa, pararemos en la casa de Pensby en el camino,” dijo Edith, complacida de que Miles finalmente estuviera persuadido para seguir su plan.

“¿Y el hecho de que Barrowfoot y Lymewood están en direcciones opuestas?” preguntó Miles, levantando las cejas hacia su hermana.

“Un detalle menor,” Edith desestimó su punto. “Si él tiene preocupaciones en mente, como la salud de su madre, un pequeño detalle como que vamos en la dirección equivocada no será notado.”

“No llegas a ser un jugador exitoso como Pensby sin notar cada pequeño detalle, te lo aseguro.”

“Mmm. Buen punto. Tendremos que inventar un pariente al que vamos a ver. ¡Para hacerme compañía! Perfecto. Siempre hay que esconder una mentira en una verdad,” dijo Edith, complacida con ella misma.

“Realmente me preocupas a veces, Edith. Realmente lo haces,” dijo Miles sacudiendo la cabeza.

“Todo por lo que necesitas preocuparte es por convencer a Madre de que puede prescindir de ti por unos días,” dijo Edith con una risa. “No te envidio esa conversación, pero como ella no está hablando conmigo, no puedo ofrecerme para tenerla en tu lugar. Siempre encuentras una manera de convencerla, así que estoy segura de que estarás a la altura.”

“¿Y a quién sugiero que se quede con ella? Porque no se quedará aquí sola,” señaló Miles.

“No. He pensado en eso. Si ella invita a Miss Robinson y a Miss Webster a quedarse una semana más o menos, tendrá a dos damas perfectas para consolarla sobre lo mal que está. Todas podrán coincidir en que tiene dos hijos ingratos que la descuidan terriblemente. Ella estará encantada,” respondió Edith, habiendo pensado en todo el plan.

“Estoy seguro de que no somos parientes,” dijo Miles sacudiendo la cabeza y poniéndose de pie. “Nunca podría ser tan astuto como parece ser.”

“Es una cuestión de necesidades, querido hermano. Al final, todo es por una causa

digna,” dijo Edith angelicalmente.

“¿Y cuál es la causa?”

“Ayudar a un amigo en necesidad,” dijo Edith, mientras Miles salía de la habitación. “Y asegurarme al único hombre con el que podría casarme, que me ha estado escribiendo,” susurró mientras se cerraba la puerta.

Capítulo 16

Edith miró por la ventana del carruaje mientras se acercaban al pueblo de Sandiford. Había sido sorprendentemente fácil persuadir a Lady Longdon de que estaría mejor en compañía de sus amigas durante unas semanas que con sus hijos. Las amigas aceptarían cualquier opinión que su señoría expresara. Además, el alojamiento y la comida serían de una calidad mucho más alta que la que estaban acostumbradas a tener en casa, lo que también era una situación perfecta para ellas.

Miles había partido un poco perturbado al darse cuenta de lo fácilmente que podía ser reemplazado en el afecto de su madre. Edith lo había estado burlando, sugiriendo que su sentido de la importancia personal había sobreestimado los sentimientos maternos de su madre.

Ahora, al caer la tarde, estaban entrando en el pueblo, que estaba a solo una milla aproximadamente de Lymewood, la residencia de la familia Pensby.

El Red Lion era la mejor posada del pueblo y el posadero estaba encantado de tener dos de las mejores habitaciones alquiladas por miembros de la nobleza. Al estar tan cerca de Londres, muchas personas continuaban su viaje antes de hacer una parada, por lo que los visitantes nocturnos no eran tan comunes como al posadero y su esposa les gustaría.

Una vez acomodados y refrescados, Edith dejó a su doncella en su habitación y se unió a Miles en un salón privado. Se sentaron a una comida reconfortante de estofado de carne, filetes de cordero y pastel de venado.

“Debería ir a ver a Ralph solo en primera instancia,” dijo Miles, una vez que habían hecho grandes avances en la comida abundante.

“Oh no. Él te hará creer fácilmente que todo está en orden,” dijo Edith. “Se requerirá la astucia de una mujer para que nos deje entrar.”

Miles soltó una carcajada. “Tú, querida, eres tan sutil como la cintura del Príncipe Regente.”

“¡Miles! Eso es algo terrible de decir,” dijo Edith entre risas. “No soy tan descarada como pareces decir. Y te aseguro que necesitarás que esté allí.”

“¿Y si insisto en ir solo?”

“Solo daré un paseo y si me encuentro en el parque de Lymewood, quién puede decir si me pierdo...”

“No sé por qué me tomo la molestia de discutir. Es más fácil simplemente aceptar desde el principio,” suspiró Miles.

Edith sonrió. “Eres un hermano muy bueno.”

“Soy un blando.”

*

Edith no se sentía tan segura como había sonado la noche anterior, mientras avanzaban por el camino hacia Lymewood. Miraba por la ventana y mordía su labio mientras anticipaba la reacción que podría causar su llegada.

Al bajar del carruaje, pudo admirar el edificio jacobeano de ladrillo rojo que era la residencia de los Pensby. Tenía diez ventanas a cada lado de un gran pórtico, que claramente era una adición más reciente. La casa era un contraste con la propia de Edith, que era una residencia recientemente renovada en el estilo palladiano.

El mayordomo atendió la puerta y, después de que Miles explicara su visita y de dónde habían viajado, el sirviente los llevó a una antesala fuera del vestíbulo.

“La señora Pensby no está recibiendo visitas”, les explicó el mayordomo. “Tampoco el señor Pensby en este momento, pero como han viajado tan lejos, llevaré su tarjeta a él”.

“Esto es una mala idea”, siseó Miles a su hermana cuando quedaron solos.

“Lo sé”, coincidió Edith.

“Santo Dios”, murmuró Miles antes de empezar a pasear por el espacio de la habitación, con sus botas pareciendo hacer un ruido desmesurado en la casa silenciosa.

Ambos miraron expectantes cuando oyeron pasos bajando las escaleras, pero fue el mayordomo quien reapareció, no Ralph.

“El señor Pensby ha pedido que los lleve al salón. Estará con ustedes en unos momentos. He ordenado que les traigan té”, dijo el mayordomo, girando para guiarlos escaleras arriba hasta la sala del primer piso.

Cuando los acomodaron en el magnífico y amplio espacio luminoso, Edith sonrió a su hermano. “Hemos pasado la puerta, eso es un buen comienzo”, dijo, con un poco más de confianza. “Podría habernos negado la entrada”.

“Aún hay tiempo para que nos eche”, respondió Miles oscuramente.

Pasaron unos diez minutos antes de que Ralph apareciera en la puerta. Parecía cansado y una de sus manos estaba envuelta en un vendaje.

“Longdon, Lady Edith. ¿Qué hacen aquí?” preguntó bruscamente; no había bienvenida en sus ojos.

Miles miró a Edith expectante y con una expresión sombría de “te lo dije”.

Edith tragó saliva. Esto no era como había imaginado su recepción. Al notar el vendaje en la mano de Ralph y la forma en que evitaba usarla al entrar en la habitación, su vacilación solo duró un segundo.

“Oh, ¡su mano! Sabía que estaría herido por la pelea, ¡lo sabía! Tenía que verlo por mí misma”, dijo cruzando hacia Ralph. “¿Vino a caballo o en su carruaje?”

“Vine a caballo”, respondió Ralph, un poco atónito por su reacción a su fría recepción.

“¡Hombre tonto, tonto! ¿Por qué pondría su mano bajo tanto esfuerzo? Si hubiera viajado en carruaje, podría haberla descansado. ¿Las heridas no están sanando?”

Ralph miró a Miles, como buscando su ayuda, pero Miles sabiamente solo se encogió de hombros y dejó a Ralph a merced de su hermana.

“No lo creo”, dijo Ralph, tratando de esconder su mano de Edith, pero su movimiento hizo que ella extendiera la mano y la agarrara.

“Debo ver sus heridas. Deben ser lavadas y limpiadas adecuadamente. No puede arriesgarse a una infección”.

“Estará bien”, murmuró Ralph.

“¡Eso lo decidiré yo!” dijo Edith con aspereza. “Por favor, déjeme llamar al timbre. Necesito algunos elementos si voy a atenderlo”.

“Preferiría que no lo hiciera”, dijo Ralph ásperamente.

Edith se detuvo. Mirar a los ojos de Ralph era como mirar dos profundos pozos de chocolate. Estaba tratando de esconderse de ella, lo sabía, pero no podía esconderse lo suficiente. “Por favor”, dijo en voz baja.

Ralph asintió, cerrando los ojos por un breve momento. No la quería allí. No quería estar cerca de ella porque cuando lo estaba, la anhelaba y eso no le hacía bien a ninguno de los dos. Sin embargo, parecía que no podía negarle nada.

Edith esperó cerca de la chimenea hasta que el mayordomo entró. “¿Podría traerme un tazón de agua tibia, paños y un vendaje nuevo para su señoría? También necesitaré un poco de brandy y miel”, ordenó.

Si el mayordomo se sorprendió al recibir tales órdenes de uno de los extraños, a quienes su amo había maldecido cuando le dijeron de su presencia, no lo demostró. En cambio, hizo una ligera reverencia y dejó la habitación.

“Sabía que era la decisión correcta venir aquí”, dijo Edith, ignorando el resoplido de su hermano. “¡Habría descuidado la herida y probablemente habría muerto de una infección! No es valiente no atenderse, ¿sabe?”

“¿Siempre es tan condenadamente molesta?” preguntó Ralph a Miles.

“En realidad está empeorando”, admitió Miles.

“Bribones”, respondió Edith, sin ofenderse lo más mínimo por los insultos.

Tan pronto como el mayordomo regresó con una bandeja llena de los elementos solicitados, Edith se puso a trabajar. Desenrollando el vendaje, hizo una mueca al ver los cortes que se veían rojos e hinchados.

“Si se siente mareada...” comenzó a decir Ralph al ver su reacción.

“Crecí con tres hermanos, no soy en lo más mínimo propensa a las náuseas. He visto mucha sangre a lo largo de los años. Charles, en particular, era propenso a caerse de los árboles. Por qué el estúpido niño continuaba trepándolos, Dios sabe por qué”, explicó Edith con firmeza. “Solo soy consciente de que estas heridas se produjeron por mis acciones. Es casi como si se las hubiera infligido yo misma”.

“Mi puño habría tenido un objetivo más suave si fuera lo suficientemente villano como para golpearla”, respondió Ralph.

“¿Es esa su forma de decirme que estoy gorda, Lord Pensby? Eso es muy poco caballeroso de su parte”.

“N...no, yo...” tartamudeó Ralph, pero se detuvo al ver el brillo de diversión en los ojos de Edith. “Furiosa”, susurró.

Edith lo sorprendió con un gemido cuando, sin previo aviso, vertió una generosa cantidad de brandy sobre su herida abierta.

“Qué desperdicio de buen brandy”, murmuró Miles desde el otro lado de la habitación.

“¡Diablos!” dijo Ralph, apretando los dientes mientras el alcohol le ardía en las heridas.

“Sea valiente”, dijo Edith con una risa en su voz. “La siguiente etapa será mejor”. Puso paños alrededor del área hasta que el brandy se secó y luego cubrió las heridas con miel.

“¿Qué está haciendo ahora?” preguntó Ralph.

“Papá siempre decía que la miel proporcionaba una barrera que evitaba la infección. No tengo idea de dónde sacó esa idea, pero parecía funcionar con mis hermanos mientras crecían. Es una pena que no pudiera ayudarlos al final”, explicó Edith.

“El inconveniente es que huele como el perfume barato de una ramera”, interrumpió Miles con una carcajada.

“¡Por el amor de Dios, Longdon! ¡Tu hermana está en la habitación!” exclamó Ralph.

“También estoy acostumbrada al lenguaje vulgar”, dijo Edith. “Y he sido conocida por usarlo de vez en cuando. Me temo que no soy una damisela tímida, lo cual es parte de la razón por la que nunca he sido un éxito en ninguna temporada. Incluso cuando salí de la escuela. Soy un caso perdido”.

Ralph parecía dispuesto a hablar, pero en lugar de eso, sus labios se tensaron en una línea severa. No dijo nada más, hasta que Edith reemplazó su vendaje con uno limpio y se sentó

satisfecha con su trabajo.

“¡Ahí! Eso está mejor”, dijo con una sonrisa.

“Gracias, pero realmente no era necesario”, dijo Ralph ásperamente.

“Debió haber parado en gracias”, reprendió Edith. “No hay nada agradable en recibir una aceptación educada de un servicio, para luego terminar con un comentario despectivo”.

Ralph miró a Miles mientras se levantaba para alejarse de Edith, pero su amigo solo se encogió de hombros y se rió.

“No me mires a mí. Aún estaría en Londres si tuviera alguna autoridad sobre ella”, admitió Miles.

Edith sirvió tranquilamente té para Ralph y le entregó la taza que él aceptó en silencio. Una vez que la taza estuvo vacía, él habló. “Gracias por venir, su consideración es apreciada. Me temo que no estoy en posición de ofrecer más hospitalidad”.

“Está bien”, dijo Miles, levantándose. “Edith va a Barrowfoot. Esta fue una corta desviación”.

“De unos pocos días”, interrumpió Edith. “Nos quedaremos en el pueblo, en el Red Lion, y espero que me permita revisar su mano en un día o dos. Odiaría irme pensando que todo estaba bien y luego descubrir que se ha infectado después de todo. Me sentiría más tranquila si hubiera cuidado las heridas desde el principio. Al descuidarlas, solo ha aumentado mi preocupación”.

“¡Edith!” dijo Miles exasperado.

“No necesito entretenimiento, ni que me sostengan la mano, así que puedes explorar el campo a tu antojo, hermano. Yo leeré en nuestras habitaciones”, dijo Edith con primor.

“Y si crees eso, eres un tonto más grande que yo”, le dijo Ralph a su amigo. “La visitaré mañana, Lady Edith. Es mejor de esa manera”.

“Como desee”, dijo Edith con aire regio, poniéndose de pie antes de hacer una reverencia a Ralph.

El hermano y la hermana fueron llevados afuera, dejando a Ralph de pie en el medio de la habitación. Frotándose la cara con la mano no herida, dejó escapar un suspiro de frustración confusa.

“¿Qué demonios está tratando de hacerme?” preguntó a la habitación en general, antes de volverse hacia lo que quedaba del brandy y tragarlo de un trago directamente del decantador.

Capítulo 17

Lady Pensby estaba sentada en el asiento de la ventana en su sala de estar cuando Ralph entró en la habitación. Sonriendo, él se acercó y besó la mejilla de su madre.

“¿Cómo estás?” preguntó, su pregunta habitual al verla por primera vez.

“Me siento excelente. Hoy voy a aventurarme a bajar las escaleras,” respondió ella.

“¿Crees que es prudente?”

“No lo habría dicho si no lo creyera,” Lady Pensby le sonrió a su hijo. “Me tratas como si tuviera algún tipo de deseo de muerte, y no es así.”

Ralph se sentó junto a su madre. “Lo sé. Pero me preocupo. Eres muy valiosa para mí.”

“Como tú lo eres para mí, mi amor. Pero no puedes mantenerme protegida para siempre. Esa no es la vida que deseo tener, y tú tampoco la desearías,” dijo ella con suavidad.

“No.”

“He oído que han venido visitantes a la casa,” dijo Lady Pensby con una expresión arqueada.

“Malditos sirvientes chismosos,” murmuró Ralph, ante lo cual su madre se rió.

“Sí. Gracias a Dios por ellos, o mis días serían muy tediosos,” Lady Pensby defendió a su leal personal. “Entonces, ¿quiénes eran? ¿Y por qué no enviaste un mensaje para que fuera a conocerlos? Tenemos tan pocos visitantes en estos días, es cruel mantener alejados a los que tenemos de mí.”

“Estás demasiado enferma para agotarte con visitas,” dijo Ralph.

El rostro de Lady Pensby se oscureció. “¡No te atrevas a tratar de decirme que hacer!” dijo bruscamente.

“Por favor, no te alteres,” dijo Ralph rápidamente.

“No actúes como un tirano y no lo haré,” respondió Lady Pensby. “Ahora, quiero saber todos los detalles.”

“¡Estoy rodeado de mujeres mandonas!” gruñó Ralph, antes de explicar quiénes eran Miles y Edith.

“Finalmente, escucho la verdadera razón por la que tu mano estaba vendada. Decir que fue atrapada en una puerta fue una pobre mentira por la que debería reprenderte. Suenan como buenos amigos,” dijo Lady Pensby después de escuchar sobre la larga amistad. “Me alegra que hayas defendido a Lady Edith. Qué canalla parece ser este señor Sage.”

“Del peor tipo,” dijo Ralph, apretando los dientes al pensar en lo cerca que había estado Edith de la ruina.

“Me gustaría conocerlos. He conocido a tan pocas personas con las que te has relacionado a lo largo de los años.”

“Eso es porque tengo pocos conocidos y aún menos personas a las que consideraría amigos,” dijo Ralph con una sonrisa.

“Una razón aún mejor para conocer a estos dos amigos entonces,” insistió Lady Pensby.

“No volverán a visitarnos. He dejado claro que no estamos recibiendo visitas. Pronto irán a su propia casa, esta fue una corta desviación.”

“¿Se van mañana?”

“No. En un día o dos, creo. Les he dicho que los visitaré antes de que se vayan.”

“Envíales mis saludos, ¿no?”

“Por supuesto. Ahora descansa. Pasaré más tarde a ver cómo estás,” dijo Ralph, levantándose y besando la mano de su madre.

“Sí. Sin duda descansaré,” dijo Lady Pensby. Observando a su hijo salir de la habitación, se levantó y caminó hacia su escritorio. Sentándose, sacó un trozo de papel y mojó su pluma en la tinta. Mirando hacia la puerta, comenzó a escribir, con una sonrisa jugando en sus labios.

*

"Creo que es un error quedarnos aquí," dijo Miles mientras se ponía los guantes. "Pero si estás decidida a actuar como una lunática enamorada, ¿quién soy yo para detenerte?"

"A veces puedes ser un fastidio," replicó Edith. "No estoy actuando de ninguna manera."

"Seré yo quien tenga que enjugar tus lágrimas, querida hermana, cuando todo termine en desastre," señaló Miles, no sin razón. "Porque no lo asegurarás."

"¡Bah! No sabes nada," dijo Edith con desdén. "Ahora ve a tu paseo con Lord Pensby. Ambos pueden hablar de cómo ninguno de los dos desea casarse porque son tan felices sin estar atados a las mujeres que aman y que los aman a ustedes. Algún día podrían convencerse mutuamente de que dicen la verdad, pero lo dudo."

Miles se mostró un poco aturdido por las palabras de Edith, pero no respondió. Sus palabras habían tocado demasiado cerca para su comodidad, como para una de sus habituales respuestas frívolas. En su lugar, inclinó ligeramente la cabeza. "Te veré en una o dos horas," dijo con rigidez, antes de salir de la habitación.

Edith sacudió la cabeza al ver a su hermano alejarse. "Al menos tengo esperanza para Lord Pensby. Tú, querido hermano, necesitas una patada de caballo para que te encamine en la dirección correcta. Tonto. Ella sería perfecta para ti, pero no se le permitirá permanecer soltera para siempre."

Tomando su libro, se sentó en la silla más cercana al fuego. Podría haber insistido en acompañar a su hermano y a Ralph en su paseo a caballo, pero por una vez, pensó que sería perjudicial para su causa. Estaba segura de que él regresaría después, así que al menos tendría un poco de tiempo compartido, tendría que contentarse con eso.

Después de solo diez minutos de lectura ininterrumpida, fue interrumpida por un golpe en la puerta. Una sirvienta trajo una nota y esperó una respuesta.

Al abrir la carta, Edith no pudo evitar la sonrisa que se extendía por su rostro.

Querida Lady Edith,

Mi hijo no nos presentó ayer, por lo cual ha recibido una reprimenda materna. Sé que es sobreprotector, ya que tengo la desafortunada maldición de estar en mala salud, pero no soy tan inválida como mi hijo pretende que soy. Lo hace con las mejores intenciones, así que lo perdono, casi siempre.

He oído que pronto dejarán el área y espero que puedan visitarme esta tarde, para compartir un poco de té y pasteles y un poco de chismes. Anhele compañía femenina, que pueda contarme las últimas novedades de la temporada. No es lo mismo leer todo en los periódicos. Tenemos tan pocas personas que pasan por aquí, apreciaría incluso un poco de su tiempo si pueden dedicarlo.

Los esperaré a las dos en punto, si no tienen otros compromisos. Solo necesito un simple mensaje diciendo que aceptan mi invitación.

Por favor, vengan.

Atentamente,

Lady Pensby.

Edith levantó la vista. "Por favor, envíe un mensaje diciendo que asistiré y prepare mi carruaje para salir a la una y media."

Ralph la mataría si lo supiera. Lo sabía sin lugar a duda, pero ¿cómo podría rechazar tal petición? Prometiéndose a sí misma que solo se quedaría quince minutos, dejó su libro a un lado para prepararse para su visita inesperada.

*

Edith fue conducida al salón de Lady Pensby. El salón no era tan grandioso como el salón principal, pero era un espacio acogedor y decorado con buen gusto. Lady Pensby se levantó para recibir a Edith a su llegada.

"Hola, querida. Me alegra mucho que haya decidido acompañarme," dijo en bienvenida.

"Oh, ¿es usted tan parecida a su hijo!" exclamó Edith. "Perdóneme, no debería ser tan impertinente," dijo sonrojándose.

Lady Pensby se rió. "No puedo ofenderme por algo que es claramente cierto." Era tan morena como su hijo, pero sus ojos brillaban con diversión. Su piel era pálida, pero sus ojos y su sonrisa eran cálidos. "Venga, siéntese conmigo. Quiero saber todo sobre usted."

Edith se sintió un poco intimidada por el comentario. No tenía idea de qué, si es que había algo, le había contado Ralph a su madre, por lo que se sentó con sentimientos de aprensión. Su anfitriona parecía percibir su vacilación y cambió de tema.

"Le prometo que no mencionaré una palabra de lo que compartamos," prometió Lady Pensby. "Pero espero que pueda darme una idea de cómo pasa mi hijo su tiempo en Londres."

"No puedo decirle mucho, me temo, él no pasa mucho tiempo en la sociedad," admitió Edith. No podía decir mentiras descaradas. "Pero puedo confirmar que es un buen compañero de baile y le debo una gran deuda."

"Ah. Sí. Espero que no le importe que Ralph haya hablado de la aventura. No pudo evitarlo cuando vi que estaba herido. Sin embargo, no la culpó en ningún momento. ¡Qué completo libertino tuvo la mala fortuna de encontrar!"

Edith se sonrojó de vergüenza. "Me enorgullezco de ser una buena juez de carácter, pero no fui mejor que una joven inexperta cuando subí al carruaje con él. Eso me hace mirar el dosel de mi cama cada noche, maldiciéndome."

"¿Pero es su primera temporada, querida! ¿Cómo podría estar completamente al tanto, como dice siempre Ralph? Creo que incluso su hermano fue engañado, y presumo que no es un joven inexperto. ¿Cómo puede condenarse cuando un hombre de armas endurecido fue engañado?" preguntó Lady Pensby.

Edith sonrió ante el término que había usado Lady Pensby. Su madre se habría horrorizado al oírlo en los labios de una dama de rango. "No me importa aprender una lección dura, pero desearía que Lord Pensby y mi hermano no hubieran tenido que preocuparse tanto."

"Pensaría menos de ellos si no hubieran hecho nada ante un hombre que intenta aprovecharse de una joven, especialmente una tan bonita como usted."

"En cuanto a mi hermano, desde luego, pero no Lord Pensby. No debería haber sido arrastrado a la situación," dijo Edith.

"Creo que mi hijo no lo hubiera querido de otra manera. Y no solo porque sea un caballero," dijo Lady Pensby suavemente.

Edith miró cautelosamente a su anfitriona, pero su mirada fue correspondida con una sonrisa.

"¿Podemos ser honestas la una con la otra, querida?" preguntó Lady Pensby, tomando una de las manos de Edith y apretándola suavemente entre ambas manos más frágiles.

“S-sí,” tartamudeó Edith.

“Sé que Ralph se oculta de la sociedad y me entristece que mi enfermedad le impida hacer amigos y disfrutar de coqueteos. Su vida ha sido demasiado seria para mi gusto. El deber y la responsabilidad deberían llegar más tarde en la vida, no cuando uno es joven, como lo era Ralph cuando heredó el título,” explicó Lady Pensby.

“Estoy segura de que no le amarga ni un solo momento,” dijo Edith rápidamente.

“Es un mérito para él que no lo haga,” dijo Lady Pensby. “Eso no quiere decir que no maldiga cada vez que lo envían a buscar por mi culpa. Prometo permanecer en silencio para que él pueda disfrutar de su vida. Constantemente estoy persuadiéndolo para que se vaya a Londres, para que se olvide de mí y de la vida en casa por un tiempo. Para que simplemente sea un joven.”

“Es una mala situación para ambos. Igualmente, desgarradora en sus esfuerzos por intentar hacer lo mejor el uno por el otro,” dijo Edith, entendiendo mejor la vida de Ralph.

“Sí. Espero verla mucho mientras esté en la zona. No tengo muchas visitas y espero que venga todos los días,” dijo Lady Pensby.

“Veremos,” dijo Edith con duda. “Ahora es el momento de que me despida. No quiero agobiarla, o me ganará la reprimenda que seguramente vendría hacia mí.”

“¡Está empezando a tratarme como lo hace mi hijo!”

“Y con razón si se deja agotar,” respondió Edith, levantándose. “Ha sido un placer conocerla y espero que mi visita no la haya cansado demasiado.”

“En absoluto. Me ha hecho sentir mejor de lo que he estado en mucho tiempo,” dijo Lady Pensby honestamente, pero no intentó detener a Edith. Cuando su visitante se hubo ido, reposó la cabeza en el respaldo del sofá. “Oh, Ralph, has elegido a alguien que es perfecta para ti. Eres un chico muy astuto.”

Capítulo 18

Edith no se sorprendió al recibir otra carta a la mañana siguiente. Desafortunadamente, Miles estaba en el salón cuando fue entregada. No había manera de que Edith lograra convencerlo de que era de alguien de Londres, especialmente cuando la sirvienta dijo que la carta provenía de la casa grande.

Sonrojada, Edith levantó las manos en un gesto defensivo. “¡No me condenes! Por una vez, esto no es culpa mía.”

“Espero con ansiedad una explicación,” respondió Miles con seriedad.

“Ayer recibí una nota de Lady Pensby, invitándome a tomar el té con ella,” explicó Edith. “No había intentado contactar con ella, de hecho, me sorprendió recibirla.”

“¿Pero decidiste no mencionarlo, ni antes ni después de ir?” preguntó Miles.

“Bueno, no,” admitió Edith. “Pensé que lo mejor era ir a verla personalmente como ella lo había solicitado.”

“Pensby no habría estado de acuerdo, si hubiera sabido algo al respecto.”

“No. Pero, Miles, ¿es una mujer encantadora y tan solitaria!” dijo Edith rápidamente. “Dice que no ve a nadie y depende del personal para que le den las últimas noticias.”

Miles pasó sus manos por el cabello. “Edith, estás jugando con fuego,” dijo con dureza. “Ayer, Pensby habló un poco sobre su madre y sus preocupaciones. Ella puede estar muy enferma y los espasmos que sufre aparecen de repente. ¿Cómo te sentirías si le diera uno mientras está allí? ¿Cómo se sentiría Pensby? Porque está convencido de que el esfuerzo provoca estos espasmos. No tengo dudas de que te echaría la culpa si algo le ocurriera a su madre mientras tú estuvieras en su presencia.”

Las palabras de Miles no hicieron nada para aliviar la culpa que sentía Edith por engañar a Ralph. Estaba dividida, pues realmente le agradaba Lady Pensby y sentía pena por su situación. También alimentaba un poco de su propia vanidad, complacida de que la madre del hombre que amaba pareciera gustarle.

“Creo que es hora de que dejemos este lugar,” dijo Miles. “Regresamos a casa mañana. Diría hoy, pero no quiero hacer que Ralph sospeche lo que has estado haciendo,” añadió Miles. “Te pediría que no visites a Lady Pensby, pues creo que sería un error por muchas razones.”

“Sí. Creo que es lo correcto irnos de aquí,” reconoció Edith. “Enviaré una carta de disculpas a Lady Pensby.”

“Bien,” respondió Miles.

Edith se sentó inmediatamente en el pequeño escritorio de la habitación y escribió una nota breve. Llamando a la sirvienta, pidió que se enviara a Lady Pensby.

“Ahí está. Por una vez, he sido sensata,” dijo con una sonrisa a su hermano.

“¿Vienes con nosotros a dar un paseo?” preguntó Miles.

“No. Creo que daré un paseo, pero no me alejaré mucho de la posada. Llevaré a mi sirvienta, no te preocupes,” dijo Edith con naturalidad.

“¿Nada de travesuras?”

“No. No esta vez,” respondió Edith con una sonrisa.

“Supongo que tendré que conformarme con eso,” dijo Miles.

Al regresar a la posada después de un relajante paseo por los alrededores del pueblo, Edith se sorprendió al ver el carruaje de los Pensby en el patio de la posada. Apresurándose a entrar, fue recibida por el posadero quien le informó que Lady Pensby la estaba esperando en su salón privado.

“¡Dios mío!” exclamó Edith. “¿Qué estará pensando?”

Sin esperar una respuesta del posadero, se apresuró a la habitación. Sentada con realce en una de las sillas cerca del fuego estaba Lady Pensby, luciendo elegante pero muy frágil.

“¡Mi señora! ¡No debió haber viajado aquí! ¿Qué dirá su hijo?” Edith estaba lo suficientemente preocupada como para hablar abiertamente.

Lady Pensby sonrió. “Pero usted no quiso venir a verme, querida. Y yo deseaba tanto verla.”

“Oh, querida Lady Pensby, debió haber enviado una nota adicional. Por favor, no se quede aquí. ¿Qué pasaría si se enferma? Nunca me perdonaría,” dijo Edith, retorciéndose las manos. Sentía un verdadero temor de que el viaje resultara demasiado para la mujer enferma.

“He estado tan bien recientemente, estoy segura de que estaré bien, pero solo permítame terminar mi té y luego me iré. No quiero causarle ninguna angustia. Siéntese, querida, y deje de preocuparse. ¡Es usted tan preocupada como Ralph!” dijo Lady Pensby.

“Puedo entender por qué él se preocupa,” admitió Edith, con el corazón aún acelerado por el miedo. Se sentó en el borde de la silla, lista para levantarse si fuera necesario. No tenía idea de lo que podría hacer si su invitada se enferma. La idea la aterrorizaba.

“Él no puede protegerme todo el tiempo.”

“No. Pero cuando uno tiene una familia pequeña y ha perdido a tantos otros miembros, los pocos que quedan se vuelven aún más preciados,” explicó Edith. “Mi hermano, especialmente, es tan valioso para mí, ya que he perdido a mi padre y dos hermanos.”

“Lo entiendo, pero esa es una de las razones por las que animo a Ralph a pasar tiempo en compañía. Deseo ver a mi hijo casado, para que su familia crezca,” replicó Lady Pensby.

Una fugaz imagen de niños de ojos marrones fue apartada por Edith; no podía anhelar algo que no era posible. “Estoy segura de que se casará cuando quiera. Mi hermano dice que se considera demasiado joven para casarse, quizás Lord Pensby siente lo mismo.”

“No. Hay otros pensamientos que agitan a Ralph. Conozco a mi hijo y sé que está en contra del matrimonio por una razón tonta que ha decidido que no puede superar. Esperaba poder reclutarla para ayudarme a cambiar su opinión.”

“No estoy segura de lo que podría hacer, su hijo es un hombre. Sé cuál sería la opinión de mi propio hermano si supiera que estoy intentando animarlo a que elija una esposa. Además de eso, me temo que me voy mañana, así que realmente no puedo ser de mucha ayuda práctica,” dijo Edith.

“Es una verdadera pena. Esperaba disfrutar de su compañía durante los días siguientes,” Lady Pensby se mostró desalentada.

“Lamentablemente, no se puede evitar,” dijo Edith. Era la decisión correcta. De alguna manera, estar con Lady Pensby le había mostrado que estaba persiguiendo un sueño inalcanzable. Ralph no quería comprometerse con ella, y cuanto antes aceptara eso, mejor.

Lady Pensby se levantó. “Querida, ha sido un placer conocerla y espero que nuestros caminos se crucen nuevamente algún día,” dijo, extendiendo la mano a Edith.

Edith acompañó a Lady Pensby hasta su carruaje y esperó hasta que la puerta del carruaje se cerrara. Retrocedió, sonrió y saludó, antes de notar que Miles y Ralph habían entrado en el patio a caballo.

Sonrojándose, pero sin permitirse sentir culpa; después de todo, había animado a Lady Pensby a irse. Dio un último saludo, asintió a los caballeros, y luego dio media vuelta y entró en la posada.

Su corazón latía con fuerza, pero se quedó frente a la chimenea, esperando ver a Ralph irrumpir por la puerta en cualquier momento. Cuando solo entró Miles, casi se desmorona de alivio.

“Veo que encuentraste una manera de sortear lo que acordamos,” dijo Miles con rigidez. “Te das cuenta de que Pensby ha regresado a casa enfurecido.”

“Me deprime un poco que tengas a ver el lado negativo de cualquier cosa que tenga que ver conmigo,” dijo Edith con aspereza.

“La experiencia me ha enseñado a hacerlo,” respondió Miles encogiéndose de hombros, tomando asiento frente a donde Edith todavía permanecía de pie.

“Para tu información, querido hermano, fui a dar un paseo, con mi sirvienta, tal como dije que lo haría. Cuando regresé, Lady Pensby me estaba esperando. Me horrorizó darme cuenta de que había viajado aquí, te lo aseguro.”

“Por la reacción de Pensby, no creo que ella haya salido de casa en años,” dijo Miles, sin poder repetir el lenguaje que Ralph realmente había usado.

“Nadie estaba más sorprendido que yo, sinceramente,” respondió Edith. “De hecho, creo que fui bastante grosera, porque casi la empujé fuera de la puerta en mi prisa por verla regresar a casa. La pobre mujer pidió que le permitieran terminar su té antes de irse. Si no hubiera estado tan preocupada, me habría avergonzado de mi comportamiento.”

Miles sacudió la cabeza. “Pensby estaba más enojado de lo que jamás lo he visto. Probablemente podremos escuchar sus maldiciones desde aquí cuando le hable a ella.”

“Espero que no actúe como un bruto frente a su madre,” dijo Edith con vehemencia. “Ella necesitará tranquilidad y descanso cuando regrese a casa y, con suerte, no habrá efectos secundarios de su esfuerzo.”

*

Ralph había caminado de un lado a otro en su habitación, con los puños cerrados, enfurecido mientras trataba de calmarse antes de ver a su madre. Pasó una hora completa antes de tener suficiente control, pero le dolía la mandíbula por el esfuerzo de mantenerse firme en su deseo de no perder los estribos.

Al entrar en el dormitorio de su madre, su ira disminuyó al ver, para su consternación, que ella ya estaba en la cama. “Madre, ¿te encuentras mal?”

“No, querido mío, pero he tenido un día emocionante, así que pensé que era prudente descansar.”

“Vi tu carruaje salir de la posada,” dijo Ralph.

“Ah, pensé que te había visto, pero no estaba segura,” respondió Lady Pensby agradablemente. “Me gusta la hermana de tu amigo.”

“¿Y cómo llegaste a conocer a Lady Edith?” preguntó Ralph con frialdad.

“¿Voy a ser reprendida?” vino la pregunta con diversión. “No pensé que nuestros papeles se hubieran invertido tanto. ¿Ya no soy la madre?”

Ralph apretó los dientes. “Tengo curiosidad por saber por qué te encontraste con Lady Edith y por qué pensaste que viajar en el carruaje era una buena idea.”

“No fue una buena idea, ¡fue una gran aventura!” respondió Lady Pensby entre risas. “Oh, querido mío, deja de intentar ocultar el ceño en tu rostro. La expresión que llevas no te sienta bien. Ahora siéntate a mi lado y te contaré todo sobre ello.”

Ralph, a regañadientes, se sentó en el borde de la cama y escuchó mientras su madre relataba sus peripecias desde el día anterior. Cuando Lady Pensby terminó de ensalzar las virtudes de Lady Edith, se recostó en sus almohadas. “¿Ves? Estoy siendo muy sensata y descansando y no ha habido efectos negativos. Creo que valió la pena el pequeño riesgo, pues fue una sensación tan agradable escapar por un rato.”

“Madre, eres muy valiosa para mí, por favor no tomes tales riesgos en el futuro,” suplicó Ralph.

“Lady Edith dijo que era difícil cuando se tenía una familia tan pequeña. Supongo que para mí es diferente, porque sé que es natural que te deje en algún momento de tu vida. Lady Edith entendió por qué estarías enojado conmigo. ¿Sabes que no se quedó tranquila hasta que estuve de vuelta en mi carruaje? La niña estaba prácticamente saltando en su asiento cuando me negué a irme.”

“Eso es algo, supongo,” murmuró Ralph con tono sombrío.

“Bueno, bueno, Ralph, no empieces a culpar a la persona equivocada. Todo fue idea mía. Me impuse a una joven dama, que claramente estaba preocupada por mi bienestar. Me sentí un poco culpable, pero no pude sentirme completamente arrepentida porque disfruté mucho salir de los terrenos. No me quites eso con miradas oscuras y murmuraciones,” reprendió Lady Pensby.

“Pero si no hubieras venido a la zona por algún motivo inventado, nada de esto habría pasado.”

“Y me habría perdido de conocer a la encantadora Lady Edith. Me gusta. ¿No te gusta a ti?”

Ralph se negó a responder, pero se inclinó para besar a su madre. “Descansa ahora. Ha habido demasiada emoción para mi gusto.”

“Oh, bah,” respondió Lady Pensby, pero no insistió en el punto que intentaba hacer. Era plenamente consciente de que, si presionaba demasiado, Ralph se rebelaría contra ella por pura obstinación.

Ralph salió de la habitación y le indicó a su lacayo. “Envía un mensaje para preparar el carruaje. Voy a salir.”

Capítulo 19

Edith se sintió aprensiva cuando Ralph fue llevado al salón. Sabía que vendría y, en algunos aspectos, su llegada era preferible a la espera. Ahora él estaba allí y su estómago empezó a anudarse. Sus ojos brillaban aunque tenía la apariencia de estar tranquilo.

“Longdon, Lady Edith”, Ralph hizo una reverencia rígida.

Miles se levantó. “No quiero una discusión, Pensby”, dijo en voz baja.

“Solo quiero hablar con tu hermana”, dijo Ralph con frialdad.

“Miles, déjanos en paz”, dijo Edith. “Esto es por mis acciones. No quiero que te veas envuelto en una disputa entre tu amigo y yo”.

Miles se encogió de hombros y caminó hacia la puerta. “Disfrutaré de un cigarro mientras camino”, dijo. “Espero no oír que se levante la voz”.

Con la advertencia dada, salió de la habitación. Los dos combatientes se enfrentaron, uno enfadado, el otro cauteloso.

“¿No tiene consideración por el impacto que tiene en la vida de otras personas, o es solo mi vida con la que insiste en interferir?” Ralph espetó.

Edith se estremeció. “Lamento que su madre haya venido aquí hoy. No me sentí tranquila hasta que estuvo de camino a casa. Ni por un momento pensé que conduciría hasta aquí cuando le envié mis disculpas”.

“Pero fue a Lymewood ayer”.

“Sí. No vi ningún daño en eso y me aseguré de quedarme solo quince minutos”, dijo Edith a la defensiva.

“¿No consideró que el esfuerzo de una visita sería suficiente razón para disuadirla?”

“¿Lady Pensby está enferma?” Edith preguntó, acercándose de inmediato a Ralph.

“No, pero regresó a la cama, exhausta cuando llegó a casa hoy”.

“¿Pero no ha tenido uno de sus episodios?”

“No”, Ralph admitió a regañadientes.

“Oh, gracias a Dios”, dijo Edith con alivio, su mano inconscientemente descansando sobre su corazón.

“¿Por qué vino realmente aquí? La razón que dio fue endeble en el mejor de los casos”, Ralph cambió de tema. Estaba mirando a Edith intensamente. Ella no estaba segura si iba a estrangularla, pero ciertamente parecía tener dificultades para contenerse.

“Vine a verlo”, admitió Edith, encogiéndose de hombros.

“Sí, explicó que era para ver si estaba bien, pero eso era una excusa ridícula. ¿Cuál fue la verdadera razón?” insistió Ralph.

Edith se sonrojó y mordió su labio. Notó que Ralph miraba sus labios y se sonrojó aún más. “Quería verlo”, repitió.

Ralph parecía que iba a explotar, pero luego se detuvo. “Nada en mis acciones podría haberle dado motivo para sospechar que tenía alguna intención de ofrecerme a usted, si eso es lo que está insinuando. Lamento si le di falsas esperanzas”.

“¿Un beso no es nada?” preguntó Edith incrédula. “¿Ofrece besos regularmente a las mujeres que conoce?”

“Eso fue un momento de... un error después de un día difícil para todos nosotros”, dijo

Ralph cruelmente.

Edith contuvo la respiración. Si él la hubiera golpeado, no podría haberse sentido peor. “Ya veo. Un error. Sí, supongo que lo fue. Un error de ambas partes”.

“Lamento haberla molestado, pero siempre soy muy claro en mis intenciones. Acepto que, al besarla, me pasé de la raya. Le aseguro que no siempre actúo así”, dijo Ralph con rigidez. Sus manos se habían apretado a sus costados cuando vio el impacto que sus palabras tuvieron en Edith. Quería abrazarla, pero no podía.

“Pero las cartas insinuaban otra cosa. Una conexión más profunda entre nosotros”, dijo Edith, tomando un riesgo.

Hubo un momento de quietud. Edith deseaba haberse contenido, pero él necesitaba ser completamente honesto con ella. Sus acciones y palabras eran tan contradictorias que ya no tenía idea de quién era el verdadero hombre.

“¿Cómo lo adivinó?” Ralph finalmente preguntó bruscamente, con un rubor intenso.

“Realmente no lo adiviné. Me equivoqué inicialmente, pero siempre esperé. No fue hasta la última carta que hubo demasiadas coincidencias como para ignorar la conexión con usted”, admitió Edith.

“No debería haberlas enviado”.

“Me alegra que lo haya hecho. Sin ellas, lo habría considerado solo un grosero y arrogante canalla”.

Ralph resopló. “¡Vaya! No se guarde su opinión, Lady Edith. Diga lo que siente”.

Edith sonrió tentativamente. “Aún ahora, no puedo hacerlo por miedo a más rechazo. Dice que sus acciones fueron un error, pero sus palabras sugieren que no lo son”.

Soltando un suspiro, Ralph caminó por la habitación, poniendo más distancia entre él y Edith. “Es complicado”.

“La vida suele serlo”, se encogió de hombros Edith.

Desde afuera se escuchó un ruido que los hizo sobresaltarse a ambos. “¿Qué fue eso?” preguntó Edith.

“Un disparo, por los sonidos”, respondió Ralph. “Extraño a esta hora de la noche. A menos que uno de los granjeros esté disparando a un zorro”.

Pareció pasar solo un momento antes de que gritos fuertes y carreras en las áreas principales de la posada los hicieran actuar.

“¡Miles!” exclamó Edith, corriendo hacia la puerta.

“¡Edith! ¡Quédese aquí!” Ralph ordenó, agarrándola por la cintura antes de que llegara a la puerta.

“¡Pero Miles!” protestó ella, retorciéndose contra Ralph para liberarse.

“Lo verificaré. Aún no sabemos qué está pasando afuera. Prométame que se quedará aquí”, ordenó Ralph.

“Pero...”

“Por favor. Tengo que saber que está a salvo”.

Edith asintió y dejó de luchar. Ralph parecía evaluar si estaba siendo engañado, pero decidió que ella estaba dispuesta a seguir su petición. Salió de la habitación rápidamente, mientras Edith esperaba cerca de la puerta ahora abierta.

Un solo disparo en la noche no significaba que algo estuviera mal con Miles, pero no estaría tranquila hasta que viera que su hermano estaba bien.

El personal y los clientes habían salido corriendo de la posada para ver qué había ocurrido, pero no pasó mucho tiempo antes de que un murmullo fuerte de muchas voces se

acercara a la posada. Edith estaba tentada a ir a la puerta principal del edificio, pero no podía romper su promesa a Ralph. Se quedó en la puerta del salón en un intento de averiguar qué estaba pasando.

El color desapareció de su rostro cuando vio la figura inconsciente de su hermano siendo llevada a la posada por tres hombres. Ralph estaba dando instrucciones y Miles fue llevado rápidamente a la planta superior.

Edith se había apoyado contra el marco de la puerta, necesitando el apoyo de la estructura de madera centenaria. Ralph se acercó a ella y la tomó suavemente en sus brazos.

“Venga. Hemos enviado por el médico. Hay dos heridas, pero no creo que ninguna sea mortal. Solo se desmayó porque fue movido”, dijo suavemente.

Unos ojos llenos de angustia buscaron los de Ralph. “¿Qué pasó?” susurró Edith.

“Un desafortunado encuentro con un ladrón”, explicó Ralph. “El ladrón debía estar solo de paso, pero Miles lo enfrentó y ha sido atrapado. Será ahorcado por esto”.

“Necesito ir con mi hermano”, dijo Edith, tratando de moverse, pero sus piernas no pudieron sostenerla y tropezó. El fuerte abrazo de Ralph fue lo único que evitó que cayera al suelo.

“¡Tú, trae algo de brandy. Ahora!” Ralph ordenó a un sirviente y se quedó apoyando a Edith hasta que trajeron un vaso de líquido ámbar. “Tome. Beba esto. Necesita un pequeño impulso”, dijo con suavidad.

Edith bebió el brandy sin pensar y luego devolvió el vaso vacío al sirviente. “Gracias”.

“¿Lista?” preguntó Ralph.

“Sí”.

Ralph mantuvo su brazo alrededor de la cintura de Edith mientras subían las escaleras. Era completamente inapropiado, pero temía que ella pudiera fallar una vez más. Esperaba que el ayuda de cámara de Miles hubiera quitado la mayoría de la ropa de su amo para cuando llegaran a la alcoba. Había habido mucha sangre, que no quería que Edith viera. No habría podido ver mucho cuando Miles fue llevado a través de la posada, ya que había muchas personas a su alrededor. En su habitación sería diferente.

Ralph se sintió aliviado al ver que el ayuda de cámara había quitado todo lo que pudo y Miles, aunque su color era gris, parecía cómodo en la cama. La habitación estaba bastante tranquila después del bullicio y el ruido que había causado el incidente. Los ojos de Miles se abrieron cuando entraron en la habitación.

“Oh, ¡Miles!” exclamó Edith con voz baja. Se acercó al lado de su hermano y le acarició la cara. “¿Qué travesura has estado causando?”

“El maldito tipo me tomó por sorpresa”, dijo débilmente. “Fue un extraño ladrón de caminos, puedo decirlo. Su montura era impresionante. Eso fue lo que me llamó la atención en primer lugar”.

“¡Tú y tus caballos!” Edith reprendió suavemente.

“El tipo no creía que no tenía dinero conmigo, el tonto. Lo arrastré de su caballo cuando no quiso escuchar y fue entonces cuando me disparó”, dijo Miles, las palabras le costaban, ya que frunció el ceño y habló con dificultad.

“Lograste herirlo a pesar de que estaba armado. Ha sido restringido y será encerrado durante la noche. Me ocuparé de él por la mañana. O irá a los tribunales o lo enviaré a Londres para que sea juzgado allí”, dijo Ralph con gravedad, hablando como uno de los magistrados locales.

“Sería mejor que esperes para condenarlo hasta que sepas si moriré o no por mis heridas”,

dijo Miles.

Edith inhaló bruscamente, pero Ralph respondió rápidamente. “Colgará pase lo que pase contigo. Aunque, el hecho de que estés hablando de esa manera me convence de que pronto estarás de pie. Deja de preocupar a tu hermana, payaso”.

Miles miró a Edith. “Lo siento. El humor negro es lenguaje militar estándar.”

“¿Cómo te sientes?” preguntó Edith.

“Me arde la pierna,” dijo Miles, tratando de frotarse la pierna para aliviar la sensación incómoda, al mismo tiempo que no quería tocar el agujero de la bala. “No sé qué pasó, pero mi costado también está herido. Solo hubo un disparo, así que no sé si me he caído y me he raspado.”

Tanto Edith como Ralph podían ver que la segunda herida era más grave que una raspadura, pero ninguno mencionó el hecho.

Pronto fueron interrumpidos por la llegada del médico, y la pareja fue llevada fuera de la habitación mientras Miles era examinado. Edith protestó, pero Miles le pidió que se fuera. “Prefiero no llorar frente a mi hermana. Además, Pensby aquí parece que podría desmayarse en cualquier momento. Llévatelo, Edith. Por favor.”

Parados fuera de la ahora cerrada puerta de la alcoba, Edith se abrazó a sí misma. “Esto es por mi imprudencia. Si le pasa algo...”

Ralph se acercó y, sin pensarlo, instintivamente envolvió a Edith en sus brazos. Mirándola a los ojos, habló en voz baja, pero con firmeza. “No intente asumir la culpa por algo que no podía prever. Esta es una zona segura, nadie sospecharía que un paseo nocturno resultaría en un ataque.”

“Pero si le da fiebre... mi hermano mayor Charles cogió un resfriado. Todos lo desestimaron como nada y luego empezó la fiebre. Estuvo delirando durante días, hasta que su cuerpo se debilitó tanto que no pudo luchar más. Solo me queda Miles. Oh, sé que tengo a mamá, pero no es lo mismo. Miles es el último de mis hermanos. No puedo perderlo. ¡No puedo!” Terminó con un sollozo ahogado, tratando de contener las lágrimas, pero luchando por hacerlo.

Ralph apoyó su frente en la de ella. “Haré todo lo necesario para mantenerlo con vida. Gastaré hasta el último centavo si es necesario, pero no desespere, él es fuerte. Está de buen ánimo.”

“Charles podía hablar al principio,” dijo Edith, con tono apagado.

“Esto es diferente,” dijo Ralph. La atrajo hacia él, abrazándola por completo. Ella apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro.

“Me sentí tan sola cuando papá y mis hermanos murieron. Sucedió que yo era la principal cuidadora y, aunque no lo hubiera querido de otra manera, no había nadie a quien pudiera pedirle consejo. Charles y Richard estaban fuera de casa cuando papá estaba enfermo. Richard estaba allí cuando Charles se enfermó, pero se desmoronó. Yo sabía exactamente cómo se sentía, pero no podía permitirme flaquear.”

“Fue muy valiente,” dijo Ralph. “Era muy joven para tener que lidiar con tanta pérdida. Siento que no hubiera nadie para apoyarla, pero tiene una fortaleza interior que obviamente la ayudó a superarlo. Admiro eso y sé que su hermano también lo hace.”

“No me sentía fuerte ni valiente en ese momento,” admitió Edith. “Parecía ser una fuente constante de lágrimas cuando me iba a la cama.”

“Creo que yo habría sido exactamente igual. De hecho, me impresiona que haya logrado contenerlas hasta que se iba a la cama. Probablemente yo habría llorado por todos,” admitió Ralph. Se sintió gratificado de que sus palabras recibieran una sonrisa de apreciación.

“No le he contado a nadie cómo me sentía, ni siquiera a Miles,” admitió Edith en voz baja. “Y solo puedo hacerlo con usted porque no lo estoy mirando.”

Ralph se movió para poder sostener el rostro de Edith en sus manos. “No está sola esta vez. Sus miedos no son tontos ni ridículos. Mire cómo reacciono yo con respecto a la condición de mi madre. Respondemos de la manera que lo hacemos porque nos importan aquellos a quienes amamos. No recibirá censura de mí por eso. Pero tenga en cuenta esto: estoy aquí y haré todo lo que pueda para aliviar su carga.”

“Gracias.”

Ralph besó la frente de Edith y la soltó cuando la puerta de la habitación de Miles se abrió. El doctor salió, cerrando la puerta detrás de él.

“Su hermano ha sido muy afortunado en dos aspectos, mi señora,” comenzó el doctor. “La bala en su pierna ha atravesado sin golpear ningún hueso en el camino. Por lo que me dijo Lord Longdon, la pistola se disparó durante la pelea en la que estaban involucrados.”

“¿Qué pasó para herirle el costado del cuerpo?” preguntó Ralph.

“Un cuchillo,” respondió el médico. “Nuevamente, un golpe afortunado dadas las circunstancias. Ha entrado en el cuerpo, pero en el borde de la cintura y no muy profundamente. Creo que fue el último intento del atacante de intentar escapar. Incluso con una herida de bala, Lord Longdon seguía dando pelea. He tratado las dos heridas y las he vendado, y le he dado una dosis de láudano porque sufrió durante el examen.”

“¿Qué hay del riesgo de fiebre?” preguntó Edith.

“Siempre hay un riesgo, pero él es joven y saludable, así que esperemos que no.”

“Gracias, doctor,” dijo Ralph.

“Encantado de servir. Lo visitaré mañana, a menos que desarrolle fiebre. No se preocupen si lo hace,” dijo notando el pánico en el rostro de Edith. “Solo envíen un mensaje y regresaré con rapidez. Les aconsejo a ambos que descansen, su ayuda de cámara se quedará con él por el momento. Nuestro paciente no se moverá esta noche con la dosis de medicamento que le he dado.”

Ralph y Edith entraron en la alcoba una vez que el médico se había ido. Miles estaba profundamente dormido, no tan pálido como antes.

“Me quedaré con él,” dijo Edith al ayuda de cámara.

“No,” dijo Ralph. “Necesita descansar. ¿Su habitación está cerca, supongo?”

“Al lado,” confirmó Edith.

“Entonces este hombre capaz puede llamar a tu puerta si su condición empeora,” razonó Ralph.

“Pero...” comenzó Edith.

“Si desarrolla fiebre, todos seremos necesarios para cuidarlo. Es mejor descansar ahora, porque no habrá tiempo para dormir si empeora,” argumentó Ralph.

“Supongo que sí,” reconoció Edith. Volviéndose hacia el ayuda de cámara, habló. “Si hay el más mínimo cambio...”

“Sí, señora, la llamaré inmediatamente. No me retrasaré.”

“Gracias,” respondió Edith. Se acercó al lado de la cama de Miles y le besó la mejilla antes de salir de la habitación con Ralph.

“Podría quedarme aquí esta noche. De esa manera podríamos ser llamados ambos si es necesario,” ofreció Ralph cuando estaban nuevamente en el rellano.

“No. Necesita comprobar cómo está Lady Pensby,” dijo Edith. “No descansaría bien aquí sin saber cómo está ella. Tengo a mi doncella y, mientras tenga la promesa de ser llamada si hay

algún deterioro, puedo retirarme a mi habitación y quedarme allí.”

“Intente dormir un poco. Sé que no será fácil,” dijo Ralph, tomando el brazo de Edith y caminando hacia la siguiente puerta a lo largo del pasillo. “Si me necesita, envíeme un mensaje y estaré aquí en menos de media hora. No dude en llamarme.”

Edith apretó el brazo de Ralph. “Ha sido tan bueno cuando deseaba maldecirme y enviarme al diablo en una carreta. Lamento mi aparente desconsideración por el bienestar de su madre, pero estaba realmente horrorizada cuando la vi aquí.”

“Eso ya es cosa del pasado,” concedió Ralph. “Sé lo terca que puede ser.” Tomando su mano, la besó suavemente. “Buenas noches, Lady Edith. Nos veremos muy pronto.”

Capítulo 20

Edith entró en el salón privado muy temprano la mañana siguiente. Se sentó sin saber si podría comer algo de la comida dispuesta en la mesa auxiliar, pero agradeció la taza de chocolate caliente que le sirvieron. Se sorprendió cuando una doncella entró para decirle que Lord Pensby había llegado, y se levantó para recibirlo.

“Mi señor, no lo esperaba a esta hora. Por favor, sírvase un poco de desayuno,” dijo Edith, volviendo a sentarse en la mesa en el centro de la habitación después de intercambiar reverencias.

“No suelo levantarme a una hora tan obscenamente temprana. Espero que Miles aprecie este esfuerzo. Mi ayuda de cámara casi tuvo un ataque de apoplejía cuando lo llamé,” confesó Ralph, pidiendo café a la doncella que lo atendía.

Edith sonrió detrás de su taza. “¿Y cómo está Lady Pensby?”

“Está sorprendentemente bien. Y quiere venir aquí, pero la persuadí de que dos inválidos serían demasiado para que alguien los manejara. Me ha pedido que le envíe un informe sobre Miles lo antes posible,” admitió Ralph. Había sido una conversación difícil, ya que Lady Pensby había insistido en que Edith necesitaría su apoyo. Ralph había amenazado con todo tipo de catástrofes si su madre salía de casa dos días seguidos.

“Vaya. Parece ser tan firme de mente como su hijo,” dijo Edith en voz baja.

“Escuché eso,” dijo Ralph con un gruñido. “¿Cómo está nuestro inválido esta mañana?”

“Aún dormía cuando fui a verlo,” admitió Edith. “Su ayuda de cámara dijo que había tenido una noche tranquila y no hay signos de fiebre, hasta ahora, incluso sin mi remedio de miel. Veré cómo progresa antes de insistir en aplicarlo. A Miles siempre le desagradó el olor.”

“Sí, lo expresé con suficiente fuerza cuando lo estaba aplicando en mi mano.”

“Ciertamente tiene una manera especial con las palabras.”

“Me alegra que haya tenido una noche tranquila. El doctor tenía razón en ese aspecto, lo cual es algo positivo,” dijo Ralph con gratitud. “¿Y cómo durmió usted?”

Edith sonrió con tristeza. “No tan bien como Miles, al parecer. Pero dormí algo, lo cual es mejor que nada.”

“Sí, he aprendido por experiencia que no se puede ser noble cuando se trata de funcionar con muy poco sueño,” admitió Ralph. “Una vez casi me desmayé por ser terco y negarme a dormir cuando mi madre se enfermó. Afortunadamente, tengo sirvientes que han estado empleados desde antes de que yo naciera y me dieron algunos consejos sabios.”

“Sí, los antiguos servidores están especialmente entrenados para hacer eso,” sonrió Edith. “Debe haber sido muy difícil para usted ser hijo único.”

“Mi madre vive con el constante terror de que llegue un momento en que no haya otra opción que internarla en el manicomio,” admitió Ralph a alguien fuera del círculo íntimo de su familia y sirvientes de confianza por primera vez.

“¿Qué? ¡No!” exclamó Edith. “¿Qué padece que podría llevar a esa acción?”

“Es algún tipo de espasmo, creen que causado por un defecto en el cerebro. Puede estar muy enferma durante días después de uno de estos episodios. Nos han dicho que algún día podría experimentar un ataque, supongo que lo llamaría así, y podría morir. Ella teme eso menos que el manicomio, lo cual demuestra su nivel de terror ante la posibilidad de ser internada,” dijo Ralph.

Edith extendió la mano y apretó la de Ralph. “Lo siento mucho. Debe ser una preocupación constante para usted. No es de extrañar que vaya y venga a su casa cuando visita Londres.”

“Me quedaría en casa permanentemente si pudiera hacer lo que quisiera,” confesó Ralph. “Solo voy porque ella está decidida a enviarme a la sociedad. Se inquieta si piensa que está restringiendo mis actividades, así que cedo. Cuando estoy allí, me mantengo separado la mayor parte del tiempo.”

“¿Por qué? Pensaría que lanzarlo a todo con entusiasmo lo distraería de lo que sucede en casa.”

“Porque la gente no ve con buenos ojos una enfermedad mental. Podría ser algo malo en la línea sanguínea. Podría contaminar a las futuras generaciones,” dijo Ralph con desdén. “Prefiero que no murmuren sobre mí si deciden que me he interesado en una joven.”

“Supongo que no sabe qué lo causa, ¿verdad?”

“No.”

“Entonces, ¿cómo puede alguien decir con certeza que puede infectar a sus descendientes? Usted no lo padece,” dijo Edith pragmáticamente.

Ralph sonrió, pero todavía había un matiz de desdén. “No. Pero lo que no entienden, lo temen. El doctor dice que hace años pensaban que las personas con esas dolencias estaban poseídas por el diablo o por algún tipo de espíritus malignos. Supongo que algunos lugares todavía sospecharían lo mismo. De acuerdo, basta de hablar de mi familia. Vamos a ver cómo está la suya.”

Miles todavía estaba un poco aturdido por el láudano, pero despierto cuando sus dos visitantes entraron en la habitación. Edith agradeció al ayuda de cámara y lo relevó de sus deberes, antes de volverse hacia Miles y revisar su frente para ver si tenía fiebre. Respiró aliviada al comprobar que, aunque un poco cálido, no parecía tener fiebre. Le entregó un vaso de agua y, con la ayuda de Ralph, lo levantó a una posición ligeramente sentada a petición de Miles y esponjó sus almohadas.

“¿Cómo te sientes?” le preguntó.

“Como si una tropa de caballería me hubiera pasado por encima,” admitió Miles con una sonrisa débil. “Es muy inconveniente estar confinado en la cama.”

“Me alivia saber que no estás gravemente herido. ¿Qué te impulsó a pelear con él?” preguntó Edith.

“No creía que no tuviera dinero encima y seguía apuntándome con su maldita pistola,” explicó Miles. “Uno de nosotros tenía que poner fin a la situación.”

Sacudiendo la cabeza, Edith reprendió suavemente a su hermano. “Podrías haber sido asesinado.”

“Para nada. Todo estaba bajo control. Subestimé que tenía un cuchillo, sin embargo. Ya no consideraré a los ladrones de caminos como caballeros del camino. Malditos vagabundos,” dijo Miles con una mueca.

“Tu lenguaje delante de tu hermana es terrible,” reprendió Ralph a su amigo.

“Ella creció con tres hermanos, está acostumbrada,” se encogió de hombros Miles. Se volvió hacia Edith. “De todos modos, querida, todavía podemos planear nuestro traslado a Barrowfoot en uno o dos días. Cuanto antes, mejor, ¿eh? Ninguno de nosotros asistirá a bailes pronto, así que podríamos irnos juntos al campo.”

“No creo que estés listo para moverte todavía,” dijo Ralph rápidamente.

“Ni yo. Si crees que voy a arriesgarme a que te lastimes en el viaje, estás muy

equivocado. Tendremos que esperar aquí hasta que le envíe una carta a mamá y tenga tiempo para viajar hasta nosotros. Querrá venir de inmediato,” dijo Edith.

“¿Tienes que hacerlo? No estoy en peligro y ella se preocupará,” dijo Miles, haciendo una mueca.

“Realmente eres un mal hijo,” dijo Ralph.

“Cuando has tenido una hora de mamá preocupándose por ti, te das cuenta de que no es algo que desees repetir,” se quejó Miles.

“Habías estado fuera durante años, estaba feliz de verte,” defendió Edith a su madre.

“Pero lloró durante toda una hora. En mi mejor uniforme, además. Tardó una eternidad en secarse. Podría haberse deformado.”

“Exageras,” reprendió Edith. “Pero debo escribirle y hacerle saber. No es justo mantenerlo en secreto.”

“Dame un par de días de tregua,” suplicó Miles. “Por favor.”

“Oh, está bien, siempre y cuando no intentes salir de aquí. Nos quedaremos hasta que el médico diga que estás apto para viajar,” dijo Edith firmemente.

“Sí, señora,” respondió Miles con una sonrisa.

“¿Cómo lo aguanta?” preguntó Ralph con una sonrisa.

“Con mucha fortaleza y mucho brandy,” respondió Edith sin dudar.

“Longdon, tienes una hermana que es una vieja borracha,” dijo Ralph, provocando una exclamación de indignación de Edith.

*

Ralph dejó a Edith por la tarde para revisar a su madre, pero regresó por la noche. Ella estaba en el salón privado cuando Ralph entró en la habitación.

“¿Ya ha abandonado a su hermano? No la culparía si lo hubiera hecho,” dijo Ralph amablemente.

“No. Dijo que quería usar los servicios de su ayuda de cámara para lavarse y cambiarse. Va a ser un paciente difícil,” admitió Edith.

“Puedo sentarme y jugar a las cartas con él por un rato, si eso ayuda,” ofreció Ralph.

“¿Realmente? Oh, gracias. Sé que está inquieto por el aburrimiento, normalmente no está quieto tanto tiempo,” explicó Edith.

“Lo entiendo. Creo que me he entrenado para ser más paciente. Ayuda cuando tienes que estar sentado durante horas en la misma habitación observando cualquier signo de recuperación,” admitió Ralph.

“Si está libre mañana y no le importa – no me gustaría que causara ningún disgusto o... pero me gustaría visitar a su madre...– por el menor tiempo posible y solo si está lo suficientemente bien... solo pensé mientras aún estoy aquí –,” Edith balbuceó antes de quedarse sin aliento.

Ralph sonrió, negando con la cabeza. “¿Cómo podría rechazar una solicitud tan elocuente?”

“¡Bestia!” respondió Edith.

“Ciertamente. En realidad, no puedo rechazarla porque mi madre me ha informado que, si no la invitaba, ella vendría a visitarla. Está muy preocupada por Longdon y ha sugerido que ambos vengán a quedarse con nosotros,” repitió Ralph la invitación, que ocultaba la larga discusión que había tenido lugar antes de que madre e hijo llegaran a un acuerdo.

“¡Oh no! No causaría ningún trabajo ni los pondría en ningún problema. Estamos cómodos aquí y al menos tengo su permiso para visitarla. Eso es suficiente,” dijo Edith

rápidamente.

“Me hace sonar como si fuera su carcelero,” dijo Ralph.

Edith sonrió. “Se preocupa por ella. Lo entiendo. Cualquier otra referencia es por su propia paranoia, mi señor.”

“Ahora, ¿quién es la bestia?” preguntó Ralph, poniéndose de pie. “La dejaré, Lady Edith. Tengo que aprovechar y desplumar a su hermano mientras está en un estado debilitado.”

“Como me ha dicho de su destreza en las mesas de juego, y usted mismo lo ha admitido en cierta medida, sé que no es tan tonto como para enfrentarse a usted normalmente,” dijo Edith, fingiendo seriedad.

“Más razón para aprovechar mientras puedo,” dijo Ralph antes de inclinarse y dejar a Edith sola.

Suspiró cuando se cerró la puerta. Estar en tan estrecha proximidad con el hombre del que estaba enamorada era una tortura. Anoche, había sido solidario y decidido cuando ella había estado en crisis por el miedo a perder a Miles casi la había abrumado. Ahora, estaba de vuelta a su yo normal y práctico. Anoche, podría haber igualado a su madre con el nivel de dramatismo que había amenazado con apoderarse de ella. Las reacciones calmadas de Ralph habían ayudado a calmar su estado de pánico y siempre le estaría agradecida por eso.

Ahora, esta naturaleza más relajada y burlona era una dulce agonía. Había sido claro en su rechazo a involucrarse con alguien. No detenía su corazón de esperar o buscar cada palabra o mirada que pudiera interpretarse como algo exclusivo para ella. Sabía que él sería un caballero con cualquiera en dificultad, incluso sin pruebas de sus acciones. Su corazón simplemente estaba luchando por aceptar el hecho de que no era por ella específicamente que él se sentía motivado a actuar.

Estaba feliz de salir de la posada por una o dos horas a la mañana siguiente. Con suerte, ayudaría a despejar un poco su mente.

*

El día comenzó con una mañana fresca y brillante. Edith inhaló profundamente el aire fresco antes de subir al carruaje, no echaba de menos el aire de Londres ni un poco. Ralph había llegado y, aunque había cuidado a Miles durante las pocas horas que estuvieron solos, él estaba bien y sentado en la cama. Esto significaba que podía dejarlo con la conciencia tranquila.

Ser llevada a la casa de Ralph con su bendición era una sensación extraña. Le había asegurado que no se quedaría mucho tiempo, no deseando que el entendimiento que compartían se arruinara. Siendo llevada a través de los límites del pueblo y entrando en el parque de Lymewood, Edith se negó a dejarse llevar por lo que podría ser. Ralph no había mostrado ninguna indicación de que estuviera haciendo algo más que ayudar a Miles en su momento de necesidad.

Lady Pensby saludó a Edith como si no la hubiera visto en meses y, después de insistir en que se sentara, tomara té y eligiera demasiados pasteles, las damas finalmente se acomodaron.

“Cuénteme todo lo que ha sucedido. Sé que Ralph no me habrá contado todo, los chicos nunca lo hacen,” dijo Lady Pensby, sirviendo té.

Edith le contó brevemente lo que había sucedido. “Miles está sorprendentemente bien considerando sus heridas. Me dice que no es la primera vez que ha sido herido, lo cual debo admitir que me sorprendió escuchar porque sus cartas nunca insinuaron que hubiera sido herido. Lo he interrogado al respecto, pero solo se rió diciendo que ya está hecho, que no hay necesidad de revisar viejas historias de guerra. Lo que en realidad me preocupa aún más.” Edith estaba ahora completamente convencida de que su hermano estaba ocultando mucho a su familia sobre

sus experiencias. Le daba pena que no pudiera confiar en ella y esperaba que confiara lo suficiente en alguien para hablar de ello.

“Supongo que no quería hacer que su familia se preocupara más de lo que ya lo habrían hecho. Es admirable que quisiera protegerlos.”

“Dijo que papá había muerto y Charles estaba enfermo, así que no iba a agregar al malestar ya existente en casa,” dijo Edith. “Siento que de alguna manera lo decepcionamos, al no apoyarlo cuando probablemente lo necesitaba más que ninguno de nosotros.”

“Dudo que esté de acuerdo con usted. Ralph me dice que su hermano habla muy bien de cómo manejó los problemas que enfrentó. Era tan joven para pasar por tanto,” dijo Lady Pensby con simpatía.

“Fue difícil,” admitió Edith. “Pero supongo que, durante el día, solo tenía que seguir adelante. Mi madre nunca ha sido de una constitución fuerte cuando se trata de lidiar con situaciones difíciles, especialmente problemas familiares, así que tuve que quitarle la carga tanto como pude.”

“Tuvo mucha suerte de tenerte. Ciertamente me gustaría tenerte a mi lado en una crisis.”

“Oh, creo que su confianza estaría mal puesta,” dijo Edith rápidamente. “Si no hubiera sido por Lord Pensby cuando Miles fue herido, me habría derrumbado. Él fue quien tomó el control, por lo cual estaré eternamente agradecida.”

“Es muy bueno,” coincidió Lady Pensby.

Edith se sonrojó un poco. “Ha ayudado a entretener a Miles estos últimos dos días. Miles se inquieta rápidamente. Tener a alguien allí que no tenga miedo de maldecir a mi hermano cuando menciona salir de su habitación es una ayuda. Si lo hago yo, puedo ser acusada de ser una hermana entrometida, pero no acusaría a Lord Pensby de lo mismo.”

“Creo que Ralph tiene otras motivaciones, además de ayudar a su amigo,” dijo Lady Pensby suavemente.

“¿Oh?”

“Si mi hijo no se ha enamorado ya de usted, no soy su madre. Cada vez que la menciona, todo su comportamiento cambia. Me gusta la forma en que habla de usted hace que sus ojos brillen y su boca se tuerza al contar qué travesuras ha hecho. Nadie más ha tenido ese efecto en él.”

Edith sonrió, pero sus mejillas ardían. “Para ser justa, Lady Pensby, no pasa mucho tiempo en compañía. Hay muchas jóvenes más bonitas que yo; no pondría mucho peso en su reacción.”

“No se trata solo de cómo nos vemos, aunque podría tener que reevaluar mi opinión sobre usted siendo una chica sensata si sigue diciendo tales tonterías. Es muy bonita, hija mía,” respondió Lady Pensby. “Tiene que haber una chispa de atracción, pero afortunadamente, es más que eso. Lo desafía y lo hace reír. Esas son cualidades excelentes, especialmente cuando se trata de alguien tan terco como Ralph.”

“Es una madre que conoce bien a su propio hijo, veo,” dijo Edith, riendo.

“Oh, sí. Lo que necesito de usted es un plan sobre cómo podemos hacer que se dé cuenta de lo valiosa que es y le proponga matrimonio,” dijo Lady Pensby, aún más convencida de que Edith sería perfecta como nuera.

Edith se mostró incómoda y desvió la mirada, evitando la mirada de Lady Pensby.

“¿Qué pasa, querida? ¿Te han molestado mis palabras? ¿Tienes ya un pretendiente?” preguntó la mujer mayor.

“¡No!” dijo Edith, mirando hacia arriba. “Es solo que cuando habla de interferir con Lord

Pensby y persuadirlo para que se case, mi madre hizo que mi debut fuera mucho menos placentero de lo que debería haber sido. Nuestra conversación me recordó un poco a sus acciones.”

“¿En qué sentido?”

“Siempre que hablaba con un caballero, quería saber todos los detalles sobre él. Intentaba en cada oportunidad promoverme ante cualquiera que me fuera amable. Ni siquiera necesitaban haber mostrado alguna preferencia marcada. La cortesía se interpretaba como interés en la mente de mamá y, de manera bastante embarazosa, hacía obvio que yo daría la bienvenida a una propuesta. He visto suficientes expresiones horrorizadas de incluso los caballeros más ancianos para toda una vida,” explicó Edith.

“Oh, querida, pobrecita. Debe haber sido horrible pasar por eso, especialmente tan públicamente.”

“Quiero que sea una decisión conjunta cuando me case. Que el hombre por el que me preocupo quiera casarse conmigo por quien soy, no porque hayamos sido empujados juntos por las circunstancias, o por nuestros padres. No deseo molestar a mi madre, ni a usted, pero no puedo vivir mi vida según los deseos de nadie más que los míos. Me doy cuenta de que eso me hace sonar como una egoísta, pero espero que entienda lo que quiero decir,” explicó Edith.

“No tienes afecto por mi hijo. Lamento mucho haber hablado de esta manera. Me doy cuenta de que una madre ve lo mejor en sus hijos y me disculpo por haberte causado incomodidad,” dijo Lady Pensby con sinceridad.

“Oh, ¡no es eso!” dijo Edith rápidamente. “Su hijo es todo lo que cualquiera podría desear. Simplemente no puedo estar de acuerdo con esquemas y planes, especialmente cuando él no ha expresado ningún deseo de casarse.”

Lady Pensby miró a Edith con una expresión inescrutable. “¿Cuándo dijo eso?”

“Oh, hace algún tiempo,” admitió Edith. “Por favor, no le diga que lo he mencionado. No puedo imaginar que estaría feliz de que hablemos de él de una manera tan personal.”

“Imagino que lo habría esperado,” dijo Lady Pensby con una sonrisa. “Pero no te preocupes, lo que hemos dicho queda entre nosotras. No mencionaré ningún detalle a Ralph.” Aunque sí averiguaré más de él, pensó para sí misma.

“Gracias. Y ahora es hora de que regrese con Miles,” dijo Edith, sabiendo que no habría argumento de su anfitriona sobre quedarse si usaba a su hermano como excusa para irse.

“Espero que puedas visitarme mañana,” dijo Lady Pensby. “Realmente he disfrutado de tu compañía.”

“Yo también. Prometo que haré lo posible,” respondió Edith antes de despedirse.

Capítulo 21

Lady Pensby se había retirado a su habitación cuando su hijo regresó a casa. Como siempre hacía, la visitó antes de que cualquier otra cosa captara su atención, ya que su preocupación por ella estaba por encima de todas las demás demandas de su tiempo.

“¿Cómo estás?” preguntó, cruzando hacia la cama y besándola en la mejilla.

“Cansada, pero contenta de haber recibido una visita. Me gusta Lady Edith.”

“Eso es porque se comporta de la mejor manera contigo,” dijo Ralph secamente.

Lady Pensby sonrió. “Mencionó un poco sobre su madre. Parece ser una de esas mujeres que depende demasiado del apoyo y los mimos de su familia,” dijo suavemente, tanteando el terreno para la conversación que deseaba tener.

“Mujer espantosa,” dijo Ralph sin dudar.

“Parece ser el tipo de mujer que fomenta emparejamientos inapropiados, solo para deshacerse de sus hijos y poder jactarse ante los demás de que sus hijos están casados.”

“Sí. Creo que Sage no se habría acercado tanto a la familia si no fuera por la madre. Casi ayudó a entregar a su hija a un sinvergüenza. Miles dijo que tuvo que reprender a su madre después de que ella reprendiera a Lady Edith por rechazar a Sage. No habría sido un matrimonio feliz, incluso yo podía ver eso,” dijo Ralph, mostrando algunos de sus sentimientos internos en su expresión.

“Imagino que Lady Edith necesita a alguien que pueda desafiarla, así como consentirla después de todo lo que ha pasado en los últimos años. Espero que encuentre un compañero adecuado,” dijo Lady Pensby con ligereza.

“Madre,” advirtió Ralph.

“¡Oh, no me mires con esos ojos de daga! No me refería a ti,” respondió Lady Pensby.

“Bien.”

“No te mereces a alguien como Lady Edith.”

“¿Perdón?” balbuceó Ralph.

“Ella merece a alguien que la quiera por encima de todo. Tú te casarás con alguna pobre tonta que te tenga miedo cuando finalmente aceptes que es hora de continuar con el nombre de la familia. Eso no será por muchos años, así que no tengo planes de emparejarte con Lady Edith, te lo aseguro,” explicó Lady Pensby.

“Santo cielo, ¡me haces parecer un tipo superficial!” dijo Ralph. “Tu opinión sobre mí podría ser peor, pero sería difícil ver cómo.”

“¿Qué? ¿He malinterpretado tus sentimientos sobre el estado matrimonial?” preguntó Lady Pensby, toda inocencia simulada.

Ralph entrecerró los ojos hacia su madre. “Sabes muy bien que no quiero casarme. Nunca. Continuar el título para futuras generaciones sería mi única motivación.”

“No puedo entender por qué,” dijo Lady Pensby con sinceridad. “Es una forma triste de ver el futuro. Solo, lo que estarás, incluso en un matrimonio de conveniencia.”

Ralph suspiró y caminó hacia la ventana. Miró ciegamente hacia afuera por unos momentos antes de volverse hacia su madre. “Cuando diga lo que tengo que decir, no quiero argumentos, ni discusiones.”

“Eso es un poco injusto.”

“Es como tiene que ser. Si quieres mi honestidad, no quiero que intentes argumentar en contra de lo que he decidido. Tienes que respetar mis decisiones como tu hijo y el jefe de la familia.”

“Veo que no me va a gustar esto,” dijo Lady Pensby, cruzando los brazos en anticipación.

“No tengo ningún deseo de casarme en este momento,” comenzó Ralph, apartando el sentimiento interno de pesadez cuando pronunció esas palabras. Si su mente vagaba para imaginar el rostro de Edith, lo alejaba y continuaba. “Me niego a ponerte en riesgo de ninguna manera y eso incluye introducir nuevas personas, nuevas tensiones para ti. Quiero mantenerte conmigo tanto como pueda y haré todo lo posible para asegurarme de que así sea. Nunca te mudarás a la Casa de la viuda, te quedarás aquí donde puedes recibir el mejor cuidado.”

“Oh, Ralph. Mi enfermedad no es una razón para que te prives de estar felizmente casado,” dijo Lady Pensby.

“Soy feliz. Te tengo a ti y eso es todo lo que necesito,” dijo Ralph, permaneciendo en la ventana. Se sentía expuesto y un poco vulnerable al expresar las palabras que lo alejarían de la pareja de vida que habría deseado tener si sus circunstancias fueran diferentes.

“Oh, mi pobre niño, estás tan equivocado, pero veo lo que te cuesta hablar así, así que no te presionaré más,” dijo Lady Pensby suavemente.

“Gracias,” dijo Ralph. “Por favor, no mencionemos esto de nuevo. Ya se ha dicho y no hay necesidad de repasarlo ahora, ni en el futuro. Ahora te dejaré descansar. Has tenido un día ajetreado.”

*

Edith casi chocó con Ralph cuando entró en el salón a la mañana siguiente. “¿Cómo está su madre?” exigió.

Ralph había enviado una nota explicando que Edith no debería esperar visitar ese día debido a que Lady Pensby se sentía exhausta. “Está descansando. El doctor ha venido y ha aumentado la dosis de los nuevos medicamentos que está probando, así que está durmiendo. Dijo que eso es de esperar como un resultado perfectamente normal, así que aproveché la oportunidad para ver a Miles antes de sentarme con ella.”

“Fueron mis visitas, ¿verdad?” preguntó Edith, aún mortificada al darse cuenta.

“Habrá puesto un esfuerzo en ella, sí,” admitió Ralph. “Así como una conversación que tuve con ella anoche. No se preocupe, la semana pasada me habría enfadado al pensar que el esfuerzo le causó debilidad, pero ya no. Reflexioné mucho sobre su vida después de hablar con ella ayer.”

“¿Qué ha cambiado?”

“Hablando con Miles, en realidad. Explicó cómo ve la vida desde su regreso de la guerra y me hizo reflexionar sobre la forma de vida de mi madre,” dijo Ralph. “Me di cuenta de que mantenerla separada de todo significa que no está viviendo, solo existiendo. Si vive una vida más corta pero más feliz, entonces habrá tenido una buena vida. Estaba siendo egoísta al tratar de mantenerla viva más tiempo porque quiero que viva a cualquier costo. Que ese costo sea su disfrute de la vida es demasiado alto, así que no seré tan draconiano en el futuro.” No mencionó que no podía cambiar tanto como para traer una esposa y niños a su hogar, porque eso sería demasiado para ella.

Edith se acercó a Ralph y pasó su brazo por el suyo. Apoyando su cabeza en su hombro por un momento en una muestra de simpatía y comprensión, se apartó. “No es de extrañar que su madre lo adore, realmente tienes sus mejores intereses en el corazón. Retiro completamente cualquier referencia a un carcelero que haya hecho en el pasado.”

“Supongo que eso es algo,” dijo Ralph, con una ligera sonrisa. “Pasaré a ver a su hermano antes de regresar a casa. ¿Me acompaña?”

“No. Me quedaré aquí,” dijo Edith. “No los abrumaré mientras intercambian insultos.”

“Es bastante capaz de defender su rincón en ese sentido,” dijo Ralph con aprobación.

“Sí, pero a veces es agradable fingir que soy una verdadera dama de calidad,” dijo Edith con tono afectado.

“Una ilusa,” dijo Ralph al salir de la habitación, haciendo reír a Edith.

*

Edith entró en la habitación de Miles mucho después de que Ralph había visitado a su amigo. No se sorprendió al ver a su hermano sentado frente al fuego, completamente vestido, excepto por su chaqueta.

“Te ves bien,” dijo, sentándose en la silla opuesta a su hermano.

“Sí. La única enfermedad que sufro ahora es estar harto de no hacer nada aquí,” admitió Miles. “Creo que deberíamos irnos mañana.”

“Oh.”

“Estoy lo suficientemente bien como para viajar,” insistió Miles.

“¿Lo suficientemente bien como para que se envíe una carta a mamá?” bromeó Edith.

“A veces eres la peor hermana,” gruñó Miles. “¿No podríamos simplemente fingir que no pasó?”

“¿Y la ejecución de un salteador de caminos que atacó a un oficial de caballería no se informará ampliamente en los periódicos cuando llegue a juicio?” preguntó Edith.

“Buen punto. ¡Maldita sea!” maldijo Miles. “Nos iremos como estaba planeado y enviaremos la carta al mismo tiempo. Ella puede viajar a casa si lo desea o quedarse en Londres con su aquelarre de brujas.”

“Eso es tan poco caballeroso.”

“Suenas igual que Pensby. Hablando de él...”

“No lo hacíamos,” interrumpió Edith.

“Hablando de Pensby,” continuó Miles con una ceja levantada. “Supongo que todavía suspiras por él.”

“Ojalá que tus heridas te hubieran enseñado algo de delicadeza,” dijo Edith.

“¿Cómo demonios me enseñaría delicadeza que me hayan disparado?” preguntó Miles, desconcertado.

“Te dispararon porque insististe en discutir y pelear cuando una disculpa y razonamiento habrían sido más apropiados,” dijo Edith, tratando de ignorar el hecho de que su hermano la estaba mirando como si se hubiera vuelto loca.

“¡Preferiría bailar con el diablo antes que disculparme con un maldito sinvergüenza!” gruñó Miles. “¿Has perdido el juicio, Edith? ¿Es esto lo que hace el estar enamorado? Me aseguraré de evitarlo, si es así.”

“¡No estoy enamorada!” se defendió Edith.

“Veo la forma en que lo miras,” dijo Miles encogiéndose de hombros. “También veo la forma en que él te mira a ti.”

“Para el bien que nos hace a cualquiera de los dos,” respondió Edith.

“No es del tipo que se casa.”

“Lo sé. Lo sé. No hay necesidad de insistir.”

“No lo hacía,” dijo Miles. “Vamos, Edith, no creo que él te haga feliz. ¿Lo crees tú?”

“Me gustaría pensar que yo sería mejor juez de lo que me haría feliz, en lugar de tú. Pero

no quiero discutir, así que cambiemos de tema," dijo Edith. "No tiene sentido volver sobre terreno ya conocido. Lo intenté y mi tonto plan fracasó. Soy lo suficientemente astuta como para aceptar la derrota cuando me mira de frente."

"Lo siento," dijo Miles, con tono suave. "Le daría la bienvenida a la familia si fuera el que tú escogieras. Digo que no harían buena pareja no porque me desagrada, sino porque él nunca ha mencionado casarse por amor, pero tú sí. Si él tuviera la misma idea, no estaríamos teniendo esta conversación. Siento que es hora de dejar ir tus esperanzas con respecto a él."

"Lo sé. Lo haré. Me gustaría pasar a ver a Lady Pensby antes de irnos del área, sin embargo. Prometo que no tiene nada que ver con Lord Pensby. Realmente me gusta ella y odiaría simplemente enviar una nota en lugar de despedirme personalmente. ¿Podríamos hacerlo de camino?" preguntó Edith.

"Si estás segura de que no es una mala idea," dijo Miles sin convencerse.

"Estoy segura."

Capítulo 22

Lady Pensby saludó a los hermanos como si fueran amigos de toda la vida. Estaba sentada en el luminoso y amplio salón que Edith había admirado en su primera visita a Lymewood.

Sirviendo el té, Edith sonrió a Lady Pensby mientras esta le preguntaba a Miles sobre su carrera y sus viajes.

Ralph aceptó la taza que Edith le ofreció y le sonrió. "Parece que mi madre ha terminado su interrogatorio con usted. Ahora ha pasado a su hermano. Me preocupa que su estado debilitado no le permita resistir mucho."

"Sí, si Wellington hubiera conocido su existencia, podría haberla utilizado para interrogar a los prisioneros. Todos los secretos de Napoleón habrían sido revelados rápidamente," dijo Edith, sentándose en una silla junto a Ralph. "Se ve muy bien."

"Sí, el aumento de la medicación parece haberlo calmado todo de nuevo," dijo Ralph con alivio. "Anhelo que llegue el brebaje que el doctor ha enviado a buscar para que podamos empezar a probarlo. El doctor nos asegura que tiene buenos resultados, pero está tardando una eternidad en llegar a estas costas."

"Debe ser difícil para ambos no saber nunca cuándo esperar lo peor," simpatizó Edith.

"Supongo que después de un tiempo, se vuelve casi normal," admitió Ralph. "Por necesidad, ambos nos hemos aislado, pero especialmente Madre. La extrañará, aunque su relación haya sido muy reciente."

"Yo también la extrañaré," respondió Edith sinceramente. "Me alegra tener la oportunidad de hablar con usted antes de irnos. Quería preguntarle algo sobre las cartas."

Ralph se sonrojó y miró con cautela en dirección a Miles.

"Él no sabe que las ha escrito," dijo Edith. "Nadie lo sabe. Tengo que preguntarle si sabía que era a mí a quien estaba escribiendo."

Ralph, incómodo, asintió ligeramente. "Sí. Lo sabía."

"¿Cómo? Nunca le conté a nadie hasta que recibí la primera de sus cartas. ¿Fue cuando mamá trajo ese maldito paquete?" preguntó Edith, con las mejillas aún sonrojadas al pensar en esa experiencia embarazosa.

"No. Lo supe antes de eso," admitió Ralph.

"¿Cómo?" insistió Edith. "Debo conocer la verdad del asunto, ya que me ha intrigado desde que pensé que el escritor sabía quién era yo."

Ralph suspiró. "Por favor, no lo critique por hacerlo, pero su hermano me contó sobre su plan."

"¿Miles?" Edith jadeó.

"Shh. No querrá que sepa que hemos estado enviándonos correspondencia, ¿verdad?" Ralph le susurró.

"No. No quiero. Pero ¿por qué se lo contaría?" preguntó Edith, sintiendo burbujear la ira.

"Estaba preocupado por su hermana. En ese momento no me había reencontrado con usted, así que parecía la persona perfecta para confiar," Ralph se encogió de hombros. "Nunca le habría contado a nadie más."

"No. Y tampoco debería haberlo hecho mi hermano," siseó Edith.

"A veces necesitamos a alguien con quien hablar," admitió Ralph por primera vez. "Miles me necesitaba y yo la necesitaba a usted."

Edith permaneció en silencio durante un rato, tratando de procesar lo que había escuchado y las implicancias de las palabras de Ralph. Finalmente, se volvió para mirarlo directamente a los ojos. "Me utilizó."

"¿Qué? ¡No! Me volví hacia usted en mi hora de necesidad," dijo Ralph rápidamente.

"Sabía desde el principio que yo estaba buscando a alguien a quien amar y, sin embargo, me escribió tales palabras," dijo Edith.

"Se lo dije en la primera carta que no estaba interesado en el matrimonio," se defendió Ralph.

"Sin embargo, sus palabras fueron más que las de un amigo. Especialmente después de nuestro baile. Me envió una carta para decirme expresamente que pensabas que era hermosa. ¿Por qué haría eso?"

Ralph se pasó la mano por el cabello con frustración. "Tuvo una mala noche, cuando debería haber sido su mejor momento; la favorita del baile. En cambio, ese canalla la molestó. Solo quería que supiera que se veía magnífica. Era la verdad, no adulación falsa," dijo Ralph con frustración.

Edith lo miró con furia. "Ha sido peor que el Sr. Sage."

"¿Cómo se atreve a compararme con ese engañador astuto!" Ralph casi explotó, tratando en vano de mantener su voz baja.

"Él no intentó engañarme. Sus acciones desde el principio fueron las de un cazafortunas: adulación superficial y atenciones serviles. Vi de qué se trataba y no me engañó, ni me preocupó, nunca iba a desarrollar ningún sentimiento por él," dijo Edith con brusquedad. "Llenó mis días con su encanto, ingenio e inteligencia y llenó mis noches con sus palabras escritas. Eso hizo que me enamorara completamente de usted mientras usted solo jugaba conmigo."

"No estaba haciendo nada de eso," Ralph respondió con brusquedad, sintiendo culpa por las palabras que había escuchado. "Fui muy claro con mi intención, tanto al expresar verbalmente mis sentimientos como al poner por escrito que no buscaba una esposa."

"Sin embargo, sus acciones mostraron lo contrario. Eras inconsistente en el mejor de los casos y malditamente engañoso en el peor. Necesito irme," Edith se levantó sobre piernas inestables, que tambalearon aún más cuando se volvió y vio las expresiones atónitas tanto de su hermano como de Lady Pensby. "Miles. Necesitamos irnos a casa."

"Sí, creo que sí," dijo Miles con rigidez, mirando a Ralph con furia. "Mi señora, por favor, discúlpenos," dijo haciendo una ligera reverencia a Lady Pensby.

"Oh, no se vayan así," dijo rápidamente Lady Pensby. "Quédense y hablen de esto."

"Creo que ya se ha dicho suficiente," dijo Edith. "Siento dejarla en una nota tan amarga, pero por favor discúlpeme. Necesito irme."

"Por favor, escríbame y hágame saber que llegó a casa sana y salva," pidió Lady Pensby. Recibió un asentimiento tranquilizador de Edith.

"Pensby, tengo mucho que decirte, pero dudo que tenga la oportunidad de hacerlo pronto. Quiero que sepas esto, es bueno que esté herido, o recibirías la paliza de tu vida," dijo Miles con los dientes apretados al pasar junto a su amigo. "No sé qué juego estabas jugando, pero eres un maldito canalla por tomar la información que te di en confianza y usarla para tu propio beneficio."

Ralph no pronunció una palabra en represalia, solo observó cómo los hermanos salían de su salón. La habitación se llenó de silencio hasta que oyeron el sonido de las ruedas del carruaje

crujir sobre la grava del camino. Cuando el sonido finalmente se desvaneció, Lady Pensby habló.

"Estoy demasiado exhausta y molesta para pedir una explicación sobre todo lo que ha sucedido, pero insistiré en saber toda la historia más adelante."

"¿Te sientes mal?" Ralph preguntó, inmediatamente alerta a las necesidades de su madre.

"Por una vez, desearía que reflexionaras sobre tu propio comportamiento, en lugar de centrarte en mis necesidades," dijo Lady Pensby con tono cortante. "Nunca pensé que me sentiría avergonzada de ti, Ralph, pero en este momento me cuesta defender lo que he oído. Te dejaré por el momento. Necesito estar tranquila."

Ralph se quedó, con los oídos ardiendo por la reprimenda de su madre y el corazón pesado por la expresión en el rostro de Edith. Nunca se había sentido tan perdido en su vida y era por su propia estúpida culpa.

*

Durante los primeros kilómetros, ni el hermano ni la hermana hablaron. Cada uno estaba absorto en sus propios pensamientos y reacios a comenzar la conversación que necesitaba tenerse. El aire estaba cargado de infelicidad y confusión.

Finalmente, Miles rompió el silencio. "¿Cuánto tiempo has estado intercambiando correspondencia con Pensby?"

Edith había estado enojada, pero ahora solo se sentía cansada. Quería cualquier cosa menos hablar del tema de su locura con Miles, pero le debía una explicación. "Después de que cancelé el anuncio, recibí una última carta. Parecía venir de alguien que sufría una profunda tristeza en lugar de alguien con intención de flirtear. Él declaró que no estaba interesado en el matrimonio, pero por supuesto, después de la primera carta, me convencí a mí misma de que me favorecía y no quería decir lo que había dicho."

"¿Cuántas cartas ha habido?" preguntó Miles.

"No muchas. Aunque suficientes para pensar que había encontrado a mi hombre ideal," Edith casi se rió.

"¿Sabías que era Pensby?"

"No. Esperaba que fuera él, si soy honesta, pero por un tiempo, realmente pensé que era el Sr. Sage. Firmaba la carta como Sr. S, ¿ves? Salté a conclusiones, que eran incorrectas para empezar," admitió Edith.

Miles frunció el ceño por un momento o dos. "Swanson. El apellido es Swanson, así que técnicamente Pensby es Sr. S."

"No lo sabía. Supongo que debería haberlo sabido," dijo Edith, sintiéndose aún más tonta. "Me sentí tan aliviada cuando descubrí que no era el Sr. Sage. Solo lo descubrí en el carruaje cuando intentaba secuestrarme. No podía entender cómo sus palabras y acciones podían ser tan diferentes. Fue un gran alivio descubrir que estaba equivocada en mis suposiciones al menos en ese aspecto."

"Estabas tan decidida a contactar con Pensby a la mañana siguiente. ¿Habías adivinado de nuevo sobre el escritor?" preguntó Miles.

"Él había enviado lo que iba a ser su última carta, pero algunas de las pistas en ella me llevaron a convencerme de que era él quien había escrito las cartas. Cuando se confirmó que había salido de la ciudad, estaba segura de haber descubierto al verdadero escritor y tuve que seguirlo. Ves, fui estúpida en ambos aspectos," dijo Edith.

"No entiendo."

"Me había enamorado del escritor de las cartas y de Lord Pensby. Esperaba que fueran la misma persona, porque no sabía qué haría si no lo fueran. Lo que admití tontamente en el salón

era cierto. He estado enamorada de él durante semanas. Eso me hace aún más tonta, lo sé," dijo Edith oscuramente.

"Te advertí que te alejaras de él," respondió Miles. "Intenté poner la idea en tu mente de que no cumpliría con tus expectativas."

"Lo sé. Desafortunadamente, mi cabeza podría haber escuchado, pero mi corazón no," admitió Edith. "No me propuse enamorarme de un hombre que no quiere casarse, te lo aseguro."

"No. Supongo que no. Si te sirve de consuelo, creo que él siente algo por ti," dijo Miles tratando de consolar a Edith.

"No me sirve de consuelo, en realidad. Especialmente porque estoy viajando lejos de él a gran velocidad, habiéndole confesado mis sentimientos. No hay sonido de cascos detrás de nosotros, tratando de detener el carruaje y declarar que ha estado equivocado y que no puede vivir sin mí después de todo. De alguna manera, saber que le gusto no ayuda con el desprecio por mí misma con el que estoy luchando en este momento," dijo Edith con amargura.

"Supongo que no," respondió Miles sombríamente. "Podría haberle golpeado cuando me di cuenta de lo que había hecho."

"Eso no lograría nada. Me alegro de haber dejado Londres antes de enterarme. De esta manera, al menos no tengo que confesar que he sido una completa tonta a Susan."

"¿Qué tiene que ver la señorita King con esto?" preguntó Miles.

"Nada en sí. Pero como mejores amigas, confiamos la una en la otra, así que ella sabe sobre las cartas y mis sentimientos," admitió Edith.

"Oh," respondió Miles.

"Espero que tengas la intención de mantener este ritmo en nuestro viaje, hermano, porque cuanta más distancia pueda poner entre mí y Lord Pensby, mejor," dijo Edith, volviendo la cabeza lejos de Miles y mirando a ciegas por la ventana.

Nunca olvidaría la expresión de sorpresa de Ralph cuando ella le confesó que lo amaba, ni dejaría de arder de vergüenza cada vez que pensara en ello.

Capítulo 23

Lady Pensby había comido en su habitación y dormido durante la mayor parte de la tarde. Ralph la había visitado, pero estaba dormida, así que no la había molestado, dejando a su enfermera a cargo de su madre. Aunque sabía que tendrían una conversación sobre Edith, se alegraba de posponerla el mayor tiempo posible. Había hecho todo mal y cuanto menos pensara en ello, mejor.

Una pena entonces, que no pudiera pensar en otra cosa.

A la mañana siguiente, salió a cabalgar tan lejos como pudo de las casas, granjas y especialmente de las personas. Siempre había sido considerado una persona más taciturna, pero hoy, si tenía la mala suerte de encontrarse con alguien en su camino, probablemente lo describirían como miserable.

Una noche casi sin dormir no había hecho nada para aclarar su mente y cuando tuvo la suerte de dormir, sus sueños estuvieron llenos de imágenes del rostro decepcionado de Edith. No había llevado a un descanso reparador, de ahí su temprana exploración de su extenso parque.

Finalmente, no pudo retrasar su regreso más, la necesidad de ver a su madre era mayor que su deseo de escapar. Permitió que su caballo se dirigiera a los establos. Los mozos, al recibir solo un asentimiento cuando tomaron las riendas, decidieron que hoy no era el día para intentar bromear con su amo y se pusieron a trabajar en silencio.

Al entrar en el vestíbulo, Ralph dejó su sombrero y guantes. “¿Dónde está mi madre?” preguntó al mayordomo.

“En su sala de estar,” respondió el mayordomo.

“Me cambiaré y la visitaré allí. Sirva el té en media hora,” instruyó Ralph.

“Sí, señor.”

No pasó mucho tiempo antes de que Ralph entrara en la sala de estar de su madre, arreglándose los puños mientras caminaba.

“Buenos días, querida. ¿Dormiste bien?” preguntó, como siempre hacía, para darle un beso.

“Dormí mejor que tú por lo que parece,” respondió Lady Pensby, ofreciendo su mejilla a su hijo.

Ralph hizo una mueca. “Esperaba que el paseo a caballo ocultara algunas de las evidencias.”

“Creo que las ojeras necesitarán más que eso para desaparecer.”

“Maravilloso.”

Lady Pensby guardó silencio, observando a Ralph. No habían hablado para cuando trajeron la bandeja de té. Ralph se ocupó de preparar el té, prolongando la necesidad de iniciar la temida conversación.

Cuando le entregó una taza a su madre, se sentó en el asiento junto a ella. No podía enfrentar el té en ese momento. “Lamento que tuvieras que presenciar eso.”

“Lamento que mi hijo infligiera tal dolor a una joven que no lo merecía,” dijo Lady Pensby en voz baja.

“Siempre has podido ir al grano, ¿verdad?” respondió Ralph, inclinándose hacia adelante y frotándose las manos sobre la cara. “¿Ayudaría saber que sinceramente no tenía la intención de

lastimarla?”

“Ya te he dado crédito por eso,” admitió Lady Pensby.

“Desafortunadamente, eso no me hace sentir mejor.”

“¿No sospechaste cómo se sentía por ti? Seguramente debió haber señales.”

“Ciertamente no después de nuestra primera reunión,” dijo Ralph. “Discutimos.”

“Siempre es un buen comienzo para un romance,” Lady Pensby sonrió levemente.

“Después, hubo cierta atracción entre nosotros, sí, creo que sí,” dijo Ralph. “Ciertamente nos buscábamos el uno al otro. Y, ¿quién podría culparme? Ella es ingeniosa, considerada, acogedora y hermosa. Me deja sin aliento, es tan cautivadora.”

“Ella no se considera así,” dijo Lady Pensby. “Lo confesó aquí y no fue falsa modestia. Sinceramente, creo que no se ve como alguien fuera de lo común.”

Ralph miró a su madre con incredulidad, pero luego sacudió la cabeza. “Es típico de ella. Sin embargo, para ser justos, no creo que su familia la vea así tampoco. En una conversación antes de volver a encontrarme con ella, Miles expresó su preocupación de que ya estaba solterona. Dijo que no tenía mucho que ofrecer a un hombre aparte de su fortuna. Pensé que estaba siendo duro, pero cuando la conocí, me convencí de que era un tonto.”

“¿Por qué comenzaste a escribirle?”

“Ah, esa es la parte difícil,” comenzó Ralph. “No lo sé realmente.”

“¿Fue para confesar sentimientos que no podías declarar cara a cara?”

“En cierto modo, supongo, pero no eran sentimientos de amor, antes de que me acuses de eso. Eran otros asuntos,” respondió Ralph.

“Las presiones que tienes día a día con una vida que no es como elegirías que fuera?” dijo Lady Pensby suavemente, descansando su mano en el brazo de su hijo cuando él se tensó y la miró alarmado. “Soy tu madre. Te he conocido y observado casi todos los días de tu vida. Por supuesto, sé algunas de las luchas que tan admirablemente intentas ocultar a todos.”

“Me gusta mi vida tal como es,” se defendió Ralph.

“Pero podría ser mejor.”

“Cuando estés bien, o estable, entonces la vida será mejor. Eso será más que suficiente para hacerme feliz.”

“Oh, mi querido hijo. No es así como deberías estar pasando tu vida,” dijo Lady Pensby con tristeza.

“Estoy contigo. No quiero nada más.”

“Pensé que nunca me mentías.”

“No lo hago,” Ralph se sonrojó.

Lady Pensby rió. “Eres un mal mentiroso. Ahora, hay algunas cosas que quiero dejar claras.”

“No me gusta cómo suena esto.”

“Probablemente no, pero he intentado decirlo antes y me has ignorado. Esta vez será mejor que escuches,” advirtió Lady Pensby.

“Adelante.” Ralph se resignó a una charla, cuyo contenido no iba a estar de acuerdo.

“A menos que vayas tras esa chica y la persuadas de que se case contigo, me llevaré a mí misma al manicomio,” dijo firmemente Lady Pensby.

“¡No harás tal cosa!” explotó Ralph.

“Oh, sí lo haré. Si quedarme aquí va a impedirte vivir tu vida como debería ser, entonces de buen grado, sí de buen grado, me internaré en ese lugar.”

“No lo harías.”

“¿Quieres ponerme a prueba, Ralph? ¿Realmente?” preguntó Lady Pensby.

Ralph se levantó y caminó por la habitación hasta la chimenea. Agarró el atizador de bronce y descargó su frustración inicial en los troncos cuidadosamente apilados del fuego. Cuando se hubo contentado con enviar chispas por la chimenea y hacer que los troncos chisporrotearan debido a su tratamiento brusco, colgó el atizador en su soporte.

“No es tan simple como piensas,” dijo, volviéndose hacia su madre.

“Estoy deseando saber por qué no.”

“Me niego a poner en riesgo tu salud trasladándote a la Casa de la viuda y alejándote de todo lo que es familiar y seguro,” admitió Ralph. “Nada ni nadie vale esa disrupción y las consecuencias que podría causar.”

“Te das cuenta de lo cerca que está la Casa de la viuda del edificio principal, ¿verdad?” preguntó Lady Pensby con una sonrisa divertida.

“No se trata solo de la ubicación. Se trata del personal, la rutina y el alojamiento,” respondió Ralph con brusquedad.

“Todo eso se puede superar. Fácilmente,” insistió Lady Pensby. “Y debo admitir que mudarme a la casa, que desde siempre iba a ser mi hogar eventualmente, es mucho mejor que el manicomio.”

“Supongo que eso es algo,” fue la respuesta sarcástica. “Quedarte bajo este techo es aún mejor.”

“No lo creo,” dijo Lady Pensby suavemente. “Me he preocupado por si estabas siendo noble al no haberte casado nunca. Descubrir que eso es exactamente lo que estás tratando de ser, me convence aún más de que debe haber alguna separación entre nuestras vidas.”

“¡No! Quiero pasar todo el tiempo posible contigo. Acepto que debería hacer más de lo que he estado haciendo. Me doy cuenta de que no estuve viviendo una vida plena, pero cambiar eso por completo sería demasiado. No puedo arriesgarme a perderte. No puedo,” dijo Ralph desesperadamente.

“Ven aquí, mi tonto muchacho,” dijo su madre, extendiendo sus manos hacia su hijo. Ralph se acercó y se arrodilló frente a ella. Apoyó su cabeza en su regazo como hacía cuando era un niño. Ella le acarició el cabello suavemente. “Quiero pasar tiempo contigo, pero lo que más quiero en el mundo es verte asentado y feliz. Ya sea que tuviera esta enfermedad o no, podría morir hoy, mañana o en diez años. Nadie lo sabe. Así como no sabíamos cuándo moriría tu padre.”

“No quiero hacer nada que arriesgue ponerte más presión. Una esposa y los niños harían eso,” dijo Ralph en voz baja.

“Viví contigo de niño.”

“Pero llevamos una vida tranquila.”

“Sí, lo hicimos. Eso fue solo porque tenía miedo de dejarte mientras eras tan joven. No sé si realmente me hizo algún bien o no, porque los ataques aún ocurrían. Ahora, sin embargo, tendré paz en la Casa de la viuda cuando lo necesite. Te visitaré, a ti y tu grupo de niños, porque te veo con muchos, pueden visitarme cuando me sienta con ánimos. Podrás hacer todo el ruido que quieras cuando estés aquí en la casa principal. Justo como debe ser un hogar familiar. Esta casa necesita vida, Ralph. Ha estado en silencio demasiado tiempo.”

Ralph cerró los ojos y respiró profundamente para estabilizarse. “El cuadro que pintas, suena tan idílico, tan alcanzable.”

“Eso es porque lo es.”

“Y ”Sin embargo, he logrado lastimar a la única persona con la que podría crear ese

hogar."

"Mírame," ordenó Lady Pensby. Ralph se enderezó, con el rostro entre las manos de su madre mientras ella lo miraba profundamente a los ojos. "Si ella realmente te ama, lo cual creo que así es, eventualmente te perdonará. Solo tendrás que encontrar la manera de convencerla de que vales la pena una segunda oportunidad."

"¿Eso es todo lo que necesito hacer?" dijo Ralph con una pequeña sonrisa.

"No digo que sea fácil, pero estoy segura de que idearás algún plan para persuadirla."

"Su hermano no me dejará acercarme a menos de ochenta kilómetros de ella," dijo Ralph con gravedad.

"Bueno, ella se enamoró de ti a través de la palabra escrita una vez, tendrás que lograr que lo haga de nuevo," fue la firme respuesta.

Capítulo 24

El cabello de Edith volaba detrás de ella mientras su caballo saltaba la valla de un metro y medio. Oyó el grito preocupado de su mozo de cuadra, pero lo ignoró, alentando a su caballo a galopar lejos de la puerta tan pronto como sus cascos tocaron el suelo. Atravesando el campo, se agachó sobre el cuello del animal y lo instó a saltar el seto.

Ella gritó de júbilo, ya que una vez más estaba en el aire, libre y sin restricciones. Un tropiezo cuando los cascos delanteros tocaron el suelo la hizo tirar de las riendas para detener a su caballo favorito.

"Tranquilo, amigo," dijo, deteniéndose.

Bajándose del caballo, revisó sus patas y se desanimó al encontrar que su pata delantera izquierda era sensible al tacto.

"Oh, pobre chico," murmuró mientras acariciaba el hocico jadeante del animal. "¿Fue un salto demasiado alto? Te llevaremos de regreso a casa despacio."

Al empezar a llevar al animal de regreso a casa, su mozo de cuadra finalmente pudo alcanzarla. "Lo montó demasiado duro, Lady Edith."

"Lo sé. No necesita regañarme, me avergüenzo de haberlo lastimado. Miles estará furioso," admitió Edith.

"Está intentando saltar setos cada vez más altos. El amo me colgará si se cae," admitió el mozo de cuadra.

"Él no le echará la culpa," le aseguró Edith. "Incluso él lucha para mantenerme en obstáculos más suaves."

Caminaron de regreso a Barrowfoot House lentamente, para no causar más daño al caballo. Cuando llegaron de vuelta a los establos, Edith no se fue hasta que el mozo de cuadra jefe revisó la pata lesionada. Él sacudió la cabeza a Edith de una manera que la transportó a su juventud, cuando la maldecía por ser imprudente con los animales en su necesidad de velocidad.

Finalmente, Edith regresó a la casa, subiendo inmediatamente a cambiarse. Llegó demasiado tarde para el almuerzo, así que pidió pan, jamón y queso en el salón. Quince minutos después, finalmente se sentó a tomar una bebida caliente y algo de alimento.

Apenas había terminado su comida ligera cuando Miles irrumpió en la habitación. Al mirar hacia arriba, se preparó para la inevitable reprimenda.

"Si estás decidida a saltar cada seto de la tierra a riesgo de tu vida, sé lo suficientemente buena como para no lastimar a un animal inocente. Estará fuera de acción por días, si no más," gruñó Miles.

"Lo sé. Podría haberme maldecido a mí misma, te lo aseguro," admitió Edith. "No debería haber hecho los dos saltos en rápida sucesión."

"No deberías haber hecho ninguno," espetó Miles. "No creas que tu monta imprudente no se reporta."

Edith frunció el ceño. "¿No hay libertad alguna?"

"No cuando estás causando daño a algo que no tiene voz en el asunto," dijo firmemente Miles. "No sé de dónde viene este deseo de muerte, aunque puedo adivinar, pero tiene que parar."

"Guarda tu imaginación hiperactiva para ti," respondió Edith con tono cortante. "Monto

solo por la emoción del viento en mi rostro."

"Si tú lo dices," dijo Miles sin convencerse. "Sea cual sea la razón, tiene que parar."

"Normalmente no tengo la costumbre de maltratar a mis caballos y, por supuesto, sé que no puede continuar," dijo Edith. "Ahora deja de sermonearme. Estás sonando como mamá."

"Por fortuna para ambos, ella se está divirtiendo demasiado en Londres como para preocuparse por nosotros," dijo Miles.

"¿Quién hubiera pensado que nosotros estaríamos escondidos en el campo y ella disfrutando de la temporada al máximo?" dijo Edith con una carcajada. "Es curioso cómo resulta la vida."

"Estoy mejorando cada día. Pronto estaré lo suficientemente bien como para soportar el viaje y las actividades cuando llegue, lo que significa que debería regresar a Londres," dijo Miles.

"Sabíamos que iba a pasar un tiempo aquí sola," dijo Edith. "Creo que escribiré a la prima Adele y ver si le gustaría una visita larga conmigo. Podemos ver cómo nos va y a la vez puedo buscar un lugar para establecerme."

"Sigo sin pensar que sea una buena idea," Miles se sintió obligado a señalar.

Una criada golpeó la puerta, impidiendo que Edith respondiera a su hermano. La criada le entregó dos cartas. Después de que la criada se fue, Miles miró a Edith de reojo. "¿Hay algo de lo que debería preocuparme?"

"Pfft. Deberías trabajar en esos problemas de confianza que tienes," le regañó. "Cartas de Susan y Lady Pensby. ¿Tienes alguna objeción a alguna de ellas?"

"No. Aunque creo que mantenerte en contacto con Lady Pensby solo mantendrá tus sentimientos hacia Pensby un poco a flor de piel, ¿no crees? La distancia suele ser lo mejor en estos casos."

"¡Miles! ¿Hay algo que quieras compartir conmigo? Eso suena a voz de la experiencia," dijo Edith con tono mordaz.

"De ninguna manera. Pero tengo ojos," dijo Miles con un encogimiento de hombros.

"Bueno, mis ojos van a estudiar estas cartas, así que te dejaré en paz," dijo Edith, levantándose y moviéndose hacia la puerta. Hizo una pausa antes de salir. "Realmente necesitas dejar de preocuparte por mí. Estaré bien."

Al entrar en el pasillo, exhaló profundamente. No tenía idea de cómo no se había delatado frente a Miles. Reconocer la escritura en una de las cartas casi la había hecho entrar en espasmos. Ralph le había escrito. La segunda carta era de Susan, como había dicho, pero no podía haber admitido la verdad de la primera carta a Miles.

Apenas pudo esperar a cerrar la puerta de su habitación, rompió el sello y abrió la carta.

Querida Señorita S,

Por favor, no queme esta carta, no hasta que me haya dado la oportunidad de explicarme, aunque me doy cuenta de que no merezco su comprensión.

Lo que he hecho es imperdonable. Lo sé ahora y lo supe desde el principio. Lo que supongo hace que mis acciones sean aún peores, pero me he prometido que siempre seré honesto con usted de ahora en adelante. Una decisión que actualmente pienso que quizás no he pensado del todo.

Mis acciones no excusan el hecho de que necesitaba hablar con alguien y mi primer instinto fue acudir a usted. Supongo que, en otra vida, las cosas habrían sido tan diferentes, pero ¿quién sabe? Dije la verdad cuando dije que usted era mi ancla. Por primera vez, pude decir un poco de lo que me estaba preocupando. Admito que, espero que al leer mis palabras haya una

pizca de la simpatía por la cual es conocida por aquellos que la consideran. Espero, por mi bien, que mi apuesta esté dando frutos.

La expresión en su rostro cuando nos separamos la última vez está atormentando mis noches. Es mi última imagen de usted y, aunque anhelo recordar su rostro sonriente, su risa, su rostro mientras la besaba, no puedo sacudirme la mirada que me dio cuando la lastimé con mis palabras. Lamento mucho haberle causado tal dolor.

Desde que la conocí, es como si se hubiera infiltrado en mi ser y llenado cada uno de mis pensamientos. Ahora estoy desolado por su pérdida, aunque sea como resultado de mis propias acciones.

Si pensara que ayudaría, pediría una audiencia con usted, para pedir su perdón, pero no me atrevo. Recibir su negativa me quitaría el último gramo de esperanza que tengo de volver a verla.

No creo que alguna vez logre estar en paz si se me impide estar en su compañía una vez más.

¿Me enviará al demonio? ¿Se reirá de mi estupidez? ¿Estará enojada con mi audacia? Haga lo que la haga sentir mejor, pero espero que una pequeña parte de su corazón pueda perdonarme. Tal vez con el tiempo.

Su servidor,

Sr. S

Edith se puso las manos en la cabeza después de leer la carta tres veces seguidas. Gimiendo, arrugó la carta en su puño. "¿Qué estás tratando de hacerme? ¿Torturarme? ¡Porque está funcionando!" murmuró ferozmente al pedazo inerte de papel.

Guardando la carta en el cajón con cerradura, se volvió hacia la carta de su amiga. "Me niego a responder y darle cualquier tipo de aliento," se dijo a sí misma.

Dos días después, Edith recibió otra carta. Estaba en la biblioteca, sola, y agradecida de que Miles estuviera afuera probando al caballo para ver cómo soportaban sus heridas el ejercicio.

Rompiendo el sello, su corazón se aceleró. No había respondido y, sin embargo, él había escrito de nuevo.

Mi querida Señorita S,

Solo puedo presumir que mis palabras le ayudaron a mantener el calor mientras se quemaban en su fuego. Me entristece, pero no puedo decir que la culpe.

Mi madre está bien y le envía su amor, lo cual le quita un poco de magia a escribir una carta de amor, cuando está llena de saludos de un padre.

¿Mencioné que estas serían cartas de amor? No lo supongo. Después de nuestra última correspondencia, puedo entender si sospecha de ello, pero créame cuando digo que lo son.

Después de que se fue, me di cuenta de que no estoy completo sin usted. El pensamiento me aterroriza, pero es la verdad. Mi querida madre – que es demasiado aficionada a usted para mi gusto – me reprendió. Si mis deseos se hicieran realidad, me temo que nunca ganaría una discusión, siempre estarían de acuerdo, usted y ella.

Eso sería un pequeño precio por pagar para tenerla a mi lado por el resto de mi vida. Porque eso es lo que quiero. ¿Hablo fuera de lugar? Probablemente. Por el momento, se me impide verla, así que esta es mi única forma de comunicación.

Me equivoqué, ¿sabe? Pensé que si no me casaba o tenía hijos podría mantener a mi madre a salvo y conmigo el mayor tiempo posible. No podía enfrentarme a la idea de perderla. Fue solo después de su visita y de hablar con mi madre que me di cuenta de que estaba

equivocado. No puedo controlar lo que le sucede a ella. Puedo proporcionar la mejor ayuda médica que podamos encontrar y todo el confort y apoyo que necesita cuando ha tenido uno de sus episodios, pero no puedo evitar la realidad de perderla algún día. No importa lo que haga.

En verdad, todo lo que estaba haciendo era evitar ser feliz y eso me quedó claro cuando la conocí. De repente, mi futuro parecía sombrío porque usted no estaría en él. Me he sentado y he pensado en cuántos hijos tendríamos y si todos serían tan hermosos como su madre, y luego me dolía de anhelo estar con usted. Desde el primer encuentro, nunca más podré estar contento con mis decisiones insensatas.

Edith, la he amado desde la primera vez que nos conocimos. Desde el momento en que bajó esas escaleras en Curzon Street, quedé completamente enamorado.

Por favor, encuentre en su corazón la manera de perdonar algún día mi comportamiento insensato.

Siempre suyo,

Mr S

Edith apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá en el que estaba sentada. ¡Prácticamente le había propuesto matrimonio! La única cosa que quería más que nada y él lo había hecho.

Sin saber qué pensar o cómo actuar, leyó y releó la carta. No había duda, él estaba declarando sus sentimientos por ella. "Hombre tonto," maldijo suavemente. "¿Cómo diablos voy a responderle?"

Era cierto, si escribía de vuelta y pedía a Miles que franquease su carta, él o se negaría rotundamente o querría saber de inmediato exactamente qué estaba pasando. Conociendo a Miles, probablemente cabalgaría hasta Lymewood y le daría a Ralph la paliza que le había prometido anteriormente.

Podría llevar la carta al pueblo y enviarla en la oficina de correos, pero eso causaría chismes y Miles seguramente se enteraría. Podría enviar una carta a Lady Pensby, pero de alguna manera eso se sentía incorrecto. También existía la posibilidad de que Lady Pensby leyera las palabras de Edith y sus mejillas se sonrojaron solo de pensarlo.

No. No podía hacer nada, lo que significaba que Ralph no se daría cuenta de que había sido afectada por sus palabras y probablemente se rendiría.

Podría haber insultado tan bien como cualquier hombre.

Capítulo 25

*Mi querida Srta. S,
He decidido tomar el asunto en mis propias manos. Si está ignorando mis cartas, al menos no ha escrito para pedir que deje de escribir.
Teniendo eso en cuenta, voy a convertirme en un hombre de acción y, por una vez en mi vida, luchar por lo que quiero.
Solo espero que aún me quiera.
Siempre suyo,
Mr. S*

Ralph estaba tomando un gran riesgo. Podría ser recibido en la puerta por un ejército de sirvientes, todos liderados por un enfurecido Miles. O una enfurecida Edith, para el caso.

Los días entre el envío de las cartas habían sido una tortura. Quería que ella respondiera, esperando en cada momento recibir una carta, pero, aunque afinaba los oídos con cada ruido, no había llegado ningún mensaje.

“Ella no volverá a confiar en ti tan fácilmente,” lo calmaba Lady Pensby mientras su hijo desfilaba de un lado a otro de su habitación.

“Lo sé. Pero incluso si ella me enviara una carta maldiciéndome hasta América y de vuelta, al menos sabría cómo se siente y si mis esfuerzos son en vano,” dijo Ralph.

“No puedes esperar que ella caiga en tus brazos, hablando metafóricamente, claro. Va a ser más difícil porque no puede ver que hablas en serio.”

“Eso es, ¿no? Tendré que ir a verla,” dijo Ralph. “Si no cree en mis palabras, le hablaré cara a cara.”

“Aún tendrás que andar con cuidado,” advirtió Lady Pensby.

“Tendré que encontrar una manera de verla primero. Es poco probable que Longdon me reciba con los brazos abiertos después de la amenaza que me hizo.”

“Tendrás que controlar tu temperamento. Nada de peleas para desahogar toda esta frustración,” advirtió Lady Pensby.

Ralph sonrió. “Es poco probable que lance un golpe cuando estoy tratando de persuadirlo de que soy el hombre adecuado para su hermana.”

“Bien. Ahora ve con mi bendición y vuelve con una esposa.”

“Me pregunto si ella se casará aquí,” dijo Ralph.

Lady Pensby sonrió. “No esperes. ¿Por qué no obtienes una licencia especial y te casas de inmediato?”

“¡Madre! ¿Realmente sugieres que nos casemos de esa manera?” preguntó Ralph, asombrado.

“Por supuesto. No quiero que tengas ninguna oportunidad de que pensamientos tontos se te pasen por la cabeza. Lady Edith es perfecta para ti. Lo supe desde el momento en que la vi. Ahora, ve y consíguete una novia y una hija para mí,” instruyó Lady Pensby.

Ralph se acercó a la cama y besó la cabeza de su madre, que estaba envuelta en una cofia de encaje. “Bien. Haré exactamente lo que desees, pero cuando la casa esté llena de una docena de niños, no te quejes de que hay demasiados.”

“¡Nunca, chico tonto! Que Dios te acompañe, hijo mío.”

*

Ralph se había alojado en el siguiente pueblo donde vivía la familia Longdon. No quería que ningún indicio de su llegada se filtrara a la casa. Su carta había dado suficientes pistas.

Después de una mala noche de sueño, se levantó temprano y se dirigió a Barrowfoot House. No había traído ningún ayuda de cámara, solo una pequeña bolsa y su caballo. Después de tomar su decisión, no tenía sentido demorarse, por lo que viajar a caballo era la forma más rápida de llegar a Edith.

Cabalgando tranquilamente por el camino de entrada de Barrowfoot House, pudo admirar el parque. Estaba en Hampshire, un condado con colinas en lugar de montañas, pero tenía un aspecto agradable. Le había tomado dos días de viaje duro y había llegado tarde la noche anterior, causando un poco de sospecha de ser algún tipo de malhechor cuando llegó por primera vez a la posada.

Ahora, iba a averiguar si su viaje había sido en vano. El camino de entrada se abrió para revelar una casa palladiana construida en piedra caliza. Parecía moderna e impecable y para el ahora ligeramente intimidado Ralph, un poco intimidante.

Al desmontar, la puerta fue abierta por un lacayo. “Estoy aquí para ver a Lord Longdon,” dijo.

“Está fuera de casa en este momento, señor.”

“¿Está Lady Edith en casa?” preguntó Ralph.

“Si quiere entrar, señor, tomaré su tarjeta.”

Ralph entró en el vestíbulo cuadrado de mármol. Entregando su tarjeta al lacayo, fue llevado a una pequeña antesala con una mesa lateral y sillas. Incapaz de sentarse, Ralph paseaba por la pequeña habitación. Al menos Miles no estaba allí. No quería engañar a su amigo, pero tampoco quería verlo todavía; solo la etiqueta de su situación le había hecho preguntar por Miles primero.

El lacayo regresó y le pidió a Ralph que lo siguiera. Llevándolo a un salón en la planta baja, abrió la puerta para Ralph y se hizo a un lado mientras entraba.

Edith se había levantado cuando Ralph cruzó la puerta. Asintió con la cabeza al lacayo para que se retirara y luego dirigió su atención a Ralph. “Lord Pensby.”

Esto no era un buen comienzo, pensó Ralph al ver la expresión impasible en el rostro de Edith. “Lady Edith, perdóneme, no podía esperar más. Tenía que verla,” dijo, dando un paso hacia ella y luego vacilando mientras su valor flaqueaba un poco.

Edith permaneció de pie. “Ya veo.”

“¿Llego demasiado tarde? ¿Destruí su buena opinión para siempre?” preguntó Ralph. “Dígame que mi caso no es completamente desesperado.”

“No.”

“¿No? ¿Ha decidido en contra mía?”

“No he decidido nada. Porque no sé completamente qué se me está ofreciendo,” admitió Edith. Ella lo observaba de cerca, tratando de no verse afectada por su rostro pálido y su expresión preocupada. Parecía más joven y más vulnerable mientras la miraba, pareciendo esperar la más mínima pista de sus sentimientos.

Ralph colocó su sombrero y guantes en el sofá más cercano. Los había sostenido mientras estaba en el vestíbulo, necesitando aferrarse a algo. Acercándose a Edith, extendió sus manos. “Le ofrezco todo. Mi corazón. Mi alma. Mi vida. Mi amor,” dijo en voz baja.

Calma, pensó Edith. Tomando una respiración que la calmó, pudo sonar razonablemente indiferente. “Pero usted tenía opiniones tan firmes sobre el matrimonio que estaba muy dispuesto

a compartir. ¿Qué podría haber cambiado para alterar eso?”

“Usted me cambió,” admitió Ralph. “Era fácil ignorar lo que quería mientras no había conocido a alguien con quien consideraría pasar siquiera un mes, y mucho menos el resto de mi vida.”

“Pero incluso conmigo, dejó muy claro que no buscaba matrimonio,” señaló Edith.

“Estaba tratando de alejarla. Supongo que sin ningún pensamiento consciente detrás de ello. Presumía que, si podía rechazarla, mis sentimientos se detendrían,” respondió Ralph. “No funcionó.”

“Tengo que preguntar,” comenzó Edith. “¿Tiene esto algo que ver con los deseos de su madre?”

“¿Qué? No. Aunque a ella le cae bien usted.”

“Si pensara por un momento que ella lo había persuadido para que me propusiera matrimonio porque quiere verlo casado, puede irse...”

Ralph dio dos zancadas y detuvo a Edith de hablar de la mejor manera que pudo, la envolvió en sus brazos y la besó.

Este no era el beso que habían compartido anteriormente; este era un beso de pasión, de mostrar lo que las palabras no podían decir. Un beso que expresaba sentimientos que había tratado de ignorar durante tanto tiempo.

Edith no había dudado en rodear el cuello de Ralph con sus manos y acercarlo hacia ella. Había querido estar en sus brazos desde que él entró por la puerta, pero había esperado hasta estar segura de él. Mientras él la besaba con tanto sentimiento, sosteniendo su rostro en sus manos y luego moviéndolas para acercar su cuerpo al de ella, ya no podía cuestionar su intención.

Eventualmente, Ralph apoyó su frente contra la de Edith. “He querido besarla así desde el momento en que la conocí.”

“Ahora, no quiero tonterías de usted. No deseaba eso en absoluto,” reprendió suavemente Edith, mientras torcía sus dedos en el cabello de él.

“Sí que lo deseaba,” dijo Ralph, mordisqueando suavemente su labio. “No sé cómo logré mantener mis manos lejos de usted hasta que compartimos ese breve beso. He soñado con ver sus ojos calentarse como lo hicieron entonces.”

“Y me gustaría que quitaras tus manos de mi hermana y me dijeras por qué parece que la has besado no una, sino dos veces,” dijo la voz retumbante de Miles.

Tanto Ralph como Edith se separaron de un salto, pero Ralph mantuvo su brazo alrededor de la cintura de Edith en un gesto protector. “Pedí verte primero, pero me dijeron que estaba fuera,” respondió a Miles.

Cerrando la puerta detrás de él, Miles avanzó más en la habitación. “Así que decidiste comprometer a mi hermana, aunque no tienes intención de casarte con ella.”

“Tengo toda la intención de casarme con ella, si ella me acepta,” Ralph miró a Edith, una tímida sonrisa levantando sus labios.

“Edith, te aconsejo encarecidamente en contra de ello,” dijo Miles mirando a Ralph. “Tenías razón en lo que dijiste cuando lo visitamos, él no es diferente a Sage. Se aprovechó de la información que le di para acercarse a ti, pero luego, incluso peor que ese sinvergüenza, te rechazó. ¿Realmente vas a perdonarlo por eso?”

Edith se sonrojó. “Estoy confundida”, admitió. Sintió que Ralph se alejaba de ella y lo miró alarmada.

“No voy a obligarla a hacer algo que no quiera hacer”, dijo él suavemente. “Mis

sentimientos no cambiarán. Se lo prometo, pero quiero que venga a mí no porque haya sido persuadida por mí o por su situación, sino porque me quiere por encima de todos los demás”.

“Sabe que lo amé, ¿verdad?”, preguntó Edith, con las mejillas enrojecidas.

“Sí. Cuando pensó que la había traicionado, mencionó ese hecho”, dijo Ralph. “Espero que un día vuelva a amarme, porque parece que logré convertir sus sentimientos en algo en contra de mí, como el bufón que soy”.

“Lo siento. Estaba abrumada al verlo y me comporté como una joven inmadura”, dijo Edith. “Me gustaría tener un poco de tiempo para pensar”.

“Por supuesto”, respondió Ralph, tratando de ocultar la derrota aplastante que sentía. “Me marcharé, pero me quedaré en la posada Cheshire Oak a unas millas de distancia. ¿La conoce?”

Edith asintió.

“Bien. Envíeme un mensaje y volveré inmediatamente. Si no he oído de usted en tres días, supondré que no puede perdonar mi locura pasada y me iré a casa”, concluyó Ralph.

Se dio la vuelta y recogió su sombrero y guantes de donde los había descartado, asintiendo a Miles. Se detuvo ante la mirada amenazadora que recibió. “No culpes a tu hermana por lo que ha ocurrido aquí hoy y en el pasado. La he perseguido y quiero adorarla el resto de mis días. Sé que deseas que me vaya al diablo, pero no me propuse engañarte deliberadamente y si ella dice que sí, tu desaprobación no nos detendrá. Me gustaría tu bendición, pero no la necesito”.

“Vete”, gruñó Miles, con los puños cerrados a su lado.

Capítulo 26

“¿Por qué? ¿Por qué, después de todo lo que ha hecho para lastimarte, estarías envuelta alrededor de él como lo estabas? ¿No te respetas a ti misma?” Miles siseó una vez que Ralph se hubo ido.

"¡Por supuesto que sí!" replicó Edith, con el rostro en llamas. “¿Por qué de repente te has opuesto tanto a él? ¿Qué sabes que haría que te disgustara tanto?”

Miles se adentró más en la habitación y se sirvió una gran cantidad de brandy. “No sé nada” dijo antes de dar un gran sorbo a su trago.

“Entonces no entiendo tu objeción” Edith se encogió de hombros.

"Te ha lastimado y te ha utilizado. Tú misma lo dijiste. ¿Por qué lo perdonarías? ¿Cómo puedes confiar en él después de eso?"

“Miles, ¿quién te ha herido tanto para que reacciones con tanta dureza?” preguntó Edith con dulzura.

"¡Nadie! Solo estoy cuidando a mi hermana. ¿Está eso tan mal?" preguntó Miles.

"No. Y lo agradezco, pero solo hasta cierto punto. Tienes que entender algo de tu amigo” empezó a decir Edith.

"Ya no es mi maldito amigo mío".

"¡Ahora sueñas como un niño!" exclamó Edith. "Eres mejor que eso. Lord Pensby se ha equivocado en su perspectiva de la vida debido a la enfermedad de su madre. Estaba viviendo su vida de la manera que pensaba que era mejor para ambos, pero recientemente, las cosas han cambiado para él".

“¿Cómo?”

“Me recibió y, al parecer, dejé al gato entre los pájaros” sonrió Edith.

“¿Y él te ha dicho esto?”

“Sí, criatura sospechosa, pero su madre también insinuó que creía que él sentía algo por mí, mucho antes de que nadie supiera de la existencia de las cartas. De hecho, se habían detenido en ese momento por instigación suya”, dijo Edith.

Miles gruñó.

“He tenido tiempo de sobra para pensar en sus acciones” dijo Edith.

“Y te han afectado tan poco que has intentado saltarte todas las vallas y setos complicados en un radio de diez millas” dijo Miles con sarcasmo.

"Eso se detuvo hace más de una semana", respondió Edith.

“Cuando lastimaste a tu caballo” señaló Miles.

“Cuando recibí una carta suya”.

Edith prefirió no responder al insulto que Miles profirió ante sus palabras.

"He estado pensando en poco más y no, antes de que me preguntes, no respondí a su carta. Si quieres, fue una especie de prueba para él por mi parte", admitió Edith.

“¿Cómo es eso?”

"Quería ver cómo respondería a una reprimenda. No era una carta escrita, es cierto, pero no podía responder a su correspondencia sin que te enteraras y quería tomar mis decisiones sin tu opinión. Lo siento".

"A veces eres demasiado independiente".

“He tenido que serlo” dijo Edith con naturalidad.

“Lo sé.”

"Por eso era importante llegar a mis propias conclusiones".

“Por la forma en que lo abrazabas a mi entrada, supongo que ya lo has hecho.”

“Sí” sonrió Edith.

“Entonces, ¿por qué esa vacilación cuando llegué?”

"Quería hablar contigo. Este odio hacia Lord Pensby no puede continuar si voy a casarme con él. No eres así, Miles. Eres una de las personas más tranquilas que conozco", dijo Edith.

“Solía serlo, tal vez” admitió Miles. Suspiró. "Tienes razón. La vida es demasiado corta para quedar atrapado en disputas tontas. Me comportaré de la mejor manera posible la próxima vez que vea a Pensby".

Edith se acercó a su hermano y se sentó a su lado. “Gracias, Miles. Eres la segunda persona más importante del mundo para mí. Realmente significa algo saber que estás feliz por mí”.

"No necesito preguntar quién es el primero. Me alegraré cuando vea que te trata bien y te quiere como debe ser” admitió Miles a regañadientes.

"Oh, lo hará. Estoy segura de ello".

"Hay otra persona que estará extasiada con el partido", señaló Miles con un parpadeo de sonrisa.

"¡Madre!" gimió Edith. "Va a ser una pesadilla con los preparativos de la boda. Podría ser suficiente para desanimarme de todo el asunto."

"No hagas bromas así en este momento. Déjame acostumbrarme a que Pensby me vuelva a gustar, antes de que hagas bromas frívolas."

"Lo siento" sonrió Edith. "Pero antes de decírselo a mamá, será mejor que me ponga de acuerdo para visitar a mi prometido."

"Envíale una carta y pídele que te visite" dijo Miles.

"No. Creo que lo que tengo que decir debe decirse en terreno neutral. Me encargaré de que traigan el carruaje."

"¿Siempre podrías esperar hasta mañana?" sugirió Miles.

"¡No sabía que tenías una vena tan cruel en ti! ¿Te apetece dejar que el pobre hombre sufra de la noche a la mañana?", reprendió Edith.

"Le hará mucho bien".

"¡Miles!"

"Mandaré a buscar el carruaje."

*

Cuanto más giraban las ruedas a medida que el vehículo avanzaba por las carreteras, más nerviosa se ponía Edith. Tratar de averiguar lo que iba a decir solo la empeoró, así que, en lugar de eso, se sentó, mordiéndose la parte inferior del labio mientras la llevaban al Cheshire Oak.

La posada estaba bulliciosa cuando ella llegó, pero pronto se ordenó a un lacayo que averiguara si Ralph estaba allí y si tenía un salón privado. A los pocos minutos fue conducida por el posadero y seguida por el lacayo, hasta el salón de la planta baja.

Ralph se levantó de un salto, su rostro parecía igualmente lleno de esperanza y duda. El posadero se retiró, pero el lacayo miró hacia atrás.

"No."

"Pensé que verla tan pronto era demasiado bueno para ser verdad."

"Me gustaría hacerle algunas preguntas primero, si no tiene objeciones," dijo Edith, pero su voz contenía una risa.

"Por supuesto. Por favor, siéntese."

"Prefiero estar de pie."

“Como desee.”

“¿Cuál es el estado de sus finanzas?” preguntó Edith.

“Estoy aumentando la riqueza de mi familia, no disminuyéndola,” respondió Ralph parpadeando.

“Supongo que eso es gracias a las ganancias del juego que obtiene,” dijo Edith con ligereza. “Al menos parece que no se lo puede acusar de ser un cazafortunas.”

“No.”

“¿Quiere tener hijos?”

“Sí. Muchos, especialmente si se parecen a su madre.”

Edith tragó saliva. “¿Insistirá en ir a Londres para la temporada todos los años?”

“No. El amor de mi vida preferiría quedarse en el campo y yo también.”

“¿Qué hay de los parientes embarazosos?”

“Mi madre es un gusto adquirido, pero mejora con el tiempo.”

Edith rió. “¡Bruto! Sabe perfectamente que me refería a mi propia madre.”

“Hablaba en serio, no ha pasado suficiente tiempo con mi madre para conocer sus defectos.”

“La mía probablemente querrá visitarnos.”

Ralph dio un paso hacia Edith. Cuando ella no se alejó, dio otro y otro hasta que estuvo directamente frente a ella. “Si la tengo como esposa, nada más importará. Ni los parientes que nos frustren, ni las personas que hablen de nosotros, nada de eso me afectará porque la tendré a usted.”

“Debería escribir poesía, tiene un don con las palabras.”

“Intenté escribir cartas, pero había demasiado que podía salir mal. En el futuro, me voy a basar en la palabra hablada,” dijo Ralph. “¿Tenemos un futuro, Edith?”

“Mi madre será insoportable mientras planificamos la boda. ¿Está seguro de que quiere hacer esto? Le prometo que su paciencia será puesta a prueba,” dijo Edith, queriendo señalar todos los problemas a los que se iba a enfrentar.

“Ah, tengo algo para usted,” dijo Ralph, sacando un papel de su bolsillo. “Si alguna vez dice que sí a mi propuesta, que debo señalar que aún no lo ha hecho, pero si lo hace, entonces esto podría ayudar a resolver todos nuestros problemas.”

Edith tomó el papel y, después de leerlo, miró a Ralph con sorpresa. “¿Una licencia especial?”

Rodeando a Edith con sus brazos y acercándola a él, le besó la nariz. “Si quiere una boda grande y lujosa planificada por su madre, eso es lo que tendremos. Lo digo de buena gana. Si me pregunta lo que quiero, sería casarme con usted tan pronto como podamos encontrar un ministro. Luego podemos enviar un mensaje urgente a su madre, diciéndole que el hecho está consumado, colocar un anuncio en The Times, y luego la llevaré a casa.”

“¿En The Times? ¿En la sección de Anuncios?” preguntó Edith.

“Por supuesto. ¿Dónde más? Pero es su elección. No hay presión de ninguna manera. Aun así, la tendré como mi esposa. Eso es todo lo que realmente quiero.”

“La licencia especial es perfecta, siempre y cuando Miles esté presente,” dijo Edith, sonriendo.

“Por supuesto. Necesita que él la lleve al altar, después de todo. ¿Eso es un sí, entonces?”

“Supongo que sí,” Edith se encogió de hombros, lo que se convirtió en una risa cuando fue levantada y girada en el aire.

“¡Gracias a Dios por eso!” dijo Ralph, finalmente colocándola en el suelo. “Me había

quedado sin ideas de qué hacer si me rechazaba. Lo único que se me ocurrió fue alquilar una granja en su finca y convertirme en un granjero que la siguiera todos los días.”

“Por mucho que me gustaría eso, preferiría tenerlo a mi lado como mi esposo,” dijo Edith. Todas las demás palabras se perdieron cuando Ralph la besó sin reservas.

*

Mi querida señorita S,

Este es el día de nuestra boda y, aunque han pasado solo unos momentos desde que estuvimos juntos, ya siento que ha sido demasiado tiempo.

Agradeceré a los dioses, a mis estrellas y a un trébol de cuatro hojas que una vez encontré, por poder tenerla a mi lado mientras prometemos pasar el resto de nuestras vidas juntos.

No solo me ha hecho el hombre más feliz, sino que ahora puedo esperar un futuro brillante, en lugar de uno oscuro y solitario que había anticipado. Decir que ha cambiado mi vida es un eufemismo. Gracias, mi querida.

Cada día prometo demostrarle cuánto significa para mí, lo hermosa que creo que es, cuánto me hace reír. Nunca quiero hacerla infeliz, pero estoy seguro de que habrá momentos en que me maldecirá. Sin embargo, debe saber esto: nunca, ni siquiera en nuestros momentos más oscuros, dejaré de amarla.

Siempre tuyo y con un corazón lleno de amor,

Señor S

Edith se secó las lágrimas y guardó la carta en su bolso. La añadiría a las otras más tarde, pero en este momento no tenía tiempo para ponerla en un lugar seguro.

Miles dobló la esquina de la iglesia. “Te ves muy bonita, Edith. Es un hombre afortunado,” dijo con voz ahogada. “¿Estás lista?”

Edith sonrió a su hermano. Besando su mejilla, colocó su mano en su brazo. “Estoy lista,” dijo mientras caminaban hacia la puerta de la capilla.

Epílogo

Anuncio en la Sección de Anuncios de *The Times*:-

Lady Edith Longdon (Miss S) se casó con Lord Pensby (Mr S) el tercer día del mes en una ceremonia íntima cerca de la casa de la novia. Unidos por esta columna, han dado amablemente su permiso para que sus nombres sean revelados, con el fin de animar a todos los demás lectores de corazones solitarios, a que un día también encontrarán a su corazón solitario. Este periódico les desea lo mejor para su futura felicidad.

Ralph escribió cartas a Edith con regularidad a lo largo de su matrimonio. Ella atesoró cada una de ellas. Tuvieron seis hijos llenos de vida y salud, que llenaron Lymewood con suficiente ruido para compensar el tiempo perdido. Ralph era muy a menudo quien sugería los juegos más ruidosos.

Lady Pensby se mudó a la Casa de la Viuda sin incidentes y se convirtió en una abuela muy querida. Lady Longdon decidió establecerse en Londres y rara vez viajaba para ver a su hija y yerno, aunque hablaba de ellos a menudo.

Miles olvidó su antagonismo hacia Ralph poco después del matrimonio, cuando la evidencia de la felicidad de su hermana era indudable para todos los que tenían contacto con la pareja. Eventualmente pasaría mucho tiempo con ellos, pero en un primer momento – bueno, él tenía su propia historia que terminar...

Sobre este libro.

Me encantan las películas *Tienes un E-Mail* y *El Bazar de las Sorpresas*. Son películas divertidas, dulces y encantadoras. Creo que retratan cuánto se puede transmitir a través de las cartas y cómo podemos conectarnos con las personas de una manera diferente a las interacciones cara a cara. Me encanta recibir correos electrónicos y cartas llenos de noticias.

Luego descubrí que las columnas de "Corazones Solitarios" se remontan al siglo XVII y fueron muy populares. Cuando descubrí eso, era inevitable que en algún momento apareciera una historia sobre un anuncio y la escritura de cartas.

Inicialmente iba a ser una historia independiente, pero muy a menudo, mientras escribo, los personajes se desarrollan y necesitan su propia historia, y eso fue lo que pasó con Miles y Susan. Ahora van a tener su propia aventura.

En cuanto a la epilepsia que sufría Lady Pensby, era una condición que durante siglos se vinculó a estar poseído por un demonio o a ser un castigo de los dioses. Sin embargo, en la era georgiana, finalmente se reconoció como una enfermedad. No te sorprenderá saber que las soluciones eran bastante sombrías y en su mayoría infructuosas. La droga que mencioné, que fue utilizada por las tropas de Napoleón, en realidad era hachís y fue prohibida por Napoleón porque hacía que sus tropas fueran menos capaces de luchar. El cannabis se utilizó históricamente como un remedio herbal para la epilepsia, así que pensé en "robar" el descubrimiento de los soldados de Napoleón para ayudar a Lady Pensby. También se usaban hierbas chinas, pero fue solo en la época victoriana cuando comenzaron a ocurrir avances importantes.

¡Espero que hayas disfrutado del viaje de Edith y Ralph tanto como yo disfruté escribiéndolo e investigándolo! Si pudieras dejar una reseña, te estaría muy agradecida; ayudan enormemente a los autores independientes. Gracias, como siempre, por tu apoyo. Audrey.

Sigue leyendo para conocer un adelanto del próximo libro de la serie – **El Rescate de la Señorita King.....**

El Rescate de la Señorita King

Capítulo 1

Londres, 1816

Estimado Lord Longdon,

Por favor, perdone que le escriba, pero no siento que haya alguien más a quien pueda expresar mis preocupaciones.

Verá, creo que me están siguiendo.

Su hermana me contó todo sobre lo que pasó con el Sr. Sage y el Sr. Malone. Como su mejor amiga, le aseguro mi silencio respecto a los detalles. Estoy tan aliviada de que ella ya no esté en peligro por parte del Sr. Sage y que no haya tenido lugar ningún matrimonio forzado.

Normalmente escribiría a Edith sobre mis preocupaciones, pero ella está en su viaje de bodas, y no puedo en conciencia interrumpirlo. Normalmente no me habría puesto en contacto con usted, pero sinceramente siento que mi seguridad está en riesgo. Por favor, esté seguro de que no soy propensa a los dramas o las histerias; de hecho, me enorgullezco de ser completamente lo contrario.

Durante la última semana, he notado que cada vez que salgo de casa hay un hombre en las sombras cerca de mi hogar. No lo reconocí al principio; está muy desaliñado y descuidado. Sin embargo, una noche, tontamente me acerqué a él y le pregunté qué quería. Estaba acompañada por un sirviente, así que no estaba tomando demasiados riesgos, pero sentí una gran alarma cuando me di cuenta de quién era: el Sr. Malone.

Él me pidió si podía darle algunas monedas, y admito que le di todo lo que tenía en mi bolso – reconocerlo me había sacudido mucho. Actuó como si nunca nos hubiéramos conocido, hasta que me alejaba y murmuró, "La veré de nuevo pronto. Muy pronto".

Sus palabras, confieso, me inquietaron, y aunque me he asegurado de que un sirviente masculino me acompañe cada vez que salgo de casa, él sigue allí. Todo el tiempo.

Tengo miedo y me da vergüenza admitir que, si confesara alguna de mis preocupaciones a mi madrastra, no las tomaría en serio. Mi padre está muy influenciado por ella, así que no tiene sentido buscar ayuda en ellos. La única otra familia que tengo en casa es mi medio hermano, y él todavía está en la escuela, ¿ve usted mi dilema? Espero que lo entienda, porque me siento insegura y no puedo pensar en nadie más a quien recurrir en busca de ayuda.

Solo puedo pensar que mi fortuna es su motivación para dirigirse a mí. Para qué fin, ya sea simplemente para obtener dinero de mí en cantidades mayores, no lo sé. No puedo permitirme pensar en cualquier otra razón, pero me inquieta en el fondo de mi mente. Por qué ya no está en la sociedad, supongo que tiene que ver con lo que le pasó a Edith, pero créame, parece como si hubiera caído en tiempos muy difíciles; es extraño, cuando solo hace unas semanas estaba en los mejores salones de baile de Londres. Habría supuesto que tenía los fondos para establecerse en algún lugar lejos de su familia.

Si pudiera ofrecerme algún consejo sobre qué hacer, estaría muy agradecida. Admito estar un poco perturbada e insegura sobre cuál es el mejor curso de acción a seguir. Odiaría hacer un escándalo innecesario, pero estoy preocupada.

*Su amiga,
Susan King*

Ahí estaba. Hecho. Sólo el temor por su seguridad la había impulsado a contactar al hombre que amaba, quien apenas sabía de su existencia. Sólo podía esperar que él le ofreciera alguna orientación o ayuda, pues no estaba siendo exagerada al expresar que no tenía a nadie más a quien pedir ayuda.

Nunca se había sentido tan sola y vulnerable en su vida, y estaba en medio de la ciudad más concurrida del mundo.

*

"Susan, puedes ser la chiquilla más molesta que una mujer haya tenido la desgracia de tener como pariente," regañó la Sra. King, la madrastra de Susan. "¿Al menos intentarás lucir lo mejor posible cuando asistas a una de las funciones más importantes de la temporada?"

"Pero el melocotón me hace ver enfermiza," protestó débilmente Susan. Sus encuentros siempre eran los mismos, incluso después de quince años de ser parientes. Susan era la hijastra despreciada, la adoración de su padre, y una mujer que, si se creía en las regañinas de su madrastra, estaba decidida a rechazar a todos los posibles pretendientes que la temporada tenía para ofrecer.

"El Sr. Lawson dijo que le gustaba el melocotón. Por lo tanto, usarás melocotón para su baile," respondió la Sra. King mientras las modistas revoloteaban en el fondo, mirándose incómodas.

"Como no deseo dar al Sr. Lawson la menor indicación de que podría estar dispuesta a aceptar cualquier propuesta que él fuera lo suficientemente tonto como para ofrecer, preferiría usar un color diferente," dijo Susan, enderezando los hombros. "Por favor, tráiganme algunas opciones en azul claro," dijo a la modista principal. Por una vez sintiéndose en control de alguna parte de su vida, aunque fuera un poco.

Las mujeres se apresuraron hacia las pilas de telas que habían traído con ellas a la gran casa en Curzon Street, dejando a madrastra e hijastra solas por unos momentos.

La Sra. King se acercó a Susan y, antes de que hubiera tiempo de reaccionar, agarró la tela del simple vestido de algodón de Susan y la arrastró hacia ella. "Escúchame, mocosa," siseó. "Podrás ser mayor de edad, pero te casarás esta temporada; ¿me entiendes? Estoy harta de ver tu fea cara en mi casa. He llegado a mi límite. Aceptarás a alguien en el próximo mes, o yo te arreglaré un matrimonio. Tu padre estará de acuerdo conmigo, obviamente, así que no vayas a llorarle. Estamos hartos de ver tus expresiones de dolor todos los días. Es hora de que te cases."

Susan tragó saliva. Había sido intimidada durante los últimos quince años, y era difícil enfrentarse a ello después de tanto tiempo. Sólo el deseo de casarse con un hombre al que amaba le daba algo de la fuerza interior que necesitaba para enfrentarse a su torturadora.

"Como soy mayor de edad, no pueden obligarme a casarme."

"¿Oh, no podemos? Estoy segura de que puedo arreglar una pequeña situación en la que gritaría en voz alta y clara que has sido comprometida. Una manera segura de llevarte al altar, cualesquiera que sean tus sentimientos al respecto."

"No te atreverías."

"Pruébame, y te veremos casada para el final de la semana," llegó la promesa airada.

Una tos suave las alertó de que la modista deseaba acercarse a ellas. La Sra. King retrocedió. "Ten el vestido que quieras, sólo asegúrate de que el escote sea profundo. Tienes un activo; al menos puedes mostrar esa parte de ti," instruyó la Sra. King antes de salir de la habitación.

Las mejillas de Susan ardían, no ayudadas por las miradas de simpatía que recibía de las mujeres que la rodeaban en un esfuerzo por parecer normales.

"¿Tienen mis medidas?" preguntó Susan después de unos momentos de ser tratada con cuidado y consideración, lo que la hacía sentir aún más oprimida.

"Sí, señorita."

"En ese caso, tendré esos dos diseños, este en azul y el segundo en blanco. Por favor, hagan los corsés a una altura respetable," dijo Susan sonrojándose.

"Por supuesto."

"Por favor, discúlpenme, pero creo que no necesito demorarlas más. Gracias por su tiempo," dijo Susan, saliendo de la habitación.

Entró en su dormitorio y se apoyó en la puerta cerrada. No podía soportar mucho más abuso, la socavación y ahora la promesa de ruina. No había duda de que su madrastra cumpliría su amenaza, y eso horrorizaba a Susan.

Era una heredera, es cierto, pero no era hermosa. La apariencia no necesariamente importaba si uno tenía una herencia. Una chica con una fortuna siempre podía garantizarse un marido, fuera fea o bonita. Si le agradaba ese marido era otra cuestión.

Susan se acercó al espejo de cuerpo entero que estaba en la esquina, siempre un recordatorio de que no había heredado la belleza de su madre, sólo su altura y gran busto. La primera Sra. King había sido impresionante a la vista: cabellos dorados ondulantes y ojos azules claros para realzar una figura alta y esbelta.

Susan tenía veintitrés años y cabello castaño claro y ojos azul verdosos. Era como si, al ser creada, nadie pudiera decidir qué debía tener, así que le dieron todo. Cabello que se aclaraba en verano, pero no lo suficiente como para ser clasificado como rubio, y se oscurecía en invierno, aunque no lo suficiente como para ser un castaño interesante. Sus labios eran un poco demasiado llenos, y su nariz no tenía la forma aguilina que prefería la aristocracia. En general, apenas podía ser clasificada como bonita, atrayendo muy a menudo la etiqueta de "sin rasgos distintivos", o el aún más condenatorio cumplido de ser "agradable". Además, había sido cruelmente llamada "Plain Jane" (Juana la Simple) por su madrastra, lo que significaba que su confianza sobre su apariencia estaba tan baja como podía estarlo.

Era de naturaleza tranquila, en parte forzada por el hecho de que cada vez que hablaba, su madrastra la contradecía. Era más fácil permanecer en silencio que enfrentar constantes menosprecios. Ahora, después de años de ser suprimida, a veces se preguntaba quién era la verdadera Susan King, porque apenas podía recordarse a sí misma.

El Sr. King consentía a su hija, pero sólo cuando estaban solos. Se había vuelto a casar por la apariencia, no por la personalidad, y ahora que el aspecto de su segunda esposa se había desvanecido, había poco más que la recomendara. Era un hombre maleable que se inclinaba a los deseos de su elegida, incluso si eran en detrimento de su hija. Encontraba que hacía su vida más fácil, y podía aliviar su conciencia complaciendo a su hija cuando estaban solos.

Sintiendo el confinamiento de su situación en casa, a la que se sumaba la aprensión del conflicto diario, ahora aumentada por la certeza de que la estaban siguiendo, Susan anhelaba alivio. Tomando una decisión, agarró un sombrero de paja del estante de su armario y bajó las escaleras de los sirvientes hacia las cocinas.

Era una ruta que había usado a menudo, tanto en su casa de Londres como en la casa de campo en Warwickshire. Era su forma de escapar de los ojos vigilantes de su madrastra. El personal sabía muy bien cómo la Sra. King trataba a su hijastra y, sin hacerse notar, hacían todo lo posible para apoyar y mimar a la joven amable.

Al entrar en la cocina, fue recibida por la Cocinera. "Ahora bien, señorita, ¿qué está haciendo aquí? Pensé que estaba eligiendo vestidos para deslumbrar a todos esos caballeros."

Haciendo una mueca, Susan tomó un bizcocho de mantequilla, siempre disponible en la cocina. "Mi madre quería escotes profundos y colores que me hicieran parecer una especie de heroína gótica enfermiza," dijo, sentándose en un taburete. "Tuve que escapar."

La Cocinera chasqueó la lengua en desaprobación, pero no dijo nada. Despotricaría con el ama de llaves más tarde, pero era mejor guardar su opinión por ahora. "¿Y qué ayuda tiene escaparse aquí y comer galletas? Se pondrá como yo y sus días de baile habrán terminado. Debería tomarme como advertencia."

Susan sonrió. "No debería hacer galletas que sepan tan bien; entonces no comería tantas. De hecho, voy a dar un paseo por el jardín después de terminar esto."

"¿No va a Hyde Park?"

"No." Susan frunció el ceño. "Creo que sólo me quedaré dentro de nuestros terrenos por hoy." Se sentía incapaz de aparentar confianza si veía al Sr. Malone, después de la reprimenda que le había dado su madrastra. Necesitaba un poco de tiempo para recuperar su equilibrio, algo que tenía que hacer casi todos los días.

"Tendré un poco de helado para usted cuando termine su paseo," prometió la Cocinera.

"Mm, hace helado casi tan bien como hace galletas." Susan sonrió, levantándose del taburete.

Poniéndose el sombrero, salió de la cocina, y después de pasar por el fregadero y la despensa, emergió en el pequeño jardín de la cocina. Una puerta en la pared llevaba a la parte formal de los terrenos, que no era enorme en comparación con los encontrados en las propiedades de campo, pero lo suficientemente grande como para un paseo razonable si no le importaba doblar sobre algunos de los caminos.

Susan decidió recoger algunas flores de los desbordantes lechos para alegrar su alcoba. Al escuchar un crujido detrás de ella, se detuvo. Se giró lentamente, soltando un suspiro de alivio al no ver nada. Claramente estaba sola.

Maldiciéndose por escuchar amenazas que no existían, continuó con su tarea. Sus pensamientos se dirigieron al Lord Longdon, quien ya habría recibido su carta. Había sido una locura escribirle; había estado desesperada por ayuda y él era la única persona a la que podía pedir consejo, pero sabía que sus sentimientos internos también la habían impulsado. Había estado enamorada de él durante años, antes incluso de que se fuera a luchar con Wellington en la Guerra Peninsular. Pensó que regresaría después de que Napoleón fuera derrotado, pero no, había ido a América a luchar y luego había seguido a Wellington a Francia.

Había notado una diferencia en él cuando finalmente terminó la lucha. No era sorprendente realmente; había estado luchando durante años; uno no podía no estar afectado por eso, pero sus sentimientos no habían cambiado. Ni un poco. Una lástima que apenas pareciera notarla, excepto como la mejor amiga de su hermana.

Estaba destinada a admirarlo desde lejos, y aunque nunca esperó casarse realmente con él, siempre había habido una chispa de esperanza mientras ambos seguían solteros. Ahora, gracias a su madrastra, incluso eso estaba a punto de extinguirse permanentemente. Porque había algo seguro sobre la segunda Sra. King: una vez que ella había decidido que algo debía suceder, ocurría en un tiempo sorprendentemente corto. Había decidido que Susan debía casarse, y sin duda eso sucedería, quisiera Susan o no.

Suspirando, se volvió y se detuvo caminando repentinamente, su boca se abrió en un silencioso 'o'.

"Si no haces ruido no te lastimaré", dijo el Sr. Malone, apuntando una pistola en su dirección.

Susan vaciló, mirando el arma apuntándola. Su corazón latía ruidosamente y su respiración era superficial. Temiendo desmayarse ante la vista de la plata brillante apuntándole, respiró profundamente para calmarse. Entrar en pánico no le ayudaría, así que no había sentido en gastar su energía en ello.

"Puedo darle dinero, pero no tengo nada encima en este momento", dijo Susan, sorprendida de que su voz, aunque temblorosa, fuera clara.

"No quiero las monedas que me arrojarías", dijo con desdén. "Eres tú a quien vengo a buscar. Vienes conmigo".

"¿Qué? ¡No!" Susan quería correr, pero podía ver que el arma estaba cargada. "Puedo darle más de lo que hice la última vez".

"Sí, puedes, pero no de la manera que piensas", respondió Albert Malone. "Deja de intentar retrasarme. Ven conmigo, o tu padre estará de luto por la pérdida de su única hija".

Susan vaciló. Estaba aterrorizada, pero la extrañeza de la situación la golpeó con fuerza.

"Está intentando secuestrarme, pero si me dispara, no serviré para nada", dijo Susan con fuerza, sacando fuerzas de no sabía dónde. "No voy a ir con usted".

El estallido del disparo asustó a los pájaros en el jardín; hubo graznidos de queja mientras las criaturas alborotadas volaban.

Susan cayó hacia atrás al suelo duro con tanta fuerza que le quitó el aliento. Jadeó, luchando por inhalar. Aparecieron puntos negros alrededor de los bordes de sus ojos, y su visión comenzó a desvanecerse. Podía sentir que la manejaban bruscamente y escuchaba maldiciones. Lo último que vio fue el rostro áspero y sucio de Albert Malone.

Download it now:-

Amazon.co.uk

<https://www.amazon.co.uk/dp/B08778RJQP>

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

<https://www.amazon.com/dp/B08778RJQP>

Sobre la Autora

He tenido la fortuna de vivir un sueño. Siempre he querido escribir, pero la vida se interpuso en el camino, como suele suceder, hasta hace unos años. Luego, un cambio en las circunstancias me permitió hacer lo que amaba: sentarme a escribir. Ahora, escribir ha tomado control de mi vida, y las vacaciones giran en torno a la investigación, tanto que, sin importar a dónde vayamos, mi esposo, que tiene una paciencia infinita, dice: "¿Y qué conexión con el período de la Regencia tiene este edificio/ciudad/jardín?"

Ese sueño se volvió un poco más surrealista cuando en 2018 me convertí en finalista del concurso Amazon StorytellerUK con "Lord Livesey's Bluestocking". ¡Una novela romántica ambientada en la Regencia en el top cinco de un concurso de todos los géneros! Fue una experiencia verdaderamente maravillosa; no esperaba ganar, pero me divertí muchísimo en la ceremonia de premios.

Aprecio mucho cuando los lectores se ponen en contacto, especialmente si aman a los personajes tanto como yo. Esas primeras semanas después del lanzamiento son un tiempo difícil; deseo desesperadamente que todos amen a mis personajes, que llevan meses y meses de trabajo para cobrar vida.

Si disfrutas de los libros, ¿podrías tomarte el tiempo para escribir una reseña en Amazon? Las reseñas son vitales para un autor que está comenzando, aunque admito que las malas son devastadoras. Egoístamente, quiero que los lectores amen mis historias.

Puedes contactarme para cualquier comentario que tengas a través de mi sitio web:

www.audreyharrison.co.uk

o

www.facebook.com/AudreyHarrisonAuthor

Por favor suscríbete para email/newsletter – ¡que sólo envío cuando hay algo que comunicar!

www.audreyharrison.co.uk

¡Recibirás una copia gratuita de El Conde Reticente en formato mobi como agradecimiento por registrarte!